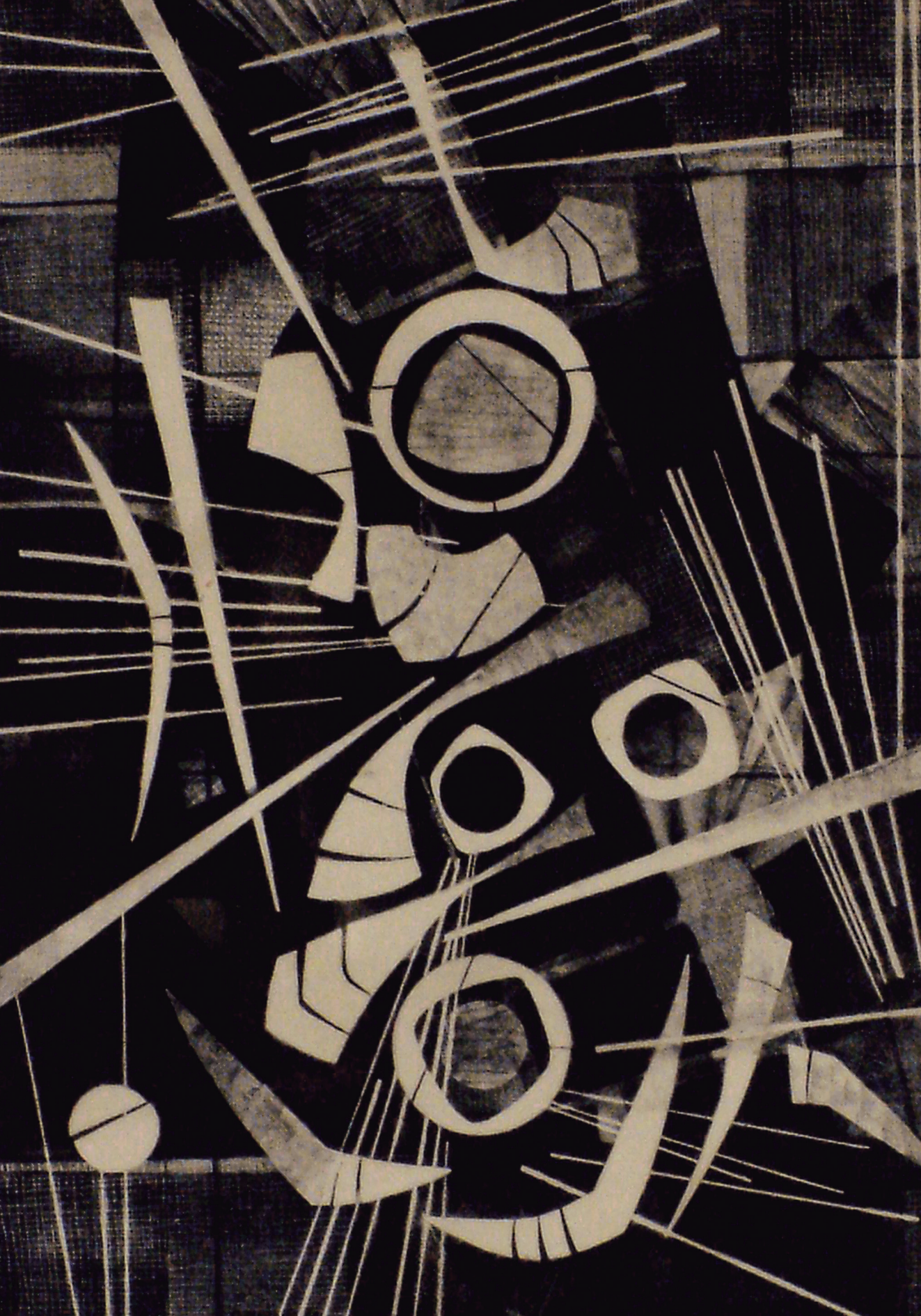


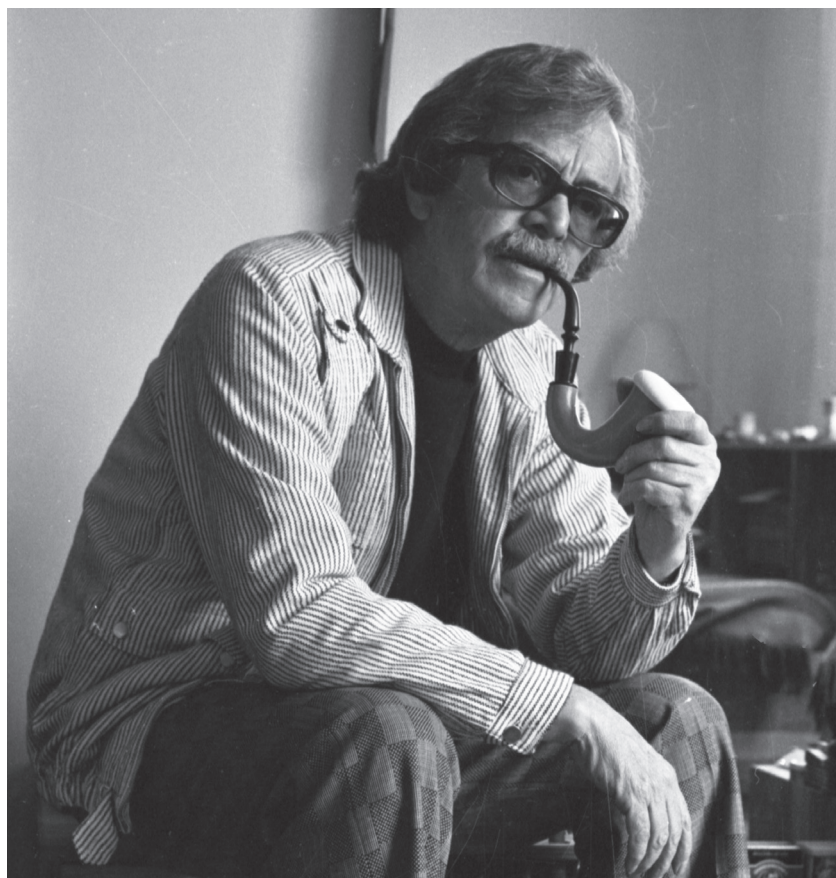
OSWALDO
MORENO
HEREDIA



DISEÑADOR
DE MUNDOS

Susana Moreno Ortiz / Compiladora





Osmaldo

OSWALDO MORENO HEREDIA
DISEÑADOR DE MUNDOS

OSWALDO MORENO HEREDIA

DISEÑADOR DE MUNDOS

Susana Moreno Ortiz
Compiladora

Subte
EDITORIAL



 **UNIVERSIDAD
DEL AZUAY**

Casa 
Editora

OSWALDO MORENO HEREDIA
DISEÑADOR DE MUNDOS
De la compilación ©Susana Moreno Ortiz

Primera edición: marzo, 2025

Editores

Susana Moreno Ortiz
Rosalia Vázquez Moreno
Cristóbal Zapata

Correctora de estilo

Rosalía Vázquez Moreno

Consultores

Fernando Moreno Ortiz
Sonia Moreno Ortiz

Diseñadora y diagramadora

Dianola Vázquez Moreno
(Subte de la Chuna)

Fotógrafos de obras

Daniel Ordóñez Malo
Santiago Oviedo Castelnuovo
Josué Suárez Ortuño

Derechos de autor

CUE-005665

Portada

Composición creada por Dianola Vázquez Moreno con detalles del *Autoretrato* de Oswaldo Moreno Heredia, *collage*, 59 x 71, 1980. Colección privada.

Guarda

Oswaldo Moreno Heredia, sin título, mixta sobre papel, 95 x 75 cm, 1988.
Museo Municipal de Arte Moderno.

Fotografía carátula

Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), c. 1986.
Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

Impresión: PrintLab de la Universidad del Azuay

ISBN

Impreso: 978-9942-670-47-2
Digital: 978-9942-670-48-9

Cuenca, Ecuador

Consejo Editorial

Universidad del Azuay

Rector

Francisco Salgado Arteaga

Vicerrectora Académica

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora de Investigaciones

Raffaella Ansaloni

Directora Casa Editora

Toa Tripaldi

ÍNDICE

15	OSWALDO MORENO HEREDIA: LOS MUNDOS DEL ARTISTA, EL DISEÑADOR Y EL POETA VISUAL, <i>Genoveva Malo Toral</i>
19	INTRODUCCIÓN. OSWALDO MORENO HEREDIA: LA NOSTALGIA POR EL TÍO Y EL PESO DE UNA LEYENDA, <i>Rosalía Vázquez Moreno</i>
25	I. BIOGRAFÍA Y APROXIMACIÓN CRÍTICA
27	EL ARTE COMO ÚNICO DOGMA DE FE (BIOGRAFÍA DE OSWALDO MORENO HEREDIA), <i>Susana Moreno Ortiz</i>
34	La infancia del artista
42	Cuando Oswaldo se marchó de Cuenca
56	La pintura, su único «dogma de fe», y la soledad, un espacio para el arte
60	La muerte fue un tema que le causó crisis existenciales
65	Se negaba a pintar retratos
73	Galápagos
80	Bahía de Caráquez
82	Roma, Florencia y Rávena
86	Pionero en Cuenca
94	Retorno a Quito
109	Eudoxia Estrella y la organización de la Primera Bienal Internacional de Pintura
118	Maestro y humanista
121	La hermandad y la muerte
125	Siglo XXI y la despedida
137	Su muerte y legado

141	OSWALDO MORENO: DISEÑADOR DE MUNDOS, <i>Cristóbal Zapata</i>
143	<i>Viaggio in Italia</i>
144	Apolíneo y Dionisiaco
167	Las lecciones del maestro
173	OSWALDO MORENO POR OSWALDO MORENO, <i>Oswaldo Moreno Heredia</i>
185	II. TESTIMONIOS: POESÍA, RELATOS Y CRÓNICAS
187	AUTOBIOGRAFÍA, <i>Eugenio Moreno Heredia</i>
195	LA IGUANA VANIDOSA, <i>Susana Moreno Ortiz</i>
199	EL CUADRO, <i>Sonia Moreno Ortiz</i>
203	RECUERDOS SOBRE MI TÍO OSWALDO, <i>Francisco Eugenio Moreno Ortiz</i>
209	PICO DE ORO, <i>Fausto López Moreno</i>
213	ESA TARDE APACIBLE, EL SILENCIO, <i>Sonia Moreno Ortiz</i>
217	LOS DOS HERMANOS, <i>Marco Antonio Rodríguez</i>
221	UNA EVOCACIÓN SOBRE OSWALDO MORENO HEREDIA, <i>Fernando Moreno Ortiz</i>
227	EL FOTÓGRAFO Y LA CÁMARA RUSA, <i>Rodrigo Zapata</i>
235	DIÓGENES, EL GATO TRÁNSFUGA, <i>Susana Moreno Ortiz</i>
241	EL UNO EN LA PALABRA, EL OTRO EN EL COLOR, <i>Sonia Moreno Ortiz</i>
245	III. CRONOLOGÍA DE OSWALDO MORENO HEREDIA
255	IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



Omaldo



OSWALDO MORENO HEREDIA: LOS MUNDOS DEL ARTISTA, EL DISEÑADOR Y EL POETA VISUAL

La Universidad del Azuay, su Casa Editora, la Colección Eugenio Moreno Heredia y Subte Editorial se complacen en presentar esta obra dedicada a uno de los artistas ecuatorianos más representativos de la segunda mitad del siglo xx, *Oswaldo Moreno Heredia. Diseñador de mundos*. Es preciso este calificativo para un artista de la talla de Moreno, quien, con su prolífica trayectoria, vocación y legado, en los campos del arte y el diseño, se merece un testimonio vivo de los diversos mundos que fue capaz de transitar y construir.

En su libro *Maneras de hacer mundos* (1978), el filósofo Nelson Goodman hace referencia a las teorías de los sistemas simbólicos y sostiene que la realidad no es única ni estática, tampoco existe una verdad objetiva universal, sino muchas maneras de interpretarla y de construir *mundos de realidad*, a través de sistemas de simbolización y representación. Es precisamente el campo del arte donde nuestras interpretaciones y construcciones simbólicas son fundamentales para dar sentido a la experiencia humana, es ahí donde nos hacemos más humanos. Oswaldo Moreno da cuenta de aquello, pues con su vasta producción artística imaginó múltiples *mundos posibles* y exploró, a través de su visión de la realidad, su poesía visual y su experimentación, con técnicas siempre desafiantes, *nuevos mundos*. Esto lo ilustran, de manera elocuente, sus óleos tempranos, sus hermosos *collages*, sus telas abstractas, sus acuarelas tan características como únicas, además de sus fascinantes grabados y trabajos de orfebrería.

La vida de Oswaldo Moreno, hijo de una familia que ha tenido una destacada actuación en la vida cultural cuencana, se presenta en este libro no solo a través de su abundante y diversa obra artística, sino por medio de variados acercamientos a su itinerario vital, los que, narrados por sus familiares

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Aborígen*, mixta, acuarela y *collage*, 73,6 x 53,5 cm, 1982.
Museo Casa de las Culturas.

y amigos más cercanos, acuden a numerosos documentos (notas de prensa, correspondencia, archivos fotográficos, álbumes) que nos sumergen en distintos momentos de su biografía y conjugan la crítica académica-artística con los recuerdos afectivos que se suscitan en la memoria de sus seres queridos.

La formación académica de Oswaldo Moreno en arte y diseño fue decisiva en su producción artística y en el ejercicio de su magisterio; su contribución desde la cátedra universitaria fue tan importante como su aporte en el arte ecuatoriano. Cabe relievár sus estudios de Diseño en Florencia (Italia). La mayoría de sus trabajos en metal (objetos y joyería) fueron expuestos en ese país y, a su regreso al Ecuador, hizo una gran contribución al trabajo artesanal en el Centro de Reconversión Ecuatoriana del Austro (CREA), institución que se propuso reactivar el desarrollo económico y social en la región austral, cuando las artesanías eran consideradas un gran motor productivo. El legado de Moreno en el diseño artesanal supera las 500 piezas, además de los más de 10 000 objetos que esculpió en su carrera. El diseño gráfico también está latente en su obra, donde es evidente la influencia del constructivismo holandés (particularmente del movimiento De Stijl): sus pinturas, las líneas geométricas puras y ortogonales, características de este movimiento, se entrelazan con la vibrante influencia andina y ecuatorial de exuberantes formas y matices.

Así, las páginas de este libro tributan la trayectoria humana y artística de un maestro excepcional, cuya imponente personalidad no solo marcó su vida, su entorno, su comunidad, sino, ante todo, el maravilloso legado artístico que hoy reconocemos en esta publicación.

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica
Universidad del Azuay



Oswaldo Moreno Heredia, *Bodegón*, acrílico sobre lienzo, 100 x 100 cm, 1989. Tomado de Dávila Vásquez et al., *De la inocencia a la libertad. Arte cuencano del siglo XX*, 1998. Archivo de la familia López Moreno.



INTRODUCCIÓN

OSWALDO MORENO HEREDIA: LA NOSTALGIA POR EL TÍO Y EL PESO DE UNA LEYENDA

Giro el picaporte con la llave y empujo la puerta con el torso, el ritual de llegar a casa ocurre como todos los días. Entro, con la mochila en los hombros, pero, en lugar del aroma del almuerzo, me recibe el olor inconfundible a café y cigarrillos de mi tío abuelo, Oswaldo Moreno Heredia. Corro a la cocina y lo encuentro sentado, charlando con mamá y con mi hermano mayor. Él me mira mientras yo coloco mi mochila en el suelo. Me sonrío y yo corro para rodearlo con los brazos y terminar de hundirme en ese aroma que para siempre relacionaré con la ternura. Después de la muerte de mi abuelo Eugenio, Oswaldo, tal vez sin planearlo, ocupó el lugar que dejó en mí su hermano: se había convertido, para todos los efectos, en mi abuelo.

Para hablar de los abuelos hace falta reabrir las heridas que dejan las primeras ausencias permanentes. En la memoria una guarda, como postales y fotogramas deslucidos, recuerdos que terminan siendo la arqueología del corazón. De mis abuelos, que son tres, me queda una cicatriz prominente, una que se inauguró con la ausencia de Alberto —el abuelo a quien no conocí— y se cuajó con la partida de Eugenio —el abuelo a quien no puedo recordar por completo— y de Oswaldo —el tío abuelo que vino a llenar el vacío gigante que dejaron en mí los dos primeros—.

El tío Oswaldo, como le llamamos todos, era una persona extraordinaria: reconocido pintor y artista casi *rockstar* que venía a casa siempre cargado de historias fantásticas y costumbres excéntricas. Yo amaba sus visitas, sus posturas algo teatrales, sus corbatas de colores, sus pinceles, sus acuarelas, su olor a cigarrillo, la ternura de sus abrazos y lo profundo de esa voz con la que ponía orden en el mundo a punta de sonoros carajos.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Abstracto*, acuarela sobre cartulina, 107 x 78 cm, 2004.
Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

El abuelo y el tío abuelo eran para mí casi míticos, porque ambos fueron artistas de reconocida obra y trayectoria en la literatura y plástica ecuatoriana. El abuelo había escrito libros y mucha gente sabía su nombre, el tío abuelo presentaba sus cuadros en Europa y le llamaban «maestro» cuando caminábamos por la calle. Cuando era pequeña, yo los presumía o me dedicaba a imaginarlos, porque eran los protagonistas de hazañas que —comprendí luego— forjaron parte del camino que recorren hoy innumerables artistas del Ecuador, pero también, porque estaban siempre presentes en otras anécdotas, en los episodios que le concernían más bien a la familia y que definieron la identidad del humor y del lenguaje del amor que esculpimos a fuerza de convivir juntos.

De niña amaba las tertulias que, de pronto, florecían en la sala de la casa de mi abuela o en la cocina de mi mamá. Como semillas se plantaban mi abuela, mi tío abuelo, mi madre, mi padre y mis tías y tíos, para recordar. Las historias, en sus labios, cobraban un color y una textura que no podré replicar nunca. Hoy, que el tiempo me aleja de esos momentos, me pesa la incapacidad que tengo para rememorar todos los detalles, para repetir con exactitud las palabras con las que se tejían esos relatos y cómo evidenciaban la personalidad y singularidad de sus interlocutores, sobre todo, de Oswaldo: el conversador más divertido que he escuchado. De su boca sin filtro, siempre fluían narraciones llenas de perspicacia y humor, ese humor negro del que solo él era capaz. Oswaldo siempre sabía más de lo que decía y ese misterio, que era una parte esencial de su carisma, era el que dejaba intuir la sabiduría que se adquiere solo con los años; él *la tenía clara* y, por eso, no perdía el tiempo con condescendencia o con cortesías. Su afecto, sus palabras y sus acciones brillaban por el peso de su honestidad y, por lo mismo, de su desvergüenza (no todas las sensibilidades estaban preparadas para él).

En este contexto, es necesario reconocer que, si hablar de un familiar sin caer en trampa de la nostalgia es difícil, lo es más hablar de un familiar que ha sido genial. La sombra que personas como Oswaldo y Eugenio dejan en la vida de quienes los conocieron cobija, pero también impide poner en palabras justas y precisas la esencia que los definía. Es por esto que el libro que tiene en sus manos, querido lector, se vale de recursos discursivos variados, esta publicación no es solo un relato histórico o un texto crítico, también recurre a la literatura, la crónica y las narraciones orales, para, como se hace en los estudios históricos contemporáneos, reivindicar «testimonios y prestar una mayor atención a los

recuerdos, experiencias y puntos de vista de los testigos y actores del acontecer» (Mariezkurrena Iturmendi, 2008, p. 228).

En esta línea, es necesario también mencionar que, aunque mucho se ha dicho de Oswaldo Moreno Heredia desde la crítica —sobre sus técnicas o sobre momentos específicos de su trayectoria artística—, en estudios recientes, poco ha quedado escrito sobre su legado, sobre su vida personal y profesional, o sobre la persona que se dejó atravesar por la existencia mientras pintaba. Por ello y como un ejercicio necesario de salvaguardia de la memoria y motivada por el afecto, Susana Moreno Ortiz —escritora y biógrafa— se ha propuesto registrar la trayectoria artística de este pintor y rescatar, de alguna manera, la esencia inefable que determinó su carácter. Para lograrlo, ha escrito la primera biografía de Oswaldo Moreno Heredia, contada desde su mirada de sobrina y desde las voces que se presentan en el intercambio epistolar que ocurrió entre los hermanos Eugenio y Oswaldo, durante las décadas de 1950 y 1960. Los documentos, que se presentan por primera vez en este libro y que conforman el archivo que ha alimentado este relato de vida, incluyen: cartas, fotos, catálogos y recortes de periódico recolectados y preservados, primero por Eugenio y luego por Susana. Asimismo, este acervo es el cimiento con el que esta autora reconstruye el vínculo de estos hermanos artistas y, además, sirve como testimonio histórico del trayecto de este pintor y del estado de la escena en la que se desarrolló la plástica, la literatura y otras artes del Ecuador durante la segunda mitad del siglo xx.

De la misma manera, es importante mencionar que, en el marco del desarrollo de este libro, se ha rastreado y localizado una parte de la prolífica obra de Moreno Heredia. Y, aunque resulta improbable catalogarla toda, debido a su cuantía —como afirma Cristóbal Zapata en su texto «Oswaldo Moreno: diseñador de mundos»: «Sería una tarea imposible contar todas las pinturas, acuarelas, grabados y esculturas que realiza hasta su deceso en 2011» (ver p. 143)—, en esta publicación se reproducen las obras necesarias para ofrecer una mirada que atraviesa todas las etapas de Moreno Heredia: desde oleos tempranos, sus míticos *collages*, hasta sus características acuarelas, tintas y acrílicos abstractos. Hoy, la mayoría de estas piezas se encuentran en colecciones privadas y no se pueden contemplar en museos o espacios expositivos.

Además, este libro propone un enfoque novedoso para la figura de Moreno Heredia, uno que ve desde el afecto y la academia, uno que, además de recoger



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre cartulina, 47 x 74 cm, 2005.
Colección privada.



textos históricos y críticos, pone el foco en la historia familiar y reivindica la memoria oral: las historias que se cuentan en la intimidad de las sobremesas, las que, si no se pasan de generación en generación, terminan por desvanecerse en el río del tiempo. El valor de resguardar los recuerdos familiares, a través de recurrir al registro de la memoria oral, como dice Mariezkurrena Iturmendi (2008):

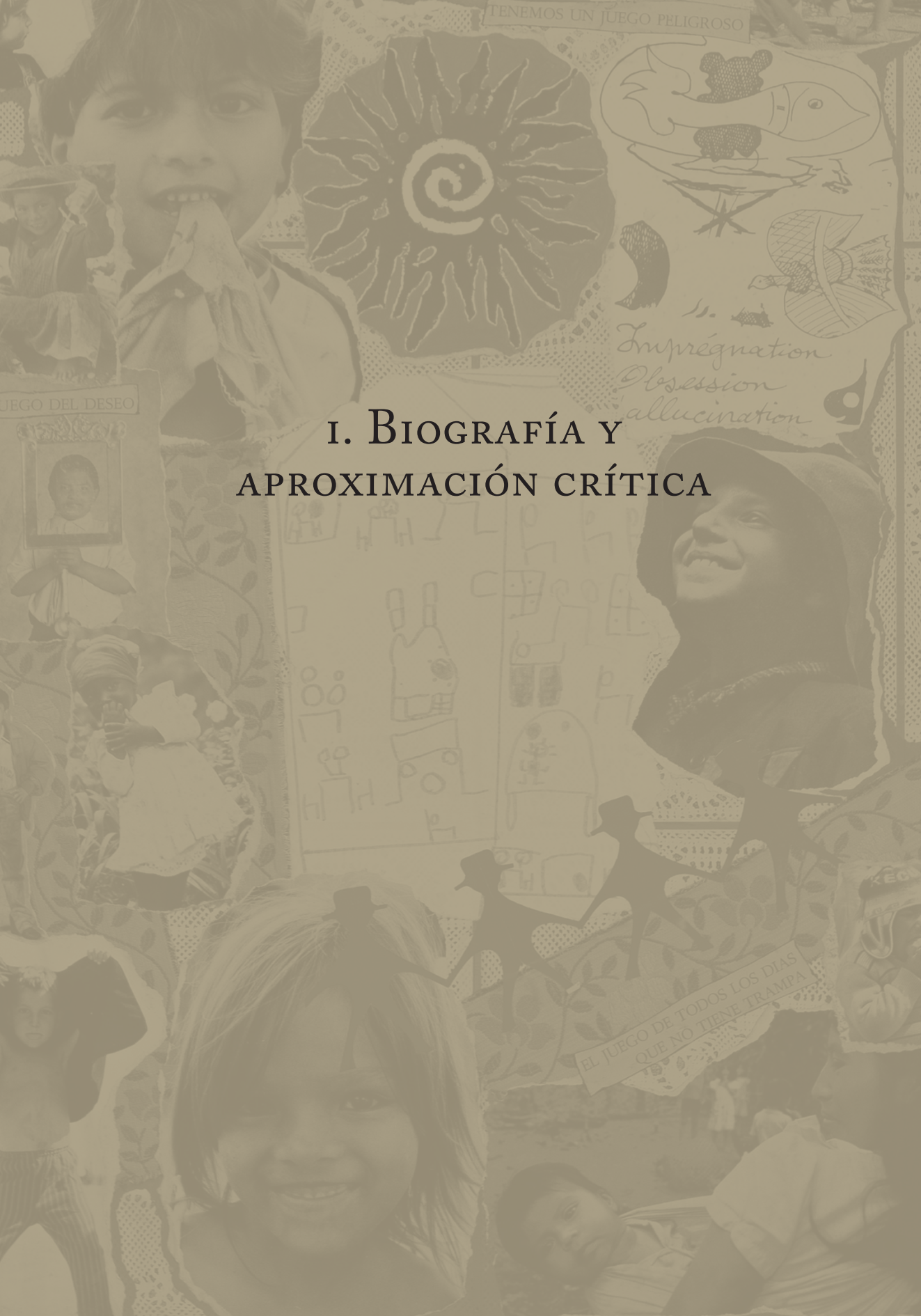
radica en que los testimonios orales transmiten algo que no se encuentra en la documentación escrita: el contacto directo y personal con un individuo o un grupo humano que recuerda el pasado, su pasado, y aporta una dimensión humana a la Historia. (p. 230)

En este libro nos encontramos, por un lado, con el recuento histórico de la trayectoria artística de Moreno Heredia que hace Susana Moreno Ortiz, el crítico de arte Cristóbal Zapata y el propio Oswaldo, en un breve texto autobiográfico que, para esta publicación, se ha rescatado de uno de sus catálogos (ver p. 173). Por otro lado, en la segunda parte, aparecen las voces de su familia y amigos: su hermano Eugenio, sus sobrinos Fausto López Moreno y Susana, Sonia, Fernando y Francisco Eugenio Moreno Ortiz, además de sus amigos Marco Antonio Rodríguez y Rodrigo Zapata. Estas personas evocan, desde todos los ángulos, la figura del artista y del hombre. Para ello recurren a géneros como el relato, la crónica o la literatura infantil, con el objetivo de traer al presente episodios de la infancia y la juventud en los que Oswaldo aparece nítido, en varias de las facetas que lo constituían: sensible ante el luto, pintor lúdico e idealista honesto de carácter fuerte.

Esta publicación celebra la obra de este artista, pero también su personalidad y la contundente nostalgia e impacto que su ausencia y su legado han dejado, no solo en la historia de las artes plásticas del Ecuador, sino en la memoria y el corazón de quienes tuvieron la suerte de conocerlo de cerca, de compartir con el hombre que estaba detrás de la figura del artista genial, bohemio y excéntrico: el hermano incondicional, el amigo generoso y ocurrido, el idealista inquebrantable, el tío brillante y divertido, el tío abuelo amoroso e infinitamente sabio.

En este libro se presenta la primera revisión de la vida y trayectoria de este artista esencial para la pintura, plástica y diseño del Ecuador; la primera y, esperamos, no la última.

Rosalía Vázquez Moreno
Editora



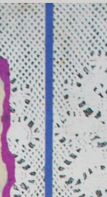
I. BIOGRAFÍA Y APROXIMACIÓN CRÍTICA



JUEGO DE LA PIEDRA



NOSOTROS



LOS HIJOS

LOS HIJOS

LOS HIJOS

LOS HIJOS

LOS HIJOS

JUEGOS PARA LOS NIÑOS DE LOS OTROS...



LAS CUERDAS, LOS CUCHILLOS...



EL JUEGO NECESARIO



TENEMOS UN JUEGO PELIGROSO



Impregnation
Obsession
allucination



EL JUEGO DEL DESEO



EL JUEGO DE TODOS LOS DIAS
QUE NO TIENE TRAMPA



EL ARTE COMO ÚNICO DOGMA DE FE (BIOGRAFÍA DE OSWALDO MORENO HEREDIA)

Susana Moreno Ortiz

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Juegos para los niños de los otros...*, collage, 110 x 94 cm, 2000.
Colección privada.

Contarte, simplemente, que pinto con una fe ciega,
pues es mi único dogma de fe el creer en mi arte.

OSWALDO MORENO HEREDIA

Nosotros los artistas, en la sociedad actual,
no somos más que cántaros quebrados.

VINCENT VAN GOGH



Escribo esta biografía como un testimonio de admiración a mi tío, Oswaldo Moreno Heredia. Desde niña, me fascinaba observar cómo creaba sus acuarelas. Lo recuerdo pintando cuando visitaba la casa en la que yo vivía, en Bahía de Caráquez, con mi padre y su hermano, Eugenio Moreno Heredia; mi madre, Rosalía Ortiz Tamariz; y mis hermanos, Cecilia, Sonia, Francisco Eugenio, Lucía y Diana (Fernando no nacía todavía). Oswaldo fue un ejemplo de tenacidad y de un empuje que siempre estuvo guiado por su genio de artista.

Esta biografía y el conjunto de evocaciones y textos críticos que conforman este homenaje integran la Colección Eugenio Moreno Heredia, la que sirve para celebrar al poeta cuencano de voz universal que vivió en poesía y que, al igual que su hermano, dedicó su vida al arte. Con este libro, que recoge la vida de este célebre pintor ecuatoriano, la colección honra a Oswaldo Moreno Heredia; así permanecerán unidos, dos hermanos, en el arte, la palabra y el tiempo.

Expreso mi gratitud a Marco Antonio Rodríguez, amigo entrañable de Oswaldo, por el permanente estudio que ha realizado de la creación artística de este maestro de la pintura universal. Asimismo, a Edmundo Rivadeneira, Filoteo Samaniego, Hernán Crespo Toral, Manuel Esteban Mejía, Marcelo Larrea, Xavier Ponce, Cristóbal Zapata, Diego Jaramillo, Mario Monteforte, Francisco Febres Cordero, Miguel Betancourt, Gerardo Salgado Espinoza y Hernán Rodríguez Castelo, quienes lo conocieron y escribieron valiosos testimonios de diferentes facetas de la vida y obra de este pintor. Especialmente, a Rodrigo Zapata, que fue fotógrafo personal y amigo de toda la vida de Oswaldo, por la valiosa información que proporcionó sobre la faceta humana de este artista.

A quienes nos asesoraron durante esta investigación y nos permitieron acceder a las pinacotecas y archivos fotográficos de la Sede Nacional de la Casa de las Culturas, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay y Núcleo del Carchi, y del Museo Municipal de Arte Moderno de Cuenca; sobre todo, a David Larriba, Verónica Muñoz, Esteban Castillo, Carlos Naranjo, Bernardo Vega y Noemí Ambrosi.

◀ Oswaldo Moreno Heredia en su taller, fotografiado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), c. 1986. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

A Diana Moreno Ortiz, Fausto López Moreno, Eugenio Stanculescu Moreno, Wilson Muñoz Moreno, Rebeca Jerves, Jorge Juan Eljuri, Diego Jaramillo, Juan Cordero, Carmen Lucía Cordero, José Antonio Fernández de Córdova, Cristian López y a todos quienes nos permitieron acceder a sus colecciones privadas.

A la escritura epistolar que ocurrió entre Oswaldo y su hermano Eugenio, porque sus confidencias revelan fragmentos de su vida, su crecimiento en el arte, sus estados de conciencia —soledad y gozo, amistades y pérdidas— y sus experiencias enriquecedoras en Roma, Florencia y Rávena (Italia); Galápagos, Quito y Cuenca (Ecuador).

Quiero dedicar este libro a mis hermanos: Cecilia (†), Sonia, Francisco Eugenio, Lucía, Diana y Fernando Moreno Ortiz; quienes me han permitido revivir tantos recuerdos que estaban dormidos, memorias sobre los años dorados de nuestra infancia y juventud, las que he usado para editar esta obra.

A René, Gustavo, María Rosa López Moreno y Magdalena Abad.

A mis sobrinos —los sobrinos nietos de Oswaldo—, quienes guardan admiración y respeto por su legado: María Isabel, Rosalía, Wili, Paola —que conserva aún unas diminutas palomas de cerámica que él trajo de Bolivia—; Vladimir, Ana Cristina y Andrés Moreno —quien, cuando estudiaba en Cuba, le enviaba cajas de habanos—; Eugenio S. Moreno, su ahijado; y Alberto (†) —que impulsó y orquestó su última entrevista—, Claudia, Rosalía y Dianola Vázquez —quienes recopilaron la información del archivo fotográfico y de obras, editaron, diseñaron y diagramaron este libro, respectivamente—.

Vista de las calles Bolívar y, entonces, Boyacá, fotografiada por Manuel Jesús Serrano, Cuenca ► (Ecuador), c. 1920-1926. Fondo Fotográfico del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural.



LA INFANCIA DEL ARTISTA

Oswaldo Moreno Heredia nació en Cuenca el 8 de abril de 1929, fue el quinto hijo del poeta modernista Alfonso Moreno Mora y de doña Lolita Heredia Crespo. Creció en un ambiente familiar estable y amoroso junto a sus hermanos Lucía, Cornelio, Rodrigo, Eugenio, Teodoro, Teresita y Soledad.

Desde su primera infancia, demostró su dedicación al dibujo. En varias conversaciones, Oswaldo evocaba que mientras otros niños del barrio jugaban a la pelota, el trompo o las canicas, él, de una manera lúdica, diseñaba figuras o plasmaba bosquejos de soles y montañas untando su dedo con agua —o, en ocasiones, a modo de travesura, con su propia orina—, para dibujar en el piso de madera de su casa.

En la etapa escolar, le fascinaba colorear sus cuadernos con sus pinturas. A veces, escuchaba los pasos de su padre cuando se acercaba; él, dueño de una voz poderosa, le acariciaba la cabeza y exclamaba: «Lola, nuestro hijo va a ser artista».

Alfonso Moreno Mora sentía gran afecto por su familia, lo que se evidencia en su obra lírica; por ejemplo, escribió, a cada hijo, un poema el día de su primera comunión. A Oswaldo le dedicó estos versos que firmó el 8 de mayo de 1937:

SEÑOR, DE TARDE EN TARDE UN HIJO MÍO...

En la primera comunión del niño Oswaldo Moreno Heredia

Señor de tarde en tarde un hijo mío
se llega hasta tu altar;
hoy va el quinto, Señor, yo te lo envío
tu piedad a implorar.

Señor, para la tarde de mi vida
que se avecina ya,
quiero la dulce paz que nos convida
contigo a dialogar;

Quiero la orilla blanda y reposada
de un límpido Jordán,
un cielo azul que abarque la mirada
sin inquietud, purificado ya...

Hijo mío, arrodíllate y haz tuya
mi suprema ansiedad...
porque hoy no hay nada que el Señor rehuya,
pues vas a comulgar. (2002, p. 423)

En el hogar de los Moreno Heredia prevalecía un ambiente literario. Desde niño, a Oswaldo le gustaba la lectura; tomaba los libros de la biblioteca de su padre o intercambiaba otros con sus hermanos. Además, mantenía una actitud de retraimiento y ensoñación, no le gustaba el medio escolar y sentía la firme determinación de que su vida la dedicaría a la pintura.

En el arte, lo único que importa es la obra que descuella y pervive para la posteridad. Sin embargo, la vida del artista también interesa y, en el caso de Oswaldo Moreno Heredia, el lenguaje de la creación abre puertas a la imaginación, pero también comunica una voz poética y musical que resulta de la influencia de su padre y el ambiente literario de su hogar. Manuel Esteban Mejía (2004), estudioso de su obra, comenta:

No concibo [...] [los] trabajos de Moreno sino como la consciente acción de encarnar una concepción de arte que es tanto poética como vital. Pues si hay sutilezas en el manejo del color, si hay expresividad en la mancha, si hay una proyección de sí mismo en lo hecho, es en último término poesía. (s.p.)

De su infancia, se conserva esta foto familiar. Oswaldo está sentado en segundo orden, entre sus hermanos Rodrigo y Eugenio.



Oswaldo Moreno Heredia con sus padres y cinco de sus siete hermanos, Cuenca (Ecuador), c. 1933. Fotografía coloreada por Patricia Alexandra Peñafiel y publicada en la página de Facebook: Alfonso Moreno Mora (2020).

Desde izquierda superior: Lolita Heredia Crespo, Teodoro Moreno Heredia, Alfonso Moreno Mora y Lucía Moreno Heredia. Desde la izquierda inferior: Rodrigo, Oswaldo, Eugenio y Cornelio Moreno Heredia.

El primero de abril de 1940, cuando Oswaldo —de once años— y su hermano Eugenio —de catorce— regresaban del colegio, por la ruta que tomaban todos los días, vieron el color morado de las cortinas fúnebres que ondeaban en la puerta de su casa y escucharon las campanas que doblaban en la iglesia de Santo Domingo con insistencia. Ambos, contaba Oswaldo, se precipitaron adentro, angustiados, pues no se explicaban qué había sucedido. Entonces, los dos, aún niños, se encontraron con los preparativos del velorio de su padre. Alfonso Moreno Mora, poeta y catedrático universitario de la Facultad de Medicina, se había desplomado en medio de la calle al salir de una reunión de amigos. Había sufrido un infarto fortuito.

Este episodio inesperado marcó para siempre a Oswaldo, Eugenio y al resto de su familia. Por esto la muerte fue un tema esencial en la poesía de mi padre y un asunto primordial en el quehacer artístico y las posturas a veces excéntricas y ateas de mi tío (evitaba asistir a velorios o usar ropa negra); él amaba la vida ante todo, rechazaba la idea de sabernos de paso y el concepto de la finitud del ser humano, por este motivo recurría al arte, como su mayor arma para enfrentarlo.

Está demás decir que el fallecimiento de Alfonso desestabilizó para siempre a los Moreno Heredia, tanto emocionalmente como económicamente. Desde ese día, Lolita Heredia se vio obligada a asumir la crianza de sus ocho hijos, sola. Aunque recibía ayuda esporádica de sus hermanos y a pesar de que sus hijos mayores —Rodrigo, Cornelio y Eugenio— empezaron a trabajar, esta ausencia los marcó para siempre.

La vida de los Moreno Heredia transcurrió como la de otras familias cuencanas, a pesar de los obstáculos que su nueva situación les imponía. De la época posterior a la muerte de su padre, cabe destacar que el desempeño escolar de Oswaldo Moreno Heredia, como el de muchos otros artistas, no era óptimo. Su madre y sus hermanos mayores estaban empeñados en que terminara su formación secundaria e ingresara a la universidad. Sin embargo, él tenía otros anhelos. A los quince años, se escapó a Guayaquil, a la casa de su tío materno Alfonso Heredia. Su madre le pidió que regresara, pero él se negó, hasta que cambiaron de opinión con respecto a sus estudios. Este acto de rebeldía hizo que, a pesar de la oposición de su familia, a los dieciséis años ingresara a la escuela de Bellas Artes de la Universidad de Cuenca.

Empezó su formación artística en 1945, pero sus estudios se vieron interrumpidos por unos meses. Oswaldo siempre tuvo el vívido recuerdo de ese período oscuro de su adolescencia, cuando contrajo una tuberculosis que le mantuvo hospitalizado. Invasido por la fiebre, se dedicó a dibujar, a lápiz, los cuerpos enfermos de sus compañeros de pabellón. Oswaldo me contó que, desde entonces, asociaba la figura del cuerpo humano con un dolor que le desgarraba las entrañas. Vio morir a muchos pacientes jóvenes como él. La práctica inacabable de esos días resultó en una maestría en el dibujo a lápiz, destreza que sus profesores nunca estimularon.

Su Viejita, como llamaba a su madre, estaba viuda y a cargo de ocho hijos. En esos años, enviudar era una calamidad, porque era usual que las mujeres no tuvieran una profesión con la que pudieran conseguir ingresos para mantener a su familia. Por esto, Lolita y sus hijos sufrían privaciones que causaron muchas tribulaciones, incluida la tuberculosis de Oswaldo.

Mi tío me contó que cuando fue hospitalizado, Lolita lo visitaba todas las tardes en el sanatorio de Cuenca. Debido a que no se permitía que los familiares se acercaran, ella, parada detrás de una vidriera, le saludaba con la mano y siempre, con los ojos llenos de lágrimas, lo miraba por un rato. Parecía que musitaba algunas palabras y, después, se alejaba para volver al día siguiente.

Para acelerar la sanación de Oswaldo, se sugirió a la familia llevarlo al hospital de Azogues. Allí prestaba sus servicios el médico César Molina Espinoza, escritor, gran lector, discípulo y amigo de Alfonso Moreno Mora, quien, gracias a sus conocimientos avanzados, venció la enfermedad de Oswaldo. Durante su estadía en este hospital, la presencia de César le ayudó a sobrellevar su dolencia, pues, además de tratarlo, le facilitaba libros y se tomaba tiempo para dialogar sobre estos. Esta actitud contribuyó a su completa sanación.

Oswaldo, en su lecho de dolor, se propuso darle un nuevo giro a su existencia. Estaba vegetando, quería desarrollar su creatividad y salir de ese ambiente que le angustiaba. Ansiaba ser un hombre nuevo, con un propósito en su vida. Tomó la determinación, desde ese momento, de perfeccionar su arte y ser un apoyo para su madre y familia.



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre cartulina, 24 x 32 cm, c. década de 1940.
Colección privada.



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, óleo sobre lienzo, 35 x 50 cm, c. década de 1940.
Colección privada.



CUANDO OSWALDO SE MARCHÓ DE CUENCA

Después de terminar sus estudios en la escuela de Bellas Artes de la Universidad de Cuenca, los que cursó de 1945 a 1949, lo primero que hizo fue romper su título universitario; luego, decidió irse de la ciudad. Tenía 20 años de edad y su espíritu ya no cabía en un ambiente académicamente limitado. Oswaldo sentía una gran frustración, era muy exigente consigo mismo y creía que no había aprendido lo suficiente, salvo por las enseñanzas de su maestro Luis Toro Moreno¹. Oswaldo estaba convencido de que los vacíos en su educación eran grandes agujeros negros, difíciles de llenar. Por eso, se despidió de su familia y de su compañera de estudios, Eudoxia Estrella, con quien inició una amistad que duró hasta el final de sus días. Antes de partir, prometió volver cuando sus expectativas académicas se hubiesen cumplido.

Como becario de la Municipalidad de Cuenca y la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» (CCE), consiguió financiamiento para estudiar en Quito y se matriculó, nuevamente, en el primer año de la escuela de Bellas Artes de la Universidad Central, ahí estudió de 1949 a 1955. En una carta² enviada a su hermano Eugenio, expresó que su esfuerzo había valido la pena: «Los profesores están muy contentos y me han felicitado por mi aprovechamiento, lo mismo le dijeron a Laurita Romo» (Quito, 31 de diciembre de 1949; Archivo de la familia Moreno Ortiz). En este periodo, aprendió de

¹ Luis Toro Moreno (Ibarra, 1890; Cuenca, 1957) fue un reconocido pintor ecuatoriano y amigo de Alfonso Moreno Mora. Se radicó en Cuenca en 1933 y se desempeñó como director de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Cuenca. Cabe mencionar que, años antes, se le encomendó, en Bolivia, pintar los retratos de Bolívar y de Sucre, actualmente estos están en la Pinacoteca del Palacio Legislativo de ese país. Además, pintó retratos de personas ilustres de la capital azuaya, los que están hoy en día en la Universidad de Cuenca y en la pinacoteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay, respectivamente. A pesar de sus grandes aportes a las artes plásticas del Ecuador, terminó sus días en un asilo de ancianos.

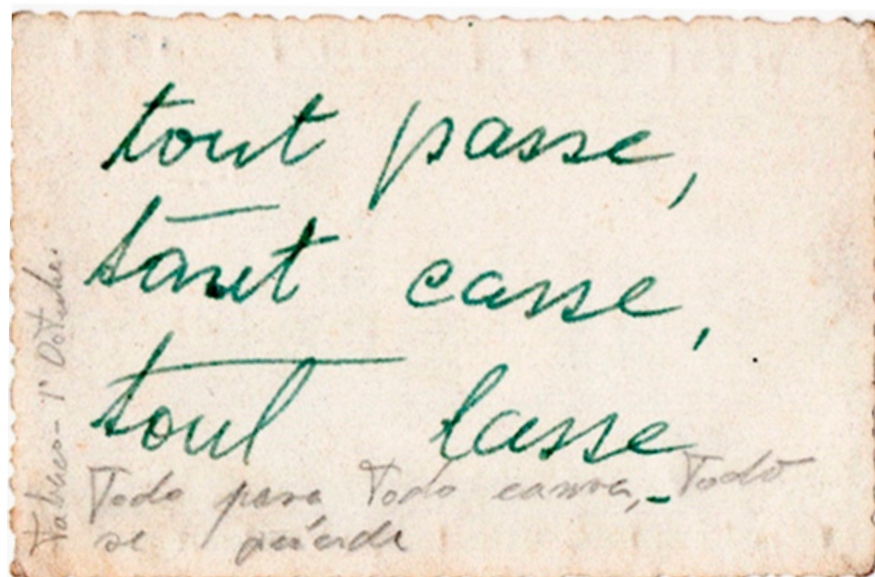
² Para facilitar la lectura de esta correspondencia, se ha realizado una transcripción que moderniza y adapta su ortografía a las convenciones actuales, sin comprometer o cambiar el contenido y el estilo de sus autores.

grandes maestros como Diógenes Paredes. De esta época de su vida se conservan fotografías que muestran que cuando los estudiantes pintaban un desnudo, lo hacían con modelos reales, práctica inhabitual en Cuenca, donde se aprendía a dibujar el cuerpo humano a través de figuras de yeso y madera. Se podría afirmar que el exceso de conservadurismo que Oswaldo experimentó en su ciudad natal, durante su formación académica, fue una de las causas que lo motivaron a repetir su carrera en la capital.

Como se ve, en el reverso de la segunda fotografía que se presenta a continuación, Oswaldo escribe «*tout passe, tout casse, tout lassé* / todo pasa, todo cansa, todo se pierde», este sentimiento de angustia ante la brevedad del presente y la fragilidad de la vida misma concuerda con el pensar de muchos de los artistas de su época, quienes miraban con desilusión la vida después de la posguerra. De la misma manera, esta actitud se corresponde también con el afán de Oswaldo de vivir con entusiasmo e intensidad, es esta disposición divertida e irreverente la que recuerdan sus amigos y familiares, la que lo caracterizó a él y su obra.

En esta línea, otra postura propia de Oswaldo Moreno Heredia fue su ideología de izquierda, la que se mantuvo intacta a lo largo de su existencia. Durante sus primeros años en Quito, participó activamente en protestas estudiantiles que enfrentaban los abusos de los gobiernos de turno, como se ve en esta carta que la poeta Eliana Espinel escribió al hermano del pintor, Eugenio:

En Quito —érase el año 1953— [...] conocí, traté, charlé tanto, con tu amabilísimo, aunque serio hermano Oswaldo, que luego nos ha resultado un pintor de tan admirables realizaciones. Hazle recuerdo de mí. Salúdalo con mi mejor afecto. En aquella época, creo que ambos éramos dos perfectos anónimos y, acaso por eso, más felices de ser como habitantes terrestres. Él era un batallador marxista, y yo andaba muy acorde con sus batallas. Le habían —en una lucha callejera— maltratado un brazo. Y hay un puro recuerdo amable: a veces, yo tenía que cortarle la carne de bistec, a causa de su imposibilidad para hacerlo. Él se hospedaba en el mismo sitio en que yo internaba con los míos. Escuchábamos música clásica o la soviética de hoy —que, mira, no me atraía— y jugábamos al rummy quinientos. No he vuelto a verlo más. Pero ya lo ves, aún lo recuerdo. (Guayaquil, 8 de mayo de 1959; Archivo de la familia Moreno Ortiz)



Oswaldo Moreno Heredia junto a otros estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, fotografiados mientras retratan a una modelo, Quito (Ecuador), octubre 1, 1951. Archivo de la familia Moreno Ortiz.



Oswaldo Moreno Heredia posa junto a una modelo y otros estudiantes de la Escuela de Bellas Artes, Quito (Ecuador), octubre 1, 1951. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

A pesar de considerarse como un hombre de izquierda, Oswaldo tomó una importante determinación en defensa de su libertad en la creación artística: «[no estoy] para peón de ningún partido. Necesito mantener mi libertad para poder crear e investigar a mi antojo, siempre estoy en proceso de experimentación y mal puedo someterme a realizar una pintura de antemano dirigida y de cartel» (Carta a Eugenio; s.f.; Archivo de la familia Moreno Ortiz). Esta decisión prevalecería a lo largo de su vida y por ella, en este artista convivían estas dos posturas: la simpatía por la izquierda y el rechazo al arte militante.

Otro episodio a destacar de su época de estudiante ocurrió cuando Diógenes Paredes, al conocer que Oswaldo era cuencano, organizó un viaje de fin de año para que los estudiantes descubrieran el arte que se hacía en Cuenca. Moreno Heredia se ofreció a ser el guía del grupo y cuando llegaron, recorrieron calles y parques centrales. Diógenes describía con admiración la belleza de las casas e iglesias, miraba el cielo y decía que el aire tenía chispitas de luz que nunca había visto en otros lugares.

Por iniciativa de Oswaldo visitaron colecciones de arte en casas privadas, templos, la Universidad de Cuenca y la Casa de la Cultura. Diógenes y el grupo de estudiantes se asombraron al contemplar el vasto patrimonio pictórico de la ciudad. Durante su recorrido admiraron particularmente la obra del reconocido artista ibarreño Luis Toro Moreno, quien por encargo había pintado retratos al óleo de Remigio Crespo, Honorato Vázquez y de Alfonso Moreno Mora. Estas piezas sirvieron para que Diógenes diera una clase magistral a sus estudiantes. También, cabe mencionar que conocieron, en casas particulares, las acuarelas de Honorato Vázquez y las pinturas al óleo de Manuel Moreno Serrano. Además, recorrieron iglesias y admiraron las esculturas de Gaspar Sangurima y José Miguel Vélez.

En el último día, el grupo de estudiantes y el profesor se quedaron impactados cuando, al pasar por la Catedral Vieja, encontraron a un obispo de imponente presencia que extendía su mano para que los niños que salían de las escuelas alborotados besaran su anillo. Uno de los estudiantes exclamó: «¡Solo en Cuenca se ve esto!». En ese momento, el sacerdote, que era pariente de la madre de Oswaldo, llamó su atención diciéndole: «Oye, hijo de la Lola, ¡salúdame!». Esto le desagradó a Moreno Heredia y se retiró, siempre había rechazado esos gestos exagerados de sumisión a la Iglesia y a sus representantes. Esta visita sirvió para que Oswaldo afanzara la convicción de que su ciudad era dueña de

un gran patrimonio artístico que le serviría para enriquecer y fundamentar su formación artística, pero también reafirmó su certeza de abandonar el ambiente pequeño de Cuenca.

Durante el transcurso de sus años de estudio en Quito, Oswaldo adquirió varios aprendizajes trascendentes y trabajó amistades duraderas con otros estudiantes de la Escuela de Bellas Artes como: Oswaldo Viteri, Germán Pavón, Enrique Tábara, Gilberto Almeida y Guillermo Muriel; además, en el contexto de su labor como artista, conoció y cultivó una relación fraterna con Eduardo Kingman. No puedo dejar de mencionar a quienes el pintor ya conocía, amigos cuencanos como: Patricio Cueva y su esposa Noralma Vera —con quien, en 1975, fundó el Instituto Nacional de Danza—; Hernán Malo González y Juan Cueva; además de familiares con quienes se reencontró en la capital: su hermano Cornelio y su esposa Lolita Astudillo, Jorge Crespo y su esposa Laura Romo —quien era su compañera en la universidad—; Jorge Salvador Lara y su esposa Teresa Crespo; y Hernán Crespo. Finalmente, hay que nombrar a sus amigos, a quienes también conoció en la capital en años posteriores: Marco Antonio Rodríguez, Filoteo Samaniego, Edmundo Rivadeneira, Lenin Oña, Mario Monteforte, Manuel Esteban Mejía, Marcelo Larrea, Miguel Betancourt y Francisco Febres Cordero.

Transcribo, a continuación, un interesante comentario que Edmundo Ribadeneira (1982) incluyó en su ensayo «Arte visual de Oswaldo Moreno». Rivadeneira fue un escritor y crítico de arte que enseñó a Moreno Heredia desde su primer año en la escuela de Bellas Artes de Quito. En este fragmento se manifiesta y profundiza sobre el compromiso y actitud vital que el pintor ejerció mediante un liderazgo que siempre supo mantener, desde el inicio de su vida estudiantil y hasta el final de sus días:

La admiración sincera que siento por Oswaldo Moreno y la estrecha amistad que nos une datan de hace muchos años, desde cuando nos conocimos, él como alumno, en la vieja e inolvidable Escuela de Bellas Artes de la Alameda, en la que yo dictaba la cátedra de Historia del Arte.

Lo recuerdo muy bien: la promoción de estudiantes a la que pertenecía Oswaldo Moreno era, en general, de mucha valía: homogénea y lúcida, dominada por una clara y limpia pasión artística, inteligente y laboriosa.

Destacaba, sin embargo, Oswaldo Moreno, por su particular manera de ser: atisbos de una personalidad que se formaba al vaivén de un aparente mal carácter, de una evidente tendencia al retraimiento, cuando no irrumpía vigoroso y tenaz, en defensa de sus puntos de vista, en aquellos gratos momentos en que una polémica fecunda demandaba de todos el ejercicio oportuno, esclarecedor y saludable de una inquietud activa.

De Oswaldo Moreno cabía esperar, por consiguiente, un futuro cierto, una obra propia de un temperamento fuera de lo común, proclive a la contradicción y a la ruptura, la transferencia de lo irascible cotidiano a la estética, la expresión práctica de una voluntad inconforme y a veces agresiva.

Su participación en el grupo VAN, constituido circunstancialmente por oponentes a la Primera Bienal Latinoamericana de Pintura realizada en Quito, que dicho Grupo interpretaba como ejemplo de un arte sospechosamente empresarial y convencional en cuanto técnicas adaptadas a propósito más bien de naturaleza utilitaria, no hizo sino demostrar hasta qué punto Oswaldo Moreno era irreductible a todo canto de sirena emanado de una posición artística ambigua y deleznable.

Con algo más: creo que Oswaldo Moreno se mantiene en esencia, leal al espíritu que guio a ese Grupo, la mayoría de cuyos integrantes, en cambio, volvió pronto por los causes anteriores.

En todo caso, Oswaldo Moreno sigue siendo un infatigable investigador, un gran opositor conceptual, un artista dinámico en la misma medida en que siempre está buscando formas nuevas y caminos inéditos. (pp. 151-152)

Edmundo Ribadeneira acierta en anotar aspectos que caracterizan a Oswaldo Moreno Heredia y, agregaría, a los Morenos: un temperamento fuera de lo común, actitudes polémicas, personalidades irreductibles, se trataba de personas de sólidos principios en las que destacaba, sobre todo, el manejo del humor y de la fina ironía, esta última presente también en la poesía de su padre, Alfonso Moreno Mora (2002 y 2017), en poemas célebres como: «Elegía de los perros que muerden», «Epístola a Don Luis Felipe de la Rosa» y «Prólogo».



Germán Pavón, *Retrato de Oswaldo Moreno Heredia*, óleo sobre lienzo, 66 x 57 cm, c. 1952.
Colección privada.

Para el desarrollo de esta publicación, trabajé con las cartas que mi padre conservaba en un archivo que, después de su muerte, pasó a mis manos. Este contiene no solo las epístolas que cito a lo largo del texto, sino tarjetas creadas por Oswaldo, además de fotos y catálogos que me han permitido reconstruir el trayecto de su carrera y parte de su relación con mi padre. Revisarlas ha sido una forma de rescatar la mirada más íntima, el humor y el sarcasmo de Moreno Heredia, dimensión que mostró a su hermano y a quienes pudimos conocerlo de cerca y vivir la potencia de su presencia y su genialidad. Es muy difícil describir todas las facetas de la personalidad de mi tío, por ello, citar estas cartas es una manera de evidenciar con más fidelidad la propia voz de este artista, sus ideas y lo singular de su carácter.

Hace poco, escrudiñando el archivo, encontré una foto con un retrato que Oswaldo había hecho y que le envió a Eugenio, para contarle sobre su trabajo. El texto que la acompaña dice:

Te acuerdas de [...] ese tipo con cara de imbécil, aunque no lo sea totalmente, terriblemente formal y jesuita en sus conceptos, que te estima en altísimo grado y que siempre me pregunta de ti [...] Sin embargo de todo, es un tipo bastante bondadoso / me pagó buen dinero / y he aquí mi retrato / El retrato es además de fiel, un tanto irónico, pero el Sr. está encantado. (Carta a Eugenio; Quito, c. 1958; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Esta faceta honesta y divertida le ganó amigos y enemigos a Moreno Heredia; su proverbial franqueza e ironía eran inquebrantables. Quienes le conocieron de cerca le admiraban y querían fraternalmente, por su humor y por ser un gran conversador. Precisamente, esta actitud le permitió tejer una red de amigos pintores, poetas e intelectuales que, gracias a su gestión, pudieron también conocer la obra de su hermano. Por ejemplo, en la carta que escribe Jorge Enrique Adoum a Eugenio, se lee:

Aquí está el loco de tu hermano que se está mordiendo las uñas. [...] Sobre la mesa de escritorio, comemos helados a las ocho de la noche [...] En la venta de «amargo» me va peor de lo que esperaba [...] y aunque no

lo creas, me interesa sobremanera la opinión que tengas de este folleto miserable: ponla en un marco de gran franqueza. Así sabré qué impresión tenga de él, una persona a quien amo con el amor de un verdadero amigo, conseguido solo en una mañana. (Carta a Eugenio; Quito, c. 1950; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Los hermanos Moreno Heredia y otros artistas del país mantuvieron esta amistad y el trabajo conjunto a lo largo de sus vidas; por ejemplo, en otra carta fechada el 27 de agosto de 1955, Oswaldo le explica a Eugenio: «he hablado con [Benjamín] Carrión [...], la idea de la organización de un congreso les parece estupenda, cuenta también con Adoum [que] también se mostró entusiasmado y te espera» (Archivo de la familia Moreno Ortiz). Como se ve, gracias a la cercanía de estos hermanos y el interés mutuo que tenían por su quehacer artístico y el de sus contemporáneos, la obra de escritores, pintores, artistas e intelectuales ecuatorianos fue compartida y comentada a través de cartas y durante viajes en los que también importó la gestión de instituciones como la CCE —y su máximo gestor, Benjamín Carrión—, varias universidades, pero sobre todo el boca a boca. Otra muestra de esto se ve en una carta en la que Oswaldo comenta:

Mucho contento tuve al recibir tu cuaderno de poesía *Clamor del polvo herido*³, el mismo que ha constituido un orgullo para mí, al enseñarlo a mis amigos, como lo hice con el anterior, despertando así una afición e interés por tus poemas, entre muchachos que sin conocerte hoy te estiman. (Carta a Eugenio; Quito, c. 1949; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Es importante mencionar que esta labor de difusión también permitió que varias obras de autores y pintores cuencanos y ecuatorianos cruzaran fronteras. Esto se ve en el siguiente fragmento:

He hecho amistad con un tipo muy valioso, un mexicano dedicado a dos cosas: a vagar por América y a la historia de la misma; además hace

³ *Clamor del polvo herido* de Eugenio Moreno Heredia, poeta del grupo cuencano Elan, fue publicado en 1949 por la Universidad de Cuenca.

ensayo, tiene escrita una novela, pero por dos charlas aquí nos pareció a todos muy fuerte intelectualmente. Le he prestado un cuaderno tuyo, el último, y me dijo que quería que le enviaras a México un ejemplar, que él tendría mucho gusto de enviarte a su vez material de allá. Le parecieron muy hermosos tus poemas y dice que en charlas sobre arte y literatura americanas [...] piensa incluir material del Ecuador entre lo que estaría tu producción [...] es delegado del Frente Nacional de Artistas Plásticos de México, es muy joven[;] quiere además si puedes enviarle: ejemplares de los periódicos que tú has dirigido. Yo aquí le di un ejemplar del libro de cuentos de Cornelio, el que le gustó mucho y le presté, como te cuento, tus cuadernos últimos [...] su nombre es Adrián Villagómez. (Carta a Eugenio; Quito, 15 de agosto de 1955; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

De esta época de estudiante también quiero resaltar los siguientes episodios, por un lado, la presentación de su primera muestra individual, la que tuvo lugar en Quito, en 1950, en el Museo de Arte Colonial. Este hecho evidencia que, a pesar de su condición de recién llegado, desde sus primeros años de labor, este pintor ya estaba exponiendo su obra. Por otro lado, vale mencionar que Moreno Heredia era un artista versátil, incluso desde esta etapa de su vida trabajaba con varias técnicas y en varios medios. Por ejemplo, en 1952, en Quito, diseñó la escenografía del recital *Los primeros cantos de América* de la reconocida declamadora argentina Lisa Marchev, quien se encontraba de gira por Latinoamérica. El pintor y la declamadora empezaron una amistad gracias a su hermano Eugenio, quien los presentó (Moreno Ortiz, 2015, p. 224). Durante su trabajo conjunto en Quito, esta relación se fortificó y, como resultado, queda el retrato que Oswaldo hizo de ella, el que se conserva en la pinacoteca de la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay (CCE Azuay).

Así, a través de dos hermanos, el uno pintor y el otro poeta, se creó una red de amigos de Quito, Ambato, Cuenca y de otras ciudades, provincias y países que se apoyarían en la difusión de sus obras. Las cartas continuaron hasta 1960, luego se dio paso a las llamadas telefónicas y a las visitas periódicas entre Oswaldo y Eugenio, quienes viajaban continuamente debido a sus exposiciones y recitales.



Oswaldo Moreno Heredia, *Calle de Quito*, óleo sobre yute, 58,5 x 78,5 cm, 1952.
Casa de Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

Tengo nostalgia de Cuenca
querido Eugenio, pero temo
ir allá que no sea de paso,
siempre me acompañó una es-
pecie de esterilidad creativa que
es hoy casi un complejo y que
me impide mirar a Cuenca como
un lugar en el que yo pudiera
vivir. Hay también el caso
de que aquí necesito trabajar
por doble motivo, primero por crear
y luego por vivir, si no pinto
no como. Mientras que en Cuen-
ca... muero te consta que... la
casa... etc. y como verás, razo-
nes estúpidas que terminan
justificando y que hacen de mí
un cómodo y tranquilo olgazán
dedicado a conversar con los a-
migos y a trabajar ¡“intensamente”!
en la J.C. [Transcripción]

Carta a Eugenio Moreno Heredia, Quito (Ecuador), agosto 15, 1955. ►
Archivo de la familia Moreno Ortiz.

Tengo nostalgia de Luenca
querido Eugenio, pero temo
is allá que no sea de paso;
siempre me acompañó una es-
pecie de esterilidad creativa que
es hoy casi un complejo y que
me impide mirar a Luenca como
un lugar en el que yo pudiera
vivir. Hay también el caso
de que aquí necesito trabajar
por doble motivo, primero por crear
y luego por vivir, si no pinto
no como. Mientras que en Luen-
ca... bueno te consta que... la
casa... etc y como verán, razo-
nes estúpidas que terminan
justificando y que hacen de mí
un cómodo y tranquilo olgacán
dedicado a charlas con los a-
-migos y a trabajar ¡"intensamente"!/
en la J.C.

LA PINTURA, SU ÚNICO «DOGMA DE FE», Y LA SOLEDAD, UN ESPACIO PARA EL ARTE

Hablar de Oswaldo Moreno Heredia implica también mencionar su convicción por dedicar su existencia al arte. Durante su vida fui testigo de esta postura, a Oswaldo no le interesaban las doctrinas religiosas o los partidos políticos, valoraba por sobre todo lo que le permitía el arte, por eso, nunca dejó de pintar y encontró en esta actividad un refugio que le ayudó a dar significado a su fe: la verdad de que el arte era su única misión. A continuación, transcribo un fragmento de una carta enviada a su hermano Eugenio, en la que Oswaldo explica a detalle esta actitud vital que lo caracterizó y que mantuvo a lo largo de su vida:

...contarte, simplemente, que pinto con una fe ciega, pues es mi único dogma de fe el creer en mi arte, que vivo una vida amena e intensa llena de emociones y experiencias, saturada de los más diversos estados de alma, en los que sufro o [...] gozo, soy alegre, o terriblemente triste y de los que estoy extrayendo siempre conocimientos y haciendo de este modo mi vida, de la que podría resumirte diciéndote que nunca deja de ser interesante y divertida, aparte de ser profunda y provechosa. Aquí en este Quito no hay en realidad tiempo de aburrirse ni de perder interés por la vida, siempre se está encontrando razones infinitamente bellas y justas de amarla, de amar las cosas, y de ir así construyéndola poco a poco, nuestra existencia, ir formando nuestro animal humano, e ir observando cómo este crece y crece sobre el dolor, sobre la alegría y va ya dando cuenta de su formación, lo cual nos alegra bella y puramente, como un salvaje puede alegrarse simplemente maravillosamente ante el arma de piedra que sus duras y poderosas manos van dando forma lentamente. En verdad hay un placer, Eugenio, placer muy puro y sano, y es el de mirar y mirar atrás en la vida e ir contemplando, así como uno va creciendo interiormente; crecimiento que significa comprensión de la vida, es decir de los hombres, de sus actos, amor a ellos, amor a las cosas, conciencia de todo o al menos de algo más siempre.

Uno de niño mira tantas cosas y no las entiende pese a que se nos haya explicado tanto y poco a poco empiezas a entender todo y como consecuencia amarlo, a necesitarlo, así entre una experiencia y otra voy haciendo mis días.

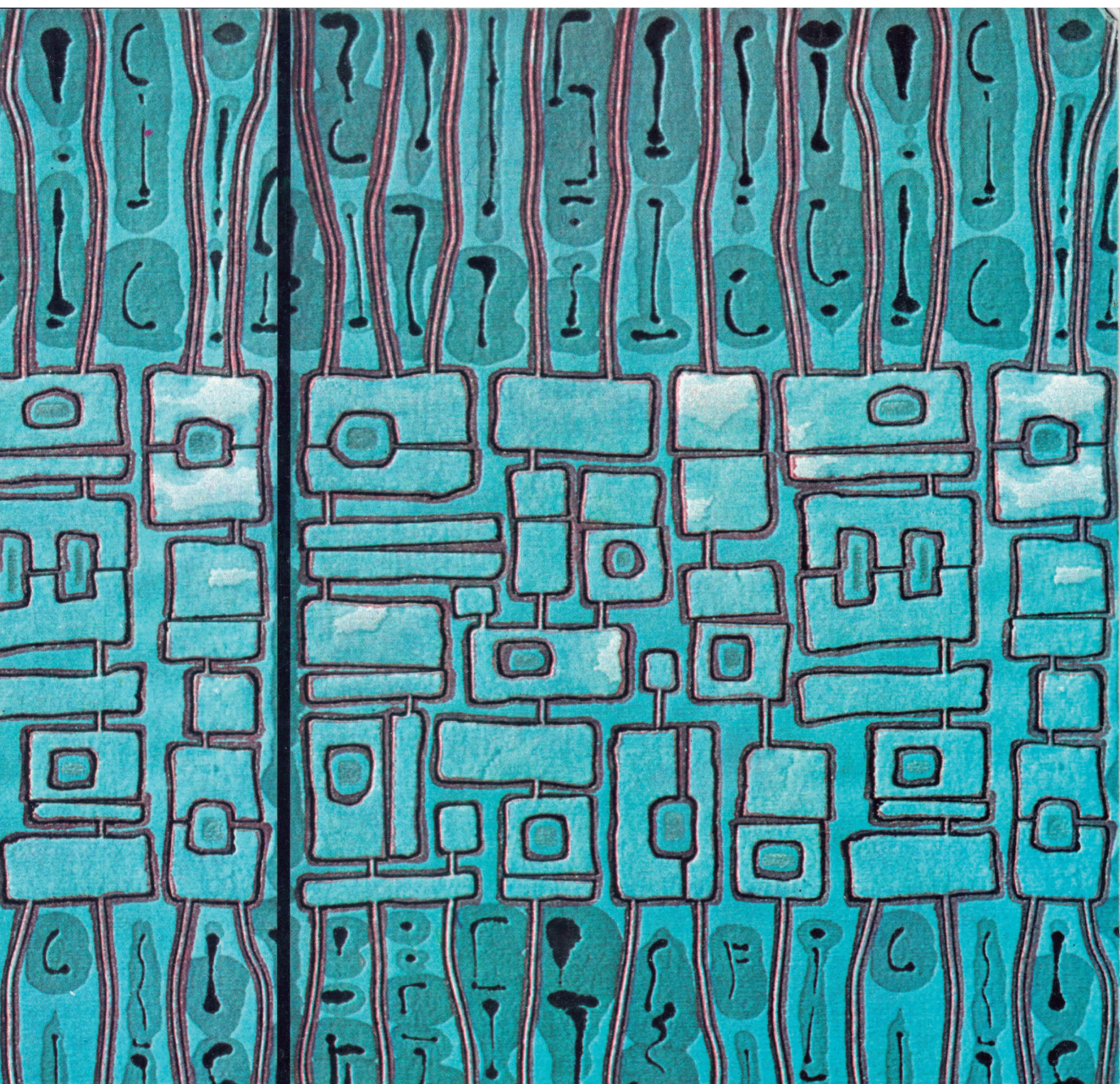
En general he descubierto que soy menos extrovertido de lo que me consideraba siempre. El silencio es un bello estado espiritual que te permite acumular dentro de ti tus continuas experiencias y tus emociones de este modo saborearlas íntimamente, gustarlas y recrearlas, antes de lanzarlas al exterior, de volverlas un alimento común. Ando [...] siempre a la caza de algo, qué escuchar, qué asimilar, y no tengo en verdad mayor necesidad de derrochar energías en largas e inútiles sesiones de parlería: como me ha sucedido antes y tanto.

Te diré que estoy [...] siempre solo que, como mis tiempos anteriores de Quito, en la eterna compañía de amigos. Quizá será por mi trabajo que lo realizo solo, en mi cuarto, que me veo obligado a prescindir de la cotidiana frecuentación de grupos. Así no pierdo además mi mayor tiempo de pintar y produzco hasta donde mis reales me lo permiten. (Carta a Eugenio; Quito, 15 de agosto de 1955; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Esta hermosa epístola es una pieza equiparable a *Carta a un joven poeta* de Rainer María Rilke; debería titularse: «Carta a un joven pintor», porque reúne los conocimientos que un maestro descubrió en su interior y que bien podrían servir a un joven creador que desee dedicarse al arte.

Para Oswaldo eran días de soledad infinita, de un crecimiento espiritual, de una conexión con el todo, de expandir su conciencia y amar a todos los seres humanos. Se puede notar que tuvo la certeza de que encontraría, con sacrificio y disciplina, la mina de oro que alimentaría una verdadera creación artística — genuina— que tuviera su marca y que no fuera una copia de nadie.

Cuando Moreno Heredia cuenta: «Quizá será por mi trabajo que lo realizo solo, en mi cuarto, que me veo obligado a prescindir de la cotidiana frecuentación de grupos» (*ibidem*), pone énfasis en que la soledad es necesaria para quien crea. Esta afirmación recuerda al poema «Vida perfecta» de Jorge Carrera Andrade: «Conejo, hermano tímido, mi maestro y filósofo: / Tu vida me ha enseñado la



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acrílico y acuarela sobre cartulina, 1984. Catálogo *Exposición itinerante de O. Moreno*, Museo Camilo Egas (Quito) y Museo Municipal de Arte Moderno (Cuenca), noviembre 1984. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

lección del silencio. / Como en la soledad hallas tu mina de oro / no te importa la eterna marcha del universo» (1976, p. 129). Se puede decir que este aislamiento voluntario en sus talleres es común entre los artistas que quieren realizar una obra auténtica y propia. En este sentido, en su cuarto pequeño que fue, a la vez, su taller, Moreno Heredia sintió que, como señala Rilke: «su soledad se ampliará y se convertirá en una penumbrosa morada ante la que el estrépito de los demás transcurrirá lejos» (2004, p. 25).

Así, cuando siente un maestro que halló la mina que buscaba, llamará a sus discípulos para enseñarles y compartirá los manjares exquisitos que encontró. Gracias a esta introspección y búsqueda constante, Moreno Heredia enriqueció su quehacer y, a su vez, el de quienes serían sus estudiantes. Por ejemplo, de acuerdo con esta afirmación de Filoteo Samaniego (1989), hizo esto cuando enseñó en el exterior:

Tuve la suerte de estar junto a él en varias oportunidades. / La última, en Rumanía, en Bucarest. Había llevado consigo una notable muestra de sus obras, y los más interesados en saber sus técnicas y sus maneras fueron los artistas de ese país de artistas. Oswaldo ejerció, por breves días, la función de informador de sus propias maneras, de sus propias formas. (s.p.)

Como se tratará más adelante, la pasión de Moreno Heredia por el arte estaba relacionada también con su labor como educador, esta determinó, además, sus técnicas de enseñanza y el legado que le dejó a artesanos, artistas y arquitectos del Ecuador y otros países.

LA MUERTE FUE UN TEMA QUE LE CAUSÓ CRISIS EXISTENCIALES

Mientras revisaba las cartas del archivo familiar, me encontré con un acontecimiento destacado de la vida de estudiante de Moreno Heredia: la muerte de Gonzalo Pozo⁴, amigo suyo e intelectual universitario que fundó con Wilson Burbano, en 1950, el grupo Caminos; ellos eran «conocidos y emblemáticos revolucionarios izquierdistas del Carchi [que] invitaron [...] a jóvenes intelectuales amantes de la poesía a luchar por la justicia social a través de la literatura» (Martínez Rosero, 2018, pp. 13-14). Es sabido que durante su vida, Oswaldo se identificó y participó activamente de la ideología de izquierda, sin embargo, como se mencionó, no era partidario de que la militancia interfiriera en su labor artística. Como se lee en la carta que transcribo a continuación, este fallecimiento recrudeció en el pintor una angustia existencial que se expresa en las siguientes líneas:

Al escribirte esta [carta] mi ánimo se encuentra inseguro [...] pero es quizá pasajero y como todo tiene en la vida su tiempo y su importancia también esto pasará. Es la muerte de Gonzalo Pozo la que nos ha trastornado a sus amigos. [¿]No sucedería igual o casi igual, si por ejemplo me hubiera muerto yo o cualquier otro hombre joven y amigo nuestro? Por mí sabré decirte que amo tanto esta cosa que es la vida, pese a que estoy cayendo tanto y levantándome siempre. No asocio esa idea de morir [...] a mi persona, vivo tan alejado de eso, estoy tan aferrado a mi vida con sus angustias y sus júbilos que no me he acordado por mucho tiempo que también los jóvenes nos morimos, y más aún los jóvenes que, como Gonzalo, hacen su vida para la vida de los otros, luchan, se esfuerzan, padecen y también gozan en nombre de los demás, de aquellos que hoy desconocen a Gonzalo y mi muerte, digamos, y mi vida... Pobre y querido amigo [...] Apasionado tú lo conociste, llevaba sus actos casi hasta la destrucción de sí mismo. Eso de morirse es tan insólito, pero lo es más el morirse lejos de la patria de

⁴ Murió en Buenos Aires, el 22 de agosto de 1955 (Martínez Rosero, 2018).



Oswaldo Moreno Heredia, *Homenaje póstumo*, collage, 130 x 121 cm, 2000. Colección privada.

Nota. Según el catálogo *O. Moreno Collages 2000* (2000), esta obra se titula: *Homenaje póstumo*, pero en *Grandes del siglo xx* (2007), de Marco Antonio Rodríguez, aparece como *Homenaje a mis amigos*.

uno, allá donde todo se hace imposible y desolado. Me recuerdo los cantos de los poetas jóvenes aún de los tuyos, invocando a la muerte como algo hermoso y dulce, sin temor y casi con amor. Perdóname, pero eso es tan falso... El único y terrible castigo que recibe el hombre es la muerte, esa que nos redime de nuestra miseria y de nuestra grandeza, es demasiado cruel y es nuestra única condenación. (Carta a Eugenio; Quito, 27 de agosto 1955; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Como se lee, Oswaldo Moreno Heredia amaba la vida y en su ser no aceptaba la amenaza de la muerte que acechaba su existencia, pues esta le causaba una sensación de dolor y de rebeldía; sobre todo, no concebía la muerte de un joven.

Experimentó la partida de varios de sus seres queridos desde la temprana muerte de su padre, poco después la de su amigo Gonzalo Pozo, posteriormente sufriría por su sobrino Esteban, por su joven hermana Soledad, por el suicidio de su enamorada⁵ y, cuando se radicó en Quito, por el fallecimiento de su madre y de todos sus hermanos mayores (Lucía, Cornelio, Rodrigo y Eugenio), incluso de los menores (Teodoro, Teresita y Soledad).

Recuerdo que viajó a Cuenca por la muerte de su madre, pero se recluyó en la casa de su sobrina Clara López Moreno y Juan Valdano, su esposo; algo parecido ocurrió después, cuando no asistió a los funerales de su hermana Lucía o de su hermano Eugenio. En lugar de viajar, llamaba en grandes lamentaciones desde Quito, porque se negaba a revivir el trance inexplicable que significó la muerte de su padre. Solía afirmar que, si no pudo pintar un retrato de su padre, por el trauma que su muerte le ocasionó —no podía recordar con nitidez sus rasgos—, entonces no pintaría retratos de nadie, tema que se tratará más adelante.

Se podría decir que la muerte se ensañó con la vida de este pintor y también que él encontró el camino para vencerla, pues lo convirtió en un ser escéptico que se burló al final de su propio fallecimiento. Acerca de su deceso, puedo contar que un día cualquiera del año 2010, cuando me encontraba en mi casa,

⁵ Sonia Moreno Ortiz trata a cabalidad este episodio en el cuento «Esa tarde apacible, el silencio» (ver p. 213).

recibí una llamada inesperada, era mi tío Oswaldo, quien, sin mucho preámbulo, directo, como siempre fue, me dijo:

Suca, carajo, soy un descreído. ¡No creo en nada! Cuando muera, quiero que me incineren y depositen mis cenizas en el agua y en último caso en un inodoro. ¡Me da igual! He hecho esta petición a todos mis sobrinos, espero que la cumplan. (Comunicación personal)

Luego me colgó. Yo no pude reaccionar ante semejante petición, pero puedo asegurar que, cuando Oswaldo murió, en el año 2011, su sobrino Patricio Moreno Astudillo cumplió su voluntad, por eso, junto al escultor Manuel Monard y, algunos amigos y familiares cercanos, dejaron las cenizas de Oswaldo en las tranquilas aguas del lago San Pablo, en la provincia de Imbabura, Ecuador.



Oswaldo Moreno Heredia posa junto a un retrato de su autoría, Quito (Ecuador), c. 1950.
Archivo de la familia Moreno Ortiz.

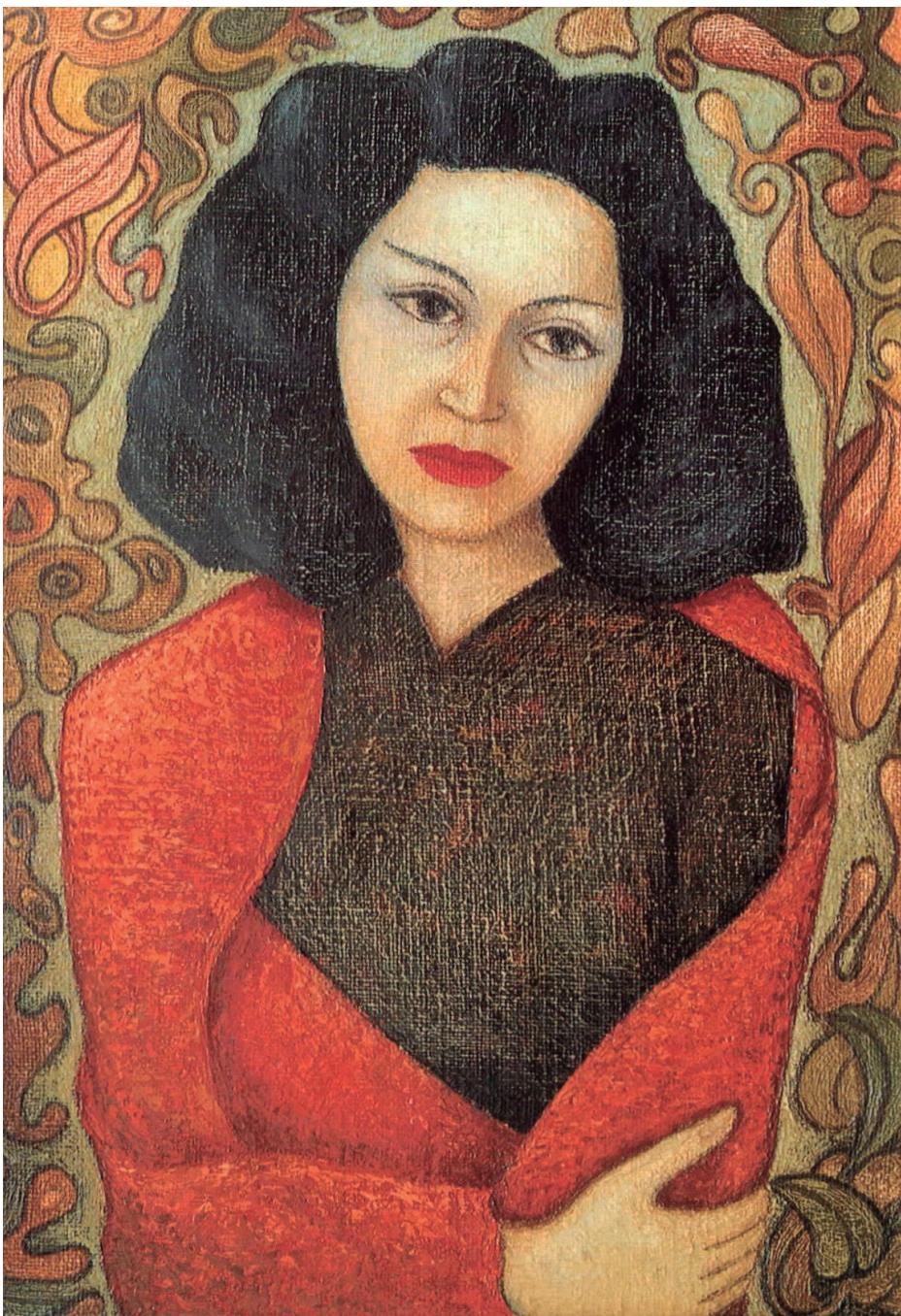
SE NEGABA A PINTAR RETRATOS

Como se explicó en el apartado anterior, Oswaldo Moreno Heredia no hacía retratos, sin embargo, hay excepciones que demuestran que esta determinación no estuvo presente durante toda su carrera. Por ello, existen piezas de sus inicios, por ejemplo, en el archivo de la familia Moreno Ortiz, hay una fotografía de Oswaldo junto a un retrato de un personaje que no se puede identificar, pero se intuye es un compañero de clases. De la misma manera, en la pinacoteca de la CCE Azuay, se conservan dos piezas fechadas en 1952, una pintura de una modelo y otra de Lisa Marchev, declamadora argentina. Ambos cuadros se elaboraron durante su época de estudiante en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Central de Quito, además, permiten al observador entrar en las mentes y corazones de estos personajes. En especial, destaca la majestuosidad y tristeza de Lisa; su cabellera negra y sus ojos pensativos reencarnan el dolor que entregaba en su recital *Los primeros cantos de América*. La escritora uruguaya, Juana de Ibarbourou (citada por Moreno Ortiz, 2015) decía de ella: «culto, fina, fuerte, noble, trae el mensaje de la América indígena, con la resurrección de los primeros cantos» (p. 217), mientras Luis E. Nieto Caballero afirmaba: «Quizá como ella fueron las princesas incaicas» (*ibidem*).

Es sabido que en épocas posteriores de su producción artística, Oswaldo recibió varias propuestas para realizar este tipo de pinturas y, aunque usualmente se negaba, conozco algunas excepciones. Por un lado, en el archivo de la familia Moreno Ortiz, existe otra foto de un retrato que envió a su hermano Eugenio para contarle sobre su trabajo en la capital (ya se habló de esto anteriormente). Por otro lado, Moreno Heredia solía referir una anécdota acerca de un hombre adinerado que le insistió tanto para que le hiciera un retrato, que un día le ofreció un auto a cambio. Debido a lo inédito de la oferta, Oswaldo aceptó el encargo y recibió el carro. Sin embargo, al poco tiempo, lo vendió, debido a que no sabía conducir. El tiempo pasaba y no terminaba la obra. El retratado se acercaba de vez en cuando para pedir lo convenido y el artista le decía que aún le faltaba terminar una parte de la oreja derecha. Esto ocurrió por varias ocasiones,

hasta que un día, Oswaldo lo vio entrar a su casa, indignado, para llevarse el cuadro inconcluso. Mi tío decía que simplemente no quiso terminarlo, porque no deseaba retratar a nadie sin haber pintado primero a su padre.

A pesar de esta postura y sus reiteradas negativas a realizar otros encargos de este tipo, existen dos piezas más: la primera es un retrato de Juan Cordero Íñiguez que pintó al final de su carrera y es parte de la colección privada de la familia Cordero López. La segunda es un retrato de mi padre, Eugenio Moreno Heredia, pieza que pintó motivado por el afecto y la admiración; lo sé porque, un día, cuando estaba de visita en nuestra casa de Bahía de Caráquez, él mismo le pidió a mi padre que posara e hizo un cuadro al carboncillo, para ello improvisó un caballete con una mesa en la terraza. Esta pieza se conserva en la colección de la familia y es una muestra de la maestría de Oswaldo para capturar la esencia de las personas.



Oswaldo Moreno Heredia, *Retrato de Lisa Marchev*, óleo sobre cáñamo, 73 x 53 cm, 1952.
Casa de Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.



Oswaldo Moreno Heredia, *Retrato de estudiante*, óleo sobre cáñamo, 76 x 60 cm, 1952.
Casa de Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

Para cerrar este tema, deseo escribir sobre un episodio que ocurrió al inicio de la década de los setentas, cuando un pintor se acercó a mi padre para pedirle que él y mi madre posaran, porque deseaba hacer unos retratos en su honor. Mi padre muy contento accedió y durante las siguientes semanas el artista nos visitó para elaborar los cuadros. Cuando estuvieron terminados, los colgamos en la sala de nuestra casa. Poco tiempo después, mi tío llegó de improviso, para quedarse durante una de sus visitas. Cuando entró, encontró las pinturas, las miró por un instante y, después de examinar el retrato de su hermano, comentó indignado: «¡Carajo, Oso! ¿Cómo exhibes este adefesio en tu casa?». Mi padre aceptó que el retrato no era perfecto, pero Oswaldo indicó que el personaje que se veía ahí no era su hermano, que las proporciones eran extrañas, que su esencia no estaba presente en la imagen. Después, sin pensarlo dos veces, tomó el cuadro de mi padre y recorrió toda la casa, hasta que llegó al huerto que estaba en la parte posterior, colocó el lienzo en la tierra y con los fósforos que siempre llevaba en sus bolsillos para encender su pipa, le prendió fuego. Mis padres, mis hermanos y yo nos quedamos desconcertados y le preguntamos por qué no hizo lo mismo con el retrato de mi madre, a lo que él aclaró que no era necesario hacer nada, porque ese sí era un buen retrato. Este episodio quedó grabado en nuestras mentes, como una anécdota más de las excentricidades de nuestro tío.

Décadas después, a inicios de los noventas, llegó a la casa con un retrato que un estudiante había hecho de él, su intención era regalárselo a mi padre. Eugenio se emocionó por el obsequio y ambos comentaron que se trataba de un trabajo bien realizado, porque plasmaba el carácter de Oswaldo. Yo no entendía por qué, si ese era el caso, no deseaba conservarlo, así que le pregunté qué pensaba realmente. Entonces mi tío me explicó que no le gustaba poseer retratos de sí mismo, porque consideraba que eso era un gesto de vanidad con el que no se sentía cómodo y que, aunque estaba agradecido con quienes lo habían pintado, prefería obsequiar estas obras a sus seres queridos. Entonces, también me aclaró que no le gustaban las casas museo, cuyas paredes están recargadas de obras; él creía que un hogar debía ser un espacio cálido, donde la gente pudiera habitar sin demasiadas distracciones.

Como se lee en estas dos anécdotas, Oswaldo Moreno Heredia era terminante con respecto a su postura sobre la calidad del oficio de los pintores, tenía grandes expectativas de sus pares y del arte que se hacía en su país; al

mismo tiempo, no era vanidoso y evitaba de cualquier manera que su ego dictara sus acciones. Por eso, en vida, le entregó, a su hermano Eugenio, dos retratos al óleo que otros pintores habían hecho de su persona: el ya mencionado y uno que pintó su amigo Germán Pavón (ver p. 49), cuando ambos eran estudiantes. Sé que también le obsequió a Jorge Crespo Toral un retrato que Luis Moscoso Vega pintó de él.

A la manera de Reinhardt en "Dogma del arte como-arte"
Parte 5.

En arte su revolución es sólo "su" revolución
En arte lo constituido es sólo "su" íntimo constituido
En arte lo social revolucionario se comprende en términos
de arte.
En arte lo político sigue siendo arte ideológico.
En arte todo es ideología y consecuentemente política.
En arte vanguardia es revolución sin retorno.
En arte tradición es reaccionarismo.
En arte lo académico es reaccionario. En arte los concep-
tos no son E-S-T-A-B-L-E-C-I-D-O-S.
En arte la cromática es una porquería.
En arte las contradicciones son aciertos.
En arte el absurdo es realidad y la realidad un absurdo.
En arte la lógica es una cretinada.
En arte la lucidez es locura mágica.
En arte la insensatez es cordura.
En arte la cordura es estupidez
En arte los principios comunes son hipocresía.
En arte lo único categórico es la libertad del artista.
En arte después de la obra no interesa el autor.
En arte después del artista sólo interesa su obra.

Oswaldo Moreno

- ▲ *A la manera de Reinhardt en «Dogma del arte como-arte» Parte 5* de Oswaldo Moreno Heredia. Catálogo de la *Exposición itinerante de O. Moreno*, Museo Camilo Egas (Quito) y Museo Municipal de Arte Moderno (Cuenca), noviembre 1984. Archivo de la familia Moreno Ortiz.



Oswaldo Moreno Heredia, *Retrato de Eugenio Moreno Heredia*, carboncillo sobre papel, 48 x 35 cm, 1958. Colección privada.



Oswaldo Moreno Heredia, *Fondeadero, Galápagos, Floreana*, acuarela sobre cartulina, 40 x 51 cm, 1956.
Museo Casa de las Culturas.

GALÁPAGOS

Al término de sus estudios, en 1956, viajó auspiciado por la CCE a Galápagos. En las Islas Encantadas residió cerca de diez meses, sobre todo, en la isla Floreana, donde se hospedó en la casa de Margarita Wittmer. Con ella estableció un trueque, él le daba acuarelas y ella le brindaba alojamiento. Posteriormente y a lo largo de su vida, viajó a las islas por 18 ocasiones.

A su regreso a Cuenca, vino con una valija repleta de acuarelas y tintas con paisajes marinos, un mundo asombroso, repleto de luz, que a sus sobrinos maravillaba. Sobre esta etapa dice Marco Antonio Rodríguez (2007):

De esta inolvidable interacción con la naturaleza pura, devino la poética de toda la saga pictórica de Oswaldo Moreno Heredia, es decir, su raíz, esa nervadura extraña y mágica que tanto nos seduce en sus obras. ¿Cómo llamar a ese aprovechamiento de iridiscencias que emergieron del contacto —no solo mirar, sino acariciar, fusionar a su mente y espíritu— con moluscos, conchas, corales que solo allí existen...? ¿De qué manera aprehender el hechizo que conmocionó para toda su vida ese paisaje concebido por los dioses: fuego, agua, aire, tierra en los estados más puros...? (pp. 125-127)

Del 21 al 26 de julio de 1957, año del iv centenario de la Fundación de Cuenca, la CCE Azuay y el Municipio organizaron una exposición con las pinturas de Oswaldo Moreno Heredia sobre las islas. En el marco de esta exhibición, se publicó, en el catálogo, un texto de Eugenio Moreno Heredia, quien visitó las islas en 1952. Como se ve, los hermanos Moreno Heredia seguían trabajando juntos y compartiendo experiencias artísticas.

Eso fue lo que hizo Oswaldo durante su permanencia en Galápagos, «extraer belleza [...] de ese cofre sellado» (Como dice Eugenio en el catálogo que se reproduce en la p. 77). Con sus ojos maravillados y el empleo de un lenguaje pictórico propio, exhibió sesenta y cuatro obras: siete óleos, treinta y seis acuarelas y veintiún monocopias. Por muchos años me pregunté dónde se encontraban estas obras, quería saber si se conservaban las acuarelas sobre Baltra: *Desolación* y *Cactus*; sobre Floreana: *Lobería* y *Algarrobos*; o sobre Santa Cruz:

Llovizna y Fondeadero. Deseaba entender qué impacto tuvieron en la totalidad de la obra de Moreno Heredia y observar, en esas primeras piezas, la evolución de un artista que por más de medio siglo nos entregó su trabajo con entusiasmo, amor, sacrificio y tenacidad.

Durante el desarrollo de esta investigación y gracias a la ayuda de mi sobrina Dianola Vázquez Moreno, pude encontrar algunas de las acuarelas y lienzos que se expusieron en la mencionada muestra de 1957, estas se conservan en la Pinacoteca Museo de la Sede Nacional de la Casa de las Culturas en Quito. A pesar de este afortunado hallazgo, no he logrado localizar muchas otras piezas que he visto en catálogos o que aparecen descritas en artículos académicos. Este es un trabajo que necesita disponer de más recursos y tiempo; por ello, invito a otros investigadores, críticos e instituciones, para que localicen los primeros cuadros y posteriores colecciones —las que seguro también están en acervos privados—, y para que los estudien y expongan en muestras que permitan dar a conocer la obra de Moreno Heredia y de otros artistas como él.



Oswaldo Moreno Heredia, *Galápagos*, óleo sobre tela, 73,5 x 86,8 cm, 1956.
Museo Casa de las Culturas.

EXPOSICION DE PINTURA

DE

Oswaldo Moreno Heredia

SOBRE TEMAS DE LAS ISLAS GALAPAGOS

PATROCINADA POR
LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA,
NUCLEO DEL AZUAY,
Y CON LA COOPERACION DE
LA MUNICIPALIDAD DE CUENCA

DEL 21 AL 26 DE JULIO DE 1957

AÑO DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACION DE CUENCA.

EN EL ANTIGUO LOCAL DEL NUCLEO

—CALLE PRESIDENTE BORRERO N° 173—

- ▲ Catálogo de la *Exposición de pintura de Oswaldo Moreno Heredia sobre temas de las islas Galápagos*, Cuenca (Ecuador), antiguo local de Casa de Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, julio 21-26, 1957. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

BREVE SEMBLANZA DE GALAPAGOS

En la impresionante soledad del mar Pacífico, a 600 millas marinas, el Ecuador posee la más bella porción de su territorio: el Archipiélago de las Galápagos; descubierto por el Padre Dominicano Tomás de Berlanga, cuando en el año de 1535 perdido en la inmensidad del océano, en su viaje de Panamá al Virreinato del Perú, tocó por casualidad en sus playas pobladas entonces únicamente por gigantescos galápagos, iguanas y lobos marinos.

Una atmósfera de magia y encantamiento rodea estas islas; ya sea Floreana impregnada de leyendas, como aquella de la Baronesa de Wagner que desapareciera un día milagrosamente de sus contornos; o Santa Cruz, la isla en la cual la vida eleva su himno esplendoroso a la alegría y a la luz, o Baltra, la isla de la tristeza, en la cual sopla únicamente el viento desolado de la muerte, o San Cristóbal, o Isabela, o Fernandina, etc.; formando todas ellas un delicioso conjunto con una fauna y flora pródigas; bajo un cielo de milagro, a cuyo amparo han huído los desquiciados por este siglo trágico en busca de paz.

Allí está ese lejano paraíso nuestro esperando al artista, al campesino que quiera hundir sus manos en la entraña de su suelo; a cuantos quieran extraer belleza y pan de ese cofre sellado y maravilloso que como una esperanza para el futuro de la patria poseemos los ecuatorianos a 600 millas marinas de nuestra costa.

NOTA:—(Fragmento de la Charla que sobre el tema: "Breve Semblanza de Galápagos", dictara el Dr. Eugenio Moreno Heredia, en el Núcleo del Azuay de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en el mes de Junio de 1952.



Oswaldo Moreno Heredia, *Playa Galápagos, San Cristóbal*, acuarela sobre cartulina, 39 x 50,7 cm, 1956.
Museo Casa de las Culturas.



Oswaldo Moreno Heredia, *Punta Núñez, Baltra, Galápagos*, acuarela sobre cartulina, 39 x 50,7 cm, 1956.
Museo Casa de las Culturas.

BAHÍA DE CARÁQUEZ

En 1958, antes de su viaje a Italia, permaneció una corta temporada en Bahía de Caráquez, en casa de su hermano Eugenio. Durante su estadía pintó acuarelas de mares, navíos, buganvillas, alcatraces, gaviotas, playas, estrellas marinas, caballitos de mar y cielos ecuatoriales. En una ocasión, ante la presencia de sus sobrinas, tomó una iguana y la pintó como si fuese una niña. Esta experiencia la testimonié en mi primer libro *El caballo viejo y el músico* (1991), en el cuento infantil con el título: «La iguana vanidosa» (ver p. 195).

Estas experiencias junto al mar —las que posteriormente se intensificaron, más aún cuando regresó repetidas veces a Galápagos o cuando viajó a Italia en barco y experimentó ese contacto con el océano que se prolongó durante meses de navegación de ida y retorno— impregnaron de movimiento a sus acuarelas, por ello, estas no presentan paisajes estáticos, tienen vida: el agua, los árboles, los cielos y las nubes fluyen en un ir y venir, poseen luz y sus pinceladas azules, verdes y violetas reflejan el contacto con el agua. En esta línea, cabe mencionar que, en las ocasiones que el pintor vivió en Cuenca —antes de su partida a Quito y a su regreso de Italia—, habitó junto al río Tomebamba. Como se puede observar, el agua y sus remolinos le acompañaron en su camino por la vida.



Oswaldo Moreno Heredia, *Paisaje de Galápagos*, acuarela sobre papel reciclado, 44 x 57 cm, 1998.
Colección privada.

ROMA, FLORENCIA Y RÁVENA

En 1958 ganó una beca del Gobierno de Italia para estudiar Arte e Historia del Arte en la Universidad de Roma y Diseño en la Escuela de Bellas Artes de Florencia. Además, realizó cursos sobre Mosaicos, Diseño, Metalistería y Arte Musivo en Rávena, donde permaneció hasta 1961. En esta etapa, todas sus ansias por aprender fueron satisfechas. Continuamente escribía cartas, desde Florencia o Roma, a su hermano Eugenio. Le regocijaba saber que antes de él vivieron y crearon, en ese lugar, Giotto di Bondone y Guido di Pietro, conocido como fra Angelico. El entorno le colmaba de energía, sin embargo, sabía, con tristeza, que su obra expuesta ya no le pertenecía:

Vivo en medio de sus cuadros y comprendo cómo para el artista no existe tributo mayor ni mayor gloria que la de su propia obra. He creado cuadros de los que me siento sanamente orgulloso, si la suerte dispone verás de esto algo, pues al contrario del poder de expansión del poeta, del músico, el pintor es un mártir pues sacrifica día a día su obra, la desmiembra, la disgrega y siendo así jamás puedo asegurar que lo que hoy exhibo mañana me pertenezca todavía. (Carta a Eugenio; Florencia, 4 de marzo de 1960; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

Durante mi lectura de las cartas, pude evidenciar cómo su alegría no era constante. Por ejemplo, en 1958 se enlutó por la muerte de su hermana Soledad y el dolor de saber que ya no la encontraría a su regreso. Con respecto a este episodio, Oswaldo me contó que el día del fallecimiento de su hermana creyó verla caminando por una amplia avenida de Roma. Corrió para abrazarla, la llamó, pero ella no lo escuchaba y continuó caminando. Aunque Oswaldo corría, no la alcanzaba y al virar una esquina, ella desapareció. No se explicó lo que sucedió, hasta que llegó un telegrama con la dolorosa noticia. En este fragmento de una carta que envió, en 1959, se puede leer cómo esta partida aún afectaba su ánimo:

Para mí como último recuerdo de Soledad guardo sus lágrimas mezcladas con las de mamá en la puerta de la casa, el momento en que me disponía para mi largo viaje. Hoy que ella no estará más a mi regreso, hoy que en cierta forma la he recuperado a la distancia, pues la muerte no fija

residencias aún para el espíritu, para el recuerdo. Mi sufrimiento, si bien a momentos amortiguado, estará latente por siempre y su ausencia me pesará toda la vida. (Carta a Eugenio; Roma, 22 de junio de 1959; Archivo de la familia Moreno Ortiz)

A pesar de este dolor latente o la nostalgia que pudo haber sentido, su vida en Italia fue una etapa productiva y feliz, de exposiciones individuales⁶ y colectivas, y de dar a conocer su trabajo artístico a nivel internacional. Así comenzó con exposiciones en Roma y Florencia. Por ejemplo, el 19 de marzo de 1960, inauguró su primera muestra en solitario en el exterior, la que se presentó en la Casa de Dante Alighieri. En una carta a Eugenio, Oswaldo escribió sobre lo que sería este evento: «Imagínate, ¡¡qué honor para mí!!, pues en esta casa nació y vivió el gran poeta florentino» (Florencia, 20 de enero de 1960; Archivo de la familia Moreno Ortiz).

En esa misma carta, Oswaldo agrega:

Oportunamente te mandaré datos sobre esta exposición y si es posible alguna fotografía. Pienso hacer que se tome una película del momento de la inauguración, pues será un bello recuerdo que podré recrear junto con mis hermanos a mi regreso al Ecuador. (*ibidem*)

Aunque Oswaldo no logró hacer la película, sí envió la foto que se presenta en esta publicación. Mi padre Eugenio la guardó y hoy es no solo un recuerdo familiar que recoge las hazañas del pintor, sino un documento histórico que contribuye a la ampliación de la memoria de la plástica del Ecuador. En este sentido, aprovecho para recalcar la importancia de conservar y difundir los archivos familiares, así como las historias que se cuentan de forma oral.

Esta fotografía y la carta evidencian dos facetas de la personalidad de Moreno Heredia: por un lado, muestran ese lado divertido, —como él mismo dice— «vanidoso» e irónico que siempre supo manifestar y que caracterizó su obra —vale mencionar que la forma en que el pintor tomó la fotografía podría convertirla en una de las primeras *selfies* de la historia—; por otro lado, en la

⁶ Durante su estadía en Florencia realizó un total de veintiún muestras individuales (Moreno Heredia, 1989c).

carta vemos la importancia que le daba a su vínculo familiar, ese lado más tierno y cálido que mostraba a sus seres queridos, y cómo mantuvo contacto con todos sus hermanos y sus sobrinos a lo largo de su vida, a pesar de la distancia.



Oswaldo Moreno Heredia capta su propio reflejo en un escaparate de la galería donde presentó una de sus exposiciones en solitario, Florencia (Italia), marzo 1960. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

"Ecco" la exposición del
"grande" Moreno heredia
que no pudiendo reprimirse
de la vanidad fotogra-
fio á si mismo reflejado jun-
to a su cuadro en la galeria
Firencia III-60.

Reverso: «"Ecco" la exposición del "grande" O. Moreno Heredia que no pudiendo reprimirse de la vanidad fotografió a sí mismo reflejado junto a su cuadro en la galería».

PIONERO EN CUENCA

A su retorno a su ciudad natal, en el año de 1961⁷, llegó cargado de un amplio bagaje de experiencias y conocimientos que le motivaron a abrir, en 1962, la primera galería de arte de Cuenca, la que se llamó Galería 88 (Dominguez, 2011, p. 41). Esta funcionaba en una casa que arrendaba a Fernando Malo Cordero y que estaba ubicada en la calle Antonio Borrero 4-24 y calle Larga. Recuerdo que la visité cuando era niña y vi que en su planta alta había un taller para trabajar con metales, además de caballetes y otras herramientas para pintar; también observé que se exhibían acuarelas y, lo que era muy novedoso para la época, utensilios de cobre para diferentes usos: estufas, lámparas, máscaras y ceniceros. Posteriormente, la galería se mudó al local de la CCE Azuay. Aunque no duró más de un año, la galería dejó un legado que se pudo palpar en el trabajo de los aprendices de Oswaldo. Este proceso de enseñanza también se dio en dos ocasiones, en primer lugar, cuando se desempeñó como diseñador y profesor del Centro de Reconversión Económica del Azuay (CREA), donde capacitó a artesanos que, posteriormente, abrieron sus talleres de repujado en metales; y, en segundo lugar, en la Fundación Bernardo Legarda de Quito, donde personas con discapacidad auditiva conocieron estos saberes.

⁷ Durante mi investigación, noté que en varias biografías que se presentan en catálogos y estudios críticos sobre Oswaldo Moreno Heredia (p. ej.: Museo del Banco Central del Ecuador y Museo Municipal de Arte Moderno, 1984; Rodríguez Castelo, 1985; o Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, 2000) existen inconsistencias sobre la cronología de sus viajes. Esto puede deberse a que el propio pintor, debido a lo frágil de la memoria, no refería bien la información que proporcionó a lo largo de su vida y, también, a que cuando un dato se reproduce por escrito, sea correcto o no, tiende a copiarse y propagarse en otras publicaciones, lo que, como se ha visto, puede distorsionar ciertos hechos. Sin embargo, quiero aprovechar para aclarar que partió a Europa en 1958 y retornó a finales de 1961, hecho que se demuestra en otros catálogos y sobre todo en las cartas que se conservan en el archivo de la familia Moreno Ortiz y que se reproducen en esta publicación.

En «Oswaldo Moreno por Oswaldo Moreno» (1996), el artista cuenta que

En este periodo de mi vida pude relacionarme en el más inmediato contacto humano y artesanal creativo con artesanos del Azuay, pues además mi condición de diseñador en [...] [el CREA] me comprometía a esta feliz relación. Quedaron además algo como quinientos diseños para varias artesanías en dicho centro a disposición de los artesanos. (s.p.)

Antes de Oswaldo Moreno Heredia no era frecuente que los metales se usaran en las obras de arte plástico locales, fue gracias a la formación que recibió en Italia que se propagaron estas técnicas en Cuenca y en otras ciudades del país. En una entrevista realizada por Samantha Vásquez (2011), para la revista BG, Moreno Heredia afirma: «Sin afán de absorber atención, diré que antes de eso en Ecuador nadie usaba los metales a nivel artístico. Ahora existen varios herederos de esa técnica regados por ahí» (p. 44).

En esta línea, es importante mencionar también que Oswaldo fue uno de los primeros artistas de la ciudad que se formó en Diseño. Esta nueva visión le permitió desarrollar un enfoque diferente al de sus contemporáneos, lo que se evidencia, no solo en su obra o en el legado de su cátedra, sino en la forma en la que él mismo analizaba y describía su quehacer artístico. Afirmó en una entrevista realizada por Silva de Acosta (s.f.), para El Comercio:

Mi obra está íntimamente ligada con el diseño [...] el artista que tiene como antecedentes en su formación las bases del diseño, siempre será más coherente en sus proposiciones. Todo es diseño en realidad [...], ya sea éste formas o color; valimetría o planimetría, vestuario o vivienda. (s.p.)

Quisiera enfatizar también la opinión del ensayista y crítico de arte, Edmundo Rivadeneira (1982), quien también reconoce el impacto que el diseño tuvo, desde este punto en adelante, en la obra de este pintor.

Oswaldo Moreno concibe el diseño como algo irreversible al mismo tiempo que irrenunciable, pero en cuanto posibilidad estética que no debe subordinarse a los imperativos voraces de la industria [...] no ha sido

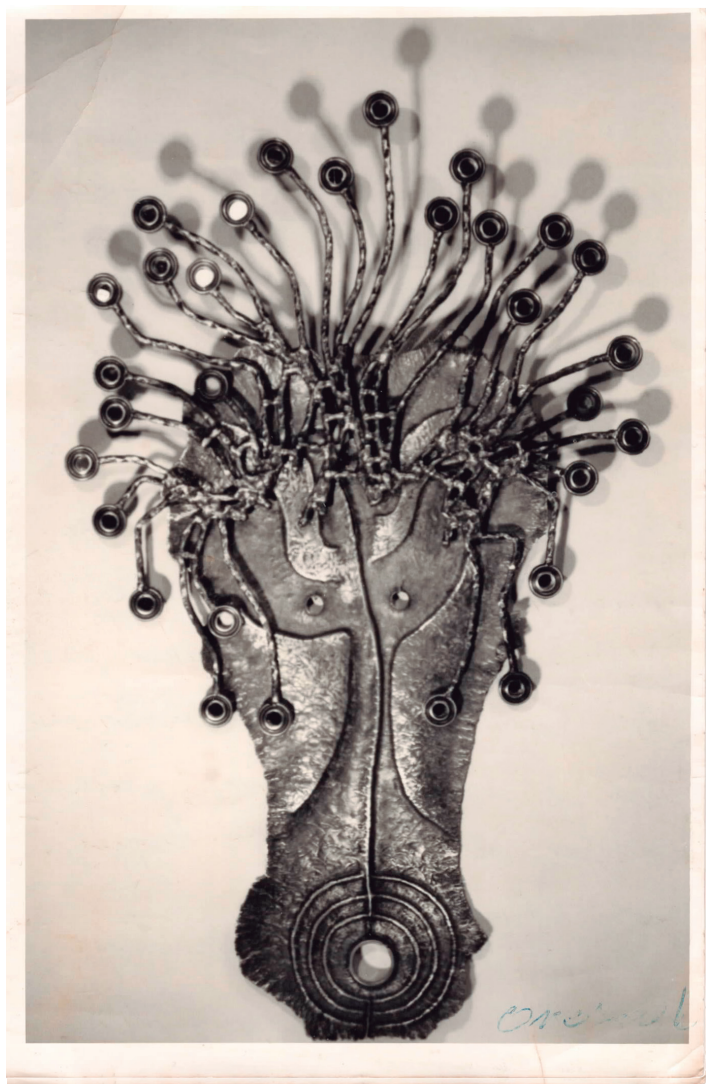
casualidad que haya obtenido el Gran Premio Nacional de Diseño^[8] y que, en la línea general de su obra, el Diseño sea, probablemente, la constante más visible y calificadora de la misma. (p. 154)

En esa misma línea, deseo transcribir lo que el propio artista mencionaba al respecto, en «Oswaldo Moreno por Oswaldo Moreno» (1996). Como se lee a continuación, su visión de diseñador⁹ se extendía a todos los medios y materiales con los que trabajó, como pintor y escultor:

Entre los años 61 y 81 realicé predominantemente obra en diversos metales: particularmente plata, cobre y hierro ocasionalmente el empleo del vidrio fundido y obsidiana. Fueron algo como diez mil piezas realizadas durante veinte años entre joyas, máscaras, escultura mural y artesanía utilitaria de grande y pequeño formato, en las cuales el diseño en todas sus fases era el antecedente obligado para su posterior ejecución. (s.p.)

⁸ En 1966, obtuvo el Gran Premio del Primer Concurso Nacional de Diseño organizado por CENDES y la Casa de la Cultura Ecuatoriana (Rodríguez Castelo, 1985).

⁹ Como otra anécdota que ilustra la manera en la que el diseño se evidenciaba en todas las facetas de la vida de este artista, vale la pena contar que Oswaldo diseñaba la ropa que usaba, para lograrlo recurría a Galo Cárdenas, un famoso cantante lírico, compositor y sastre, quien, al igual que el pintor, era de Cuenca, pero vivía en Quito.



Máscara elaborada por Oswaldo Moreno Heredia con diversos metales y vidrio fundido, formó parte de la muestra de arte y artesanías *Memoria americana*; Quito (Ecuador), 1972. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

Querido Eugenio
Que el nuevo
año "1973" traiga para
ti y todos los tuyos, un
mundo de paz y bien-
tar es mi deseo.
Rodrigo Zapata me en-
carga darte un saludo
especial. Esta es una más-
cara mía de memoria
americana, que formara parte
de una pequeña muestra de
arte y artesanía que presenta-
ra en días pasados aquí
en Quito.
Un abrazo fraterno.
Oswaldo

Reverso: «Querido Eugenio / Que el nuevo año "1973" traiga para ti y todos los tuyos un mundo de paz y bienestar es mi deseo. Rodrigo Zapata me encarga darte un saludo especial. Esta es una máscara mía de Memoria americana que formara parte de una pequeña muestra de arte y artesanía que presentara en días pasados aquí en Quito. / Un abrazo fraterno. / Oswaldo».

Quisiera mencionar algunos trabajos que Oswaldo realizó, los que evidencian un gusto estético muy desarrollado para el diseño de interiores. En Cuenca, a raíz de su llegada de Italia, espacios públicos adquirieron sus piezas de metalistería, por ejemplo, en 1961, elaboró para el antiguo Hotel Crespo una estufa y, para la capilla Santa María del Vergel, unas lámparas de cobre y, en una de sus paredes, inscribió la oración de san Francisco de Asís. De estas dos últimas, solo las primeras permanecen. Por otro lado, varias residencias cambiaron su estilo decorativo por uno menos clásico y barroco, ya que amigos y familiares optaron por exhibir sus piezas de metalistería y cuadros, por ejemplo, en 1962, bosquejó una cortina con motivos precolombinos, a petición de su hermano Eugenio. Este estilo de decoración se propagó de a poco en la ciudad.

También, en 1970, diseñó la escenografía de la obra *Huasipungo*, escrita por Jorge Icaza y presentada, a nivel nacional, por el grupo Teatro Ensayo, el que estaba dirigido por Antonio Ordóñez, de la CCE de Quito. Asimismo, y como se lee en la carta anterior, en 1972, presentó una de sus máscaras en la muestra de arte y artesanía *Memoria Americana* en Quito. De la misma manera, quisiera destacar que Moreno Heredia también participó en el quehacer editorial e ilustró algunas de las cubiertas y portadillas de varios de los libros de Eugenio Moreno Heredia: *Poemas para niños* (1964), —a petición de María Rosa Crespo— *Nueva Antología* (1998) y *Eugenio Moreno Heredia* (2005), cuarto volumen de la colección Memoria de vida que la CCE publicó en homenaje a escritores trascendentes de la literatura nacional. Además, para la campaña de alfabetización de 1981, el entonces ministro de Educación, Claudio Malo González, pidió a los pintores más representativos del país que diseñaran afiches promocionales. Entre los artistas invitados estaba Oswaldo, quien participó con un afiche que mostraba el alfabeto y se destacaba por su sencillez e impacto visual. Recuerdo que tenía un ejemplar que estaba enmarcado en mi oficina de la Dirección de Educación del Azuay.

Con respecto a la naturaleza innovadora de Oswaldo, esta se manifestó en todos los ámbitos de su vida. Guardo un recuerdo de los últimos años que residió en Cuenca: una mañana yo retornaba de la escuela, era el año de 1964, y vi que mi tío raspaba con una espátula la pared de la casa 5-63, ubicada en la calle Antonio Borrero. Mientras el dueño del inmueble le reclamaba iracundo, Oswaldo emocionado continuaba con su trabajo. Había descubierto que en

esa vivienda permanecía oculto un muro de piedras incas; para esa época, en Cuenca, no se valoraba el patrimonio cultural ancestral, por ello, estas piedras se tapaban con capas de adobe o cemento. Oswaldo le explicó al dueño que era un hallazgo histórico y la gente se agolpó para presenciar lo que sucedía. De pronto, me encontraba en un tumulto de curiosos. Ninguno de nosotros entendía lo que acontecía; él, febril, daba golpes en la pared, hasta que dejó a la vista un muro de piedra que hasta hoy permanece intacto. Le conté lo sucedido a mi padre, él me pidió que le llevara al lugar de los hechos y cuando miró, me explicó que era un acierto conservar y visibilizar ese vestigio de nuestra cultura incásica.

Como queda demostrado Oswaldo Moreno Heredia, artista y dueño de una capacidad creadora y experimental, no cesaba de producir cambios en el medio que le rodeaba, de explorar y descubrir con su arte y con su actitud irreverente, por ello su influencia y legado en la plástica local y nacional es innegable y se puede percibir aún.



Oswaldo Moreno Heredia posa en su obra elaborada con diversos metales, *Objeto mural, modelo Benz 1890*. Catálogo de la *Exposición itinerante de O. Moreno*, Museo Camilo Egas (Quito) y Museo Municipal de Arte Moderno (Cuenca), noviembre 1984. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

RETORNO A QUITO

En 1962, Oswaldo creó la cátedra de Diseño que se dictaba en la Facultad de Arquitectura que se había fundado un año antes en la Universidad de Cuenca. Durante cuatro años, laboró como docente y tuvo entre sus estudiantes a destacados arquitectos y artistas de la ciudad como Enrique, Jaime y Rafael Malo o Eduardo y Alcibiades Vega. Su legado como profesor se refleja en el impacto que tuvo en estos jóvenes ávidos de aprender y experimentar con los conocimientos que Moreno Heredia había traído del viejo continente. Años después, cuando Enrique Malo (2000) fue presidente de la Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, escribió sobre sus impresiones y el aprendizaje que adquirió en esa época, en el catálogo *O. Moreno Collages 2000* (2000):

Desde que O. Moreno, durante la década de los años 60, en la Universidad de Cuenca, formó un buen grupo selecto de artistas con cerebro y espíritu inquietos, a los que enriqueció con su cátedra, y sus propuestas pictóricas vigorosas, expuestas en el aula, en el taller o en las reuniones entre maestros y amigos; siempre será esperado con la natural avidez que provoca su última producción. (s.p.)

Sin embargo, en 1966 recibió una propuesta para retornar a Quito y establecerse como catedrático en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Central del Ecuador —es importante mencionar que llegó a ser su director en 1983—. Esta oportunidad fue trascendental para el pintor, porque permitió que se radicara permanentemente en la capital. Como se leyó en la carta enviada a Eugenio el 15 de agosto de 1955, la causa por la que tomó la determinación de irse de su ciudad estaba relacionada con el confort que la familia y los amigos le proveían, el que seguramente lo distraía de su labor artística: «temo ir allá [...] siempre me acompañó una especie de esterilidad creativa [...] que me impide mirar a Cuenca como un lugar en el que yo pudiera vivir [...] necesito trabajar por doble motivo, primero por crear y luego por vivir si no pinto no como» (Archivo de la familia Moreno Ortiz).

Una vez instalado en Quito, el pintor se reencontró con los amigos que había hecho durante su época de estudiante, con quienes había conformado la

red de crítica, análisis y difusión de obras de la que ya se habló anteriormente. En el contexto de este grupo de intelectuales y artistas que miraban con atención lo que ocurría en el ámbito creativo del país, en 1967 y como respuesta a la creación de la Primera Bienal de Pintura de Quito, se integró el grupo VAN (Vanguardia Artística Nacional). El objetivo de este colectivo era cuestionar el certamen organizado por la CCE, que se ejecutaría el siguiente año, ya que este consideraba al «realismo social como el único eje artístico y estético del país» (MAAC, 2019, s.p.) o en palabras de Lupe Álvarez (2014, citada por Oleas Rueda, 2021): «las verdaderas propuestas de VAN se hicieron ostensibles en el manifiesto [...] [que] proponía una crítica a la institución del arte, apoyada en el desarrollo de un lenguaje nuevo que reemplazara al indigenismo» (p. 28). En oposición a esta convocatoria de la CCE, los integrantes organizaron una muestra que la prensa llamó Anti-bienal y que marcó precedentes:

El VAN revolucionó el arte ecuatoriano (no fue una simple eclosión, como se lo ha querido tratar, constituyó una auténtica revolución). Su Manifiesto^[10] es sólido, consistente y prueba irrefutable de mi aserto, es la enorme trascendencia de sus integrantes y su gravitación en los pintores de las siguientes generaciones. Tábara, Almeida, Villacis, Molinari, León Ricaurte, Cifuentes, Muriel y Moreno Heredia aportaron a la historia de nuestra plástica, con un estatuto estético y ético de veras trascendente. Sin excluir su preocupación por la problemática social ni su interés ideológico y político, liberaron al arte de las directrices dimanadas de las égidas partidarias que, en gran parte de pintores, produjeron cartelismos vaciados de toda calidad. (Rodríguez, 2007, p. 129)

La exhibición colectiva que propuso el grupo VAN se inauguró tres días después de la Bienal; presentó cincuenta obras de sus integrantes en el Museo de Arte e Historia Municipal y en la Galería Siglo xx; e incluyó, además, una serie de debates y diálogos dirigidos al público en los que los integrantes del colectivo y otros personajes de la organización de la Bienal debatieron sobre el curso que el arte ecuatoriano debía tomar.

¹⁰ Este se ha reproducido en su totalidad en *El arte contemporáneo en Ecuador: espacios y protagonistas* (Oleas Rueda, 2021, pp. 28-29).



Los integrantes del grupo VAN (Villacís, Ricaurte, Molinari, Tábara, Hallo —Director de la galería Siglo XX—, Almeida, Moreno y Cifuentes) decidieron no participar en la Bienal. A ellos se sumaron otros artistas y presentaron una exposición aparte. Representan a la nueva tendencia plástica que le hizo falta a la pintura ecuatoriana en la Primera Bienal.

Autor y periódico desconocido, Ecuador, c. 1968. Archivo familia Moreno Ortiz.

De izquierda a derecha: Aníbal Villacís, León Ricaurte, Luis Molinari, Enrique Tábara, Wilson Hallo, Gilberto Almeida, Oswaldo Moreno Heredia y Hugo Cifuentes.

Un tema a destacar sobre la oposición ideológica y ética del grupo VAN a la Bienal era su vinculación con las dictaduras:

La primera mesa redonda fue moderada por Ulises Estrella, quien criticó a la CCE por cómo se había realizado la convocatoria internacional, acusó a los artistas participantes de representar a dictaduras militares y a la Bienal de ser un evento imperialista por acogerlos. (Oleas Rueda, 2021, p. 30)

Esto demuestra que los cuestionamientos de los integrantes del VAN no trataban solo sobre estética, sino sobre la postura ética de los organizadores y artistas.

Al terminar el año 1968, el VAN se disolvió debido a diferencias ideológicas, «Hugo Cifuentes consideraba que los integrantes del grupo debían ser parte del Partido Comunista, mientras que otros miembros opinaban que la filiación no era necesaria» (Oleas Rueda, 2021, pp. 31-32). Es inevitable creer que uno de los miembros que se opuso a afiliarse fue Oswaldo, pues, como ya se leyó en la carta que envió a su hermano Eugenio (s.f.), el pintor no deseaba ser «peón de ningún partido [...] [y] realizar una pintura de antemano dirigida y de cartel» (Archivo de la familia Moreno Ortiz). En esta línea, no puedo dejar de mencionar que, aunque el grupo VAN se disolvió, sus integrantes mantuvieron el vínculo que habían creado y la red de amigos artistas perduró a pesar de sus diferencias. También es necesario enfatizar que Moreno Heredia siempre se mantuvo firme en sus convicciones éticas y estéticas; al respecto, quiero recordar lo que Edmundo Rivadeneira (1982) afirmó:

el grupo [...] interpretaba [a la Bienal] como ejemplo de un arte sospechosamente empresarial y convencional en cuanto técnicas adaptadas a propósito más bien de naturaleza utilitaria, [su participación en el VAN] no hizo sino demostrar hasta qué punto Oswaldo Moreno era irreductible a todo canto de sirena emanado de una posición artística ambigua y deleznable.

Con algo más: creo que Oswaldo Moreno se mantiene en esencia, leal al espíritu que guio a ese Grupo, la mayoría de cuyos integrantes, en cambio, volvió pronto por los causes anteriores. (pp. 151-152)

Ante todo, deseo retomar la voz del propio pintor, quien, en su texto «Oswaldo Moreno por Oswaldo Moreno» (1996), describe a detalle esta postura y reflexiona si se debe condicionar el arte a intereses políticos, comerciales, etc. En el siguiente fragmento, el artista expone sus ideas con absoluta honradez y considera que:

Sobre el arte y el trabajo del artista se han creado una serie de supuestos generalmente gratuitos y que han pretendido de él un enrolamiento enajenante y condicionador. Supuestos con intenciones proselitistas, con fines de utilización política, han deteriorado el trabajo y la personalidad de muchos artistas valiosos. [...]

Pero no únicamente han sido las tendencias izquierdistas las que han tratado de encadenar al arte para sus específicos lucros. Las fuerzas capitalistas más retardatarias han tratado permanentemente de aprovecharse del artista y transformarlo en un mamotreto utilizable como exponente de su poderío. Entonces son los grandes empresarios del arte en las metrópolis poderosas los que han impuesto para el mundo las corrientes más obstrusas, grotescas y exasperantes que, a modo de corrientes plásticas, tales como un neoexpresionismo o una transvanguardia y otras han ingresado ingentes cantidades de dólares a los bolsillos de los empresarios encargados de exaltar y sacralizar bazofia.

Creo que la libertad del artista está ante todo y su enrolamiento humano y profundo sentido social, su honestidad y su desprecio por la figuración y el endiosamiento han sido y serán los parámetros auténticos para una obra verdadera y universal. (s.p.)

Como se observa, él siempre mantuvo la tesis de no encadenar la expresión artística a los parámetros mencionados. La libertad del artista al momento de crear es única y primordial; no puede sustentarse en aspectos estéticos predeterminados, cuyo fin sea agradar a otros o crear un producto.



El doctor Juan Cueva, Presidente de la Alianza Francesa presenta la obra del pintor Oswaldo Moreno (cuarto de la izquierda) durante la apertura de la muestra que se realizó en esa institución. Con ellos aparecen también el pa-

dre Hernán Malo, Rector de la Universidad Católica; el Director del Museo del Banco Central, arquitecto Crespo Toral; el crítico Hernán Rodríguez Castelo y el Director de la Alianza Francesa, señor Ives Pérez. 1974

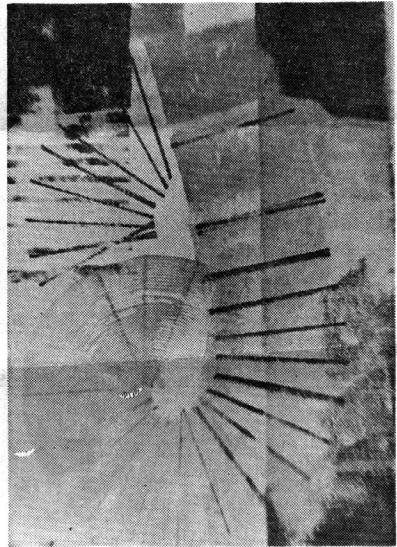
Oswaldo Moreno: Libertad y responsabilidad en el arte

Oswaldo Moreno, es un caso raro de responsabilidad y de libertad en el arte. La exposición que, ha abierto en la Alianza Francesa, revela a un artista de técnica admirable y recursos novedosos cuya libertad creadora rebasa, en muchos casos, los cánones habituales de nuestro medio.

A esta libertad casi anárquica y sin embargo equilibrada paradójicamente, quizá, por un elemento inconsciente, se refirió el Dr. Juan Cueva T., Presidente de la Alianza Francesa a tiempo de presentar la muestra. "La libertad de Oswaldo Moreno lo lleva hasta a una especie de casualismo razonado, meditado, aunque esto parezca paradójico", manifestó.

UN CAMINO

Oswaldo Moreno, presentó una muestra de pintura después de catorce años. Sin embargo durante ese tiempo recorrió un largo camino, no estuvo callado, ni abandonó el arte. Trabajó con el metal, con el barro. Estudió y practicó técnicas de diseño, en base a



Una obra de Oswaldo Moreno que integra la exposición que está abierta en la Alianza Francesa.

lo aprendido en Italia. Cuando en los círculos artísticos se consideraba a Moreno un artista perdido para la pintura, triunfa con una muestra original y de gran jerarquía plástica.

CROMÁTICA

Una frescura y una alegría de colores recibe al espectador que se enfrenta a la obra actual de Moreno. Los colores son alegres, sin embargo de que la base cromática son los azules, y los grises y amarillos griseos. Una cosa que llama la atención es que cromáticamente es más bien sobrio, sin embargo da la impresión de una exuberante riqueza de colores. El utiliza tres o cuatro colores básicos, los mismos que los va descomponiendo en gran número de tonos y de gamas, que siendo de la misma familia dan efectos de verdadera riqueza cromática.

El color, revela inmediatamente la influencia de las técnicas del diseño. Sin embargo una ingeniosa superposición de tintas y texturas, utilizadas con desenfano inusitado dan la dimensión de un verdadero creador. "Más bien soy partidario

de la austeridad cromática", dice Moreno.

TEMÁTICA

Lejos de toda concepción romántica, de todo recurso poético, Moreno se enfrenta al tema con frialdad matemática. En su obra no está el paisaje ni la figura humana. No obstante de que el pintor manifiesta que su obra carece de temática, sin embargo ella está presente en los demás elementos plásticos, porque no existe obra plástica carente de temática, aún la decorativa revela elementos objetivos de la realidad.

"En mi obra no existe una temática como tal. No quiero saber de temática. Si de ella se requiere hablar quizá se lo podría encontrar en la solución de volúmenes, de planos, de los elementos cromáticos, etc.", manifiesta Moreno.

Sin concesiones, con una gran responsabilidad del oficio, una imaginación liberada, Oswaldo Moreno presenta una buena exposición de pintura. Su técnica, una combinación deliberadamente anárquica de monocromía, rodillo y aplicaciones directas, se une a una gran libertad que da por resultado una obra plástica de jerarquía.

Autor y periódico desconocido, «Oswaldo Moreno: libertad y responsabilidad en el arte», Ecuador, 1974.

Archivo familia Moreno Ortiz.

Su vida en Quito transcurrió en torno a su pasión, el arte: enseñaba, pintaba y exponía. Sus muestras tuvieron lugar en museos, galerías y centros culturales, como en la CCE (1966) o la que organizó con el grupo VAN (1967). Sin embargo, esta tranquilidad se truncó por una pérdida dolorosa: acaeció la muerte de su madre, Lolita Heredia Crespo, el 26 de julio de 1971. Esto despertó en su espíritu la angustia que mantenía guardada desde la muerte de su padre. Este acontecimiento se desarrolla a detalle en el relato de Francisco Eugenio Moreno Ortiz, «Recuerdos sobre mi tío Oswaldo» (ver p. 203), del que deseo destacar lo siguiente:

vino en avión y, con su carácter efusivo y artístico, fue el más dolido, el que más hablaba, lloraba; no quería ver a nadie. Recuerdo que abusó del alcohol y se emborrachó, así que mi padre me pidió que lo acompañara [...]. Esa noche siguió llorando y bebiendo. Cuando era tarde lo llevé a la cama, él me pidió: «Quédate conmigo, me siento solo». Entonces, me abrazó y nos venció el sueño. No sé cuánto tiempo transcurrió, [...] abrió los ojos, me abrazó otra vez y me dijo: «Mejor nos vamos con mi madre». (ver pp. 206-207)

Yo también recuerdo haberlo visto como nunca antes, su tristeza no tenía precedentes y la expresó, en palabras de Francisco Eugenio, como un *artista*. A pesar del dolor y las dificultades, Oswaldo continuó pintado, de hecho, tragedias grandes como estas suelen sacudir a los artistas y pueden motivarlos en su producción. En el caso de Moreno Heredia, después de la muerte de su madre, produjo varias colecciones elaboradas con técnicas novedosas, destaco la muestra que en 1974 presentó en la Alianza Francesa:

con rodillo y tinta litográfica, haciendo correr el rodillo en largas franjas o cortando ese curso y fraccionando las estelas en los planos o haciendo girar el rodillo sobre uno de sus extremos [...] esta muestra [...] resumía largos años de búsqueda y reflexión, señalaba a la expresión plástica de Moreno dos vertientes: la de geometrización sutil y casi musical —pudiéramos decir «apolínea»— y la de la expresividad oscura, fuerte, casi primitiva —cabría decir «dionisiaca»—. (Rodríguez Castelo, 1985, p. 46)



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, tinta sobre cartulina, 64 x 46 cm, 1974. Colección privada.

Asimismo, sobresale la muestra que en 1977 presentó en la Galería Caspicara, la que «lleva la geometría hasta las fronteras de la música [...]. / La construcción geometrizable se ha estilizado en maneras de extrema sutileza, donde todo se ha hecho ritmo y color» (Rodríguez Castelo, 1985, p. 46). De la misma manera, no se puede dejar de mencionar su icónica colección de *collages* de 1981, en la que

La fotografía o el recorte de periódico, como pegados; reactivos químicos, impresiones, procedimientos de IBM, como técnicas gráficas y plásticas, se convierten en maneras libres e intencionadas de significante para la autopsia de un mundo a veces tan absurdamente trágico como el de «Diario de Ana Frank». (Rodríguez Castelo, 1985, p. 47)

Cuando Oswaldo presentó estas piezas era un pintor de cincuenta años, pero su apariencia y anhelos por mantener una actitud de protesta ante las viejas estructuras sociales y artísticas le daban un aire juvenil e irreverente, así lo describe Francisco Febres Cordero en su artículo «La locura se moja con color» (c. 1984):

Que Oswaldo Moreno —ese joven cincuentón y entrecano, fumador empedernido y con voz de bajo en busca de disco— es más loco que una cabra, es voz *populi* regada como una mancha acuosa, sobre el papel de las creencias.

La primera vez que lo vi me pareció salido de uno de los trópicos de Miller, por la forma como sentía la vida por las vísceras y por la manera en la que sus palabras brotaban, a borbotones de su boca, en una mezcla de teoría con maldiciones entre humo espeso de un tabaco tras otro que consumía y botaba convertido en pucho para luego asir la pipa, colmarla de picadillo y chuparla con furia hasta hacerla arder a la temperatura de sus ideas. (s.p.)



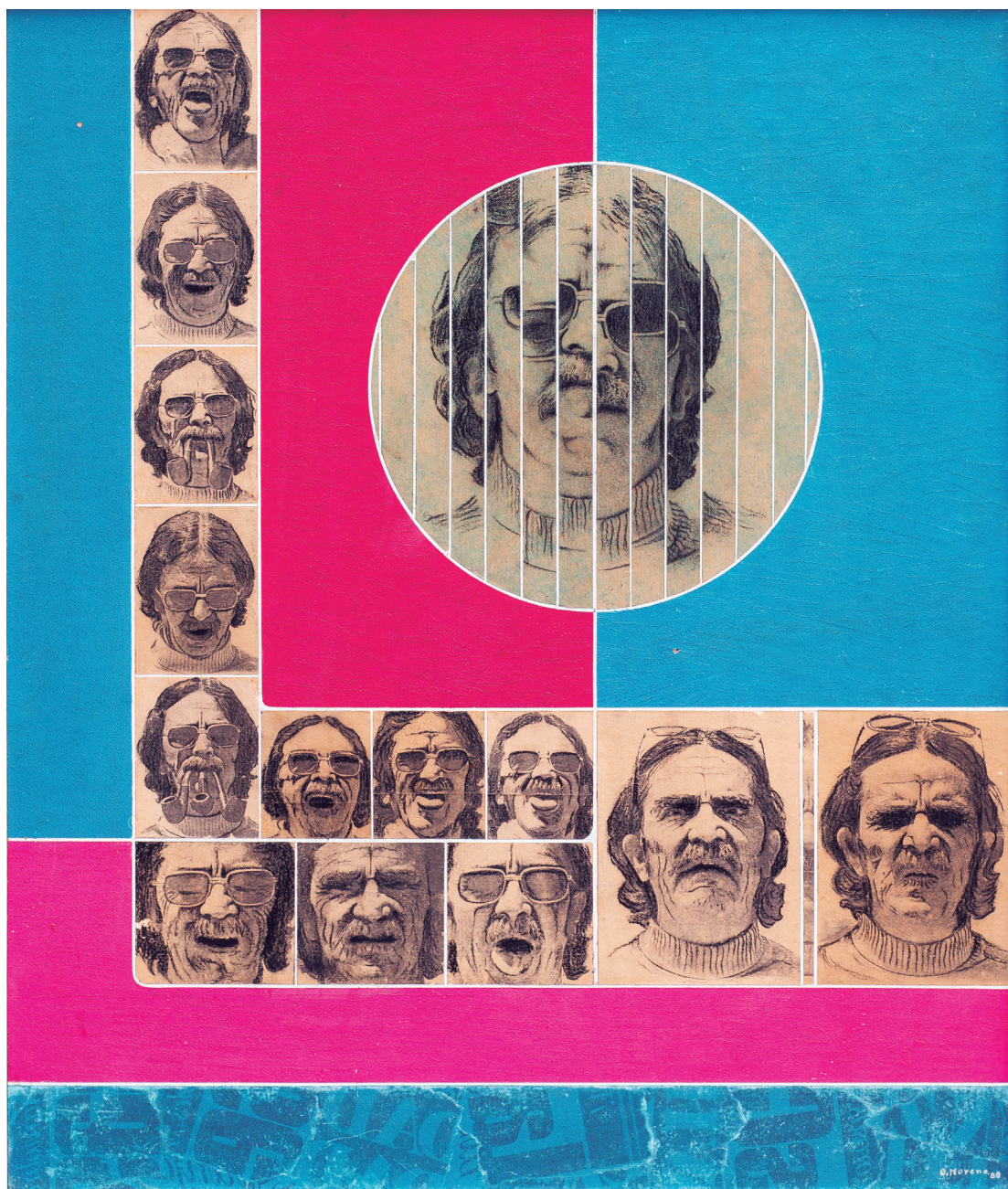
Oswaldo Moreno Heredia, *Chaplin*, collage, 122 x 84 cm, 1981. Colección Privada.



Oswaldo Moreno Heredia, sin título, transposición gráfica y técnica mixta sobre madera, 90 x 81 cm, 1980. Museo Municipal de Arte Moderno.



Oswaldo Moreno Heredia, *Instrucción de música*, collage, 122 x 90 cm, 2000.
Colección privada.



Oswaldo Moreno Heredia, *Autoretrato*, transposición gráfica y técnica mixta sobre madera, 71 x 59 cm, 1980. Colección privada.

Oswaldo Moreno Heredia era un artista y personaje extraordinario y fuera de lo común. Desde su juventud, en Cuenca, se ganó el apelativo de «loco», no solo por su actitud humorística e inesperada, o por su histrionismo, sino su infinita creatividad y anhelo por trasgredir cualquier límite —característica propia de los Moreno—; por eso, no es de extrañarse que en la ciudad de Quito conservara este nombre y que estas singularidades permanecieran en la memoria de quienes lo conocimos.



Oswaldo Moreno Heredia, *Bodegón*, acrílico sobre lienzo, 110 x 110 cm, 1989.
Colección privada.

EUDOXIA ESTRELLA Y LA ORGANIZACIÓN DE LA PRIMERA BIENAL INTERNACIONAL DE PINTURA

La actual Bienal de Cuenca es uno de los certámenes y muestras de arte más importantes de nuestro país, «es el único proceso artístico en Ecuador de carácter internacional que se ha mantenido durante más de tres décadas y que acoge la creación contemporánea de artes visuales» (Bienal de Cuenca, 2021, s.p.). En este contexto, es imperativo reconocer el rol que Oswaldo Moreno Heredia tuvo durante el desarrollo y organización de la Primera Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, en 1987, y en posteriores ediciones de la misma.

Como ya se había mencionado, Oswaldo y Eudoxia mantenían una entrañable amistad que duró desde su adolescencia, en la Escuela de Bellas Artes, hasta el final de sus días. Después de que el pintor regresó de Europa, ambos mantuvieron el contacto en la red de amigos artistas que habían formado. Para la década del ochenta, Eudoxia se encontraba trabajando como directora del Museo Municipal de Arte Moderno (MMAM). En una ocasión, el artista Estuardo Maldonado, maravillado por el potencial del local como espacio expositivo, le sugirió a Eudoxia que desarrollara ahí una bienal de pintura.

El sueño de la Bienal se concretó como un «proyecto ciudadano a partir de un grupo de gestores culturales comandado por la artista cuencana Eudoxia Estrella» (Bienal de Cuenca, 2021, s.p.). Uno de los integrantes de ese grupo de gestores fue Oswaldo, quien apoyó significativamente a Eudoxia en la primera edición, ya que fue coordinador permanente del MMAM y también actuó como comisario internacional de la Bienal. La coordinación la realizaba desde la ciudad de Quito, donde estableció contactos y difundió el proyecto en ministerios y embajadas. Para lograrlo, Eudoxia mandaba comunicaciones a Oswaldo con nosotros, sus sobrinos, porque visitábamos a nuestros padres que, en ese entonces, por cuestión de trabajo, estaban radicados en la capital.

Como se podrá entender, organizar una bienal internacional no era sencillo, por ello, durante los años 1986 y 1987, el pintor realizó innumerables trámites en diversas instituciones de la capital, junto con Estuardo Maldonado.

Además, estos dos artistas se encargaron de promocionar e invitar, en el extranjero, a la Primera Bienal Internacional de Pintura de Cuenca; Estuardo viajó a Europa occidental y Oswaldo, por su parte, a Europa oriental y América del Sur, para motivar a que artistas participaran en el certamen y muestra. De esta época de viajes, se destaca su participación en la muestra colectiva que tuvo lugar en Lima, Perú (1986) y las muestras individuales que Moreno Heredia realizó en Sofía, Bulgaria (1987); Bucarest, Rumania (1987); Berlín, Alemania (1987); y Budapest, Hungría (1987), gracias a la gestión de embajadores, como Patricio Palacios o Filoteo Samaniego, que estaban interesados en que se conociera el arte ecuatoriano.



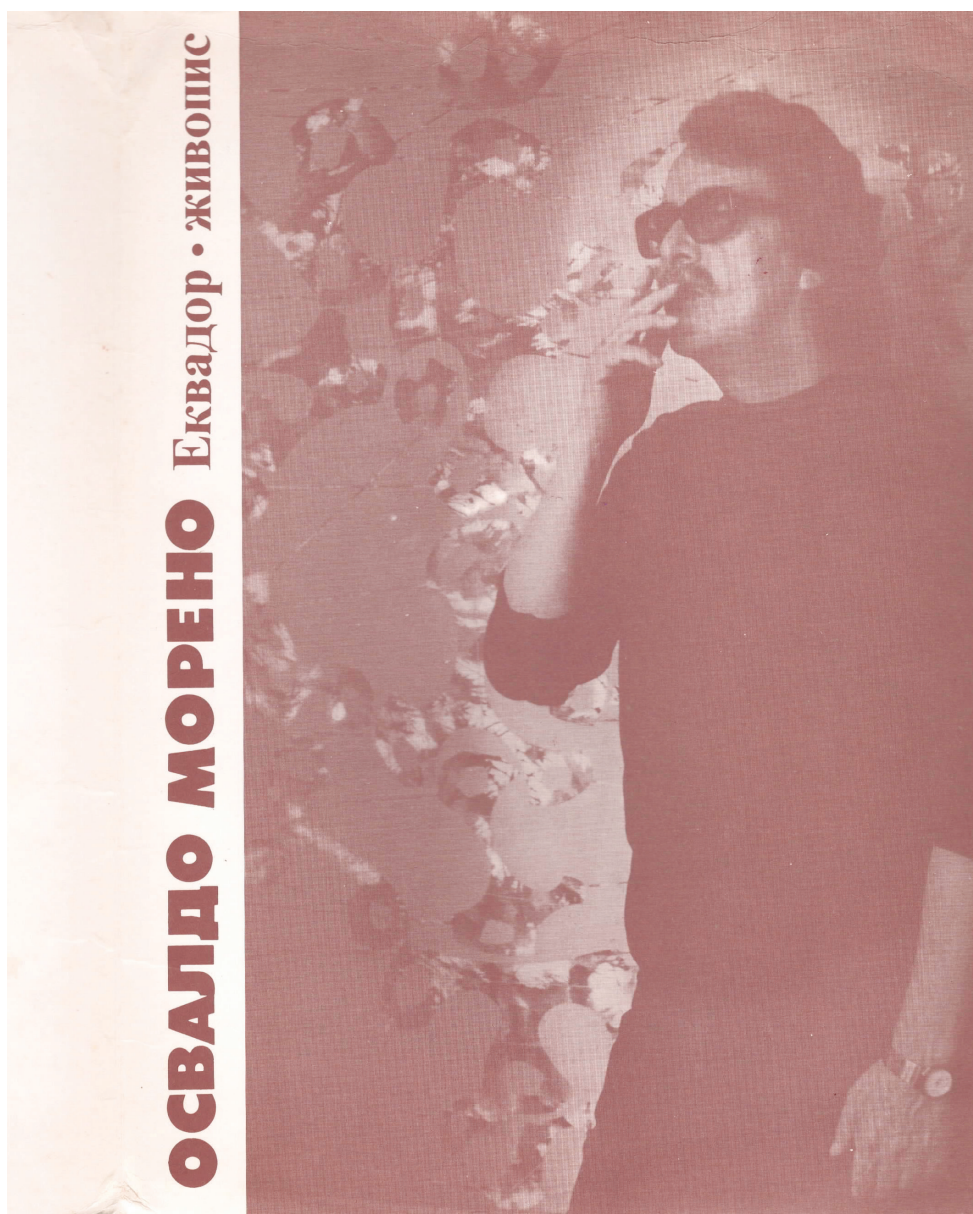
Afiche de la Primera Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, abril-junio 1987. Tomado de Bustos *et al.*, I Bienal de Cuenca, 2024.

El artista argentino Julio Le Parc, Primer Premio de la Primera Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, a quien conocí en Cartagena de Indias, Colombia, en 2001, en un encuentro iberoamericano de cultura, pues era delegada del Ministerio de Educación, me dijo que guardaba una inmensa gratitud a Oswaldo, quien le invitó personalmente, en su país Argentina, a que participara en la Bienal.

Fueron jornadas duras para promocionar la Primera Bienal y no faltaron detractores que pretendían desmerecer el trabajo responsable de los artistas y gestores que amaban Cuenca y aspiraban concretar este sueño que ha trascendido en el tiempo y hoy es una de las instituciones más icónicas del arte en el país. Fue difícil gestionar la edición de la Primera Bienal, conseguir que los diferentes países vieran a Cuenca y que se la visibilizara como un destino de arte, por este motivo, recalco que la participación de Estuardo Maldonado y Oswaldo Moreno, liderados por Eudoxia Estrella, fue determinante para conseguir la aceptación y la cooperación internacional necesaria para culminar ese anhelo. Es importante mencionar que Moreno Heredia estuvo vinculado con la Bienal a lo largo de su vida: fue vocal y coordinador internacional durante la tercera edición; además, su muestra *O. Moreno Collages* (Malo, 2000), se presentó como preludio de la octava edición.



Oswaldo Moreno Heredia junto al embajador Filoteo Samaniego durante su visita a Budapest (Hungría). «En algún lugar y tiempo del vacío», Javier Ponce Cevallos, diario Hoy, noviembre 19, 1988. Archivo familia Moreno Ortiz.



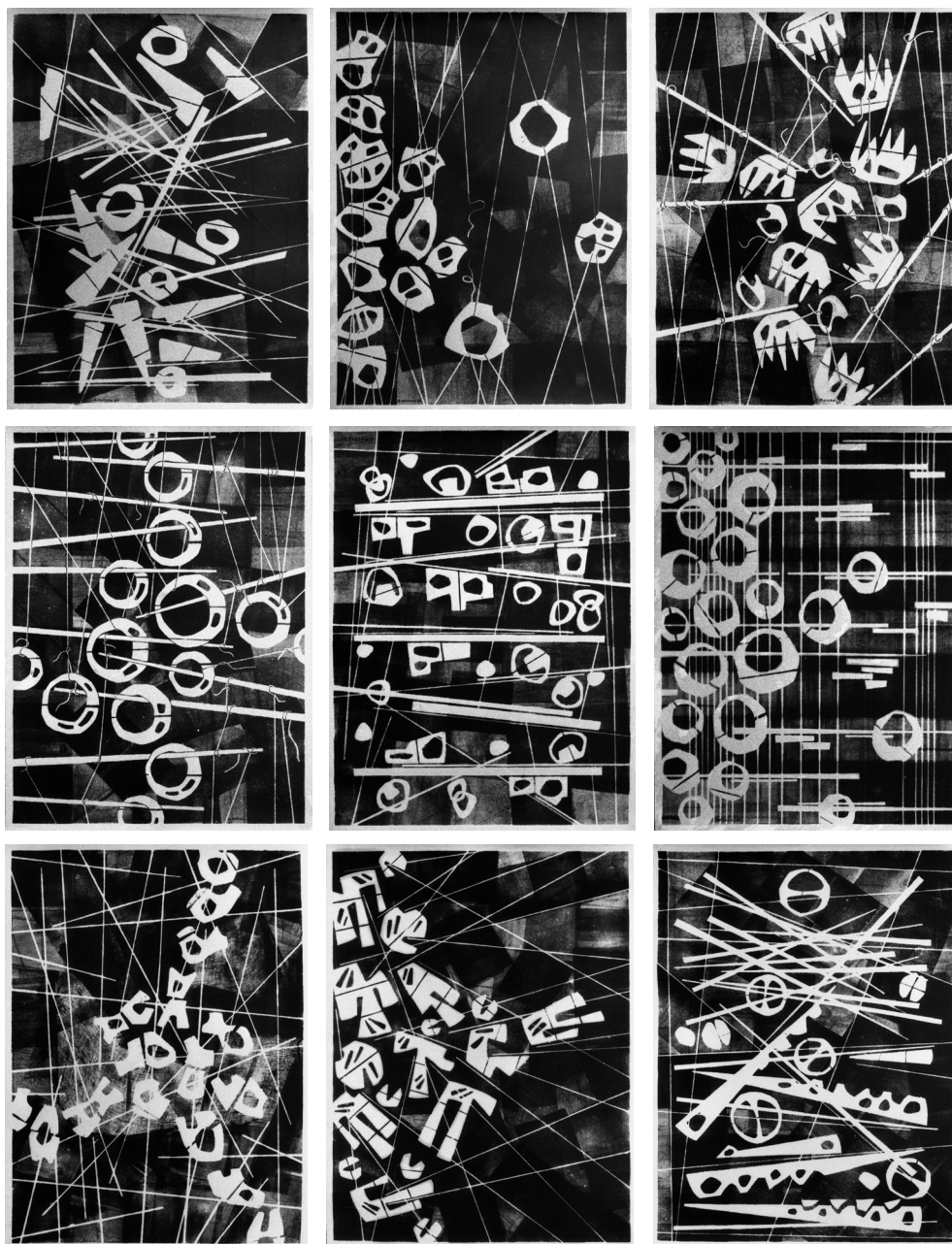
Interior del catálogo de la muestra individual *Освалдо Морено*, Sofía (Bulgaria), ▲
Sala Sredets, 1987. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

Oswaldo Moreno Heredia, *Orgánico constructivo*, acrílico y tintas sobre ►
lienzo, 190,5 x 135,5 cm, 1986. Museo Municipal de Arte Moderno.





Oswaldo Moreno Heredia y su discípulo Oswaldo Hurtado, fotografiados por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), c. 1986. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Algunas pinturas de la colección *Del espacio a las formas* de Oswaldo Moreno Heredia, fotografiadas por Rodrigo Zapata en blanco y negro, Quito (Ecuador), 1988. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Oswaldo Moreno Heredia, fotografiado por Rodrigo Zapata, en la inauguración de una de sus muestras. Se destaca la presencia de su hermano mayor Cornelio (al extremo derecho), de su sobrina Clara López Moreno y del hijo de ella, Juan Valdano (a la izquierda de Oswaldo), Quito (Ecuador), 1989. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

EXPRESSIONEN EKUADOR



HEIMATMUSEUM
NEURUPPIN
29.5. - 21.6.1987

ZENTRUM FÜR
KUNSTAUSSTELLUNGEN
DER DDR

NEUE BERLINER
GALERIE

OSWALDO MORENO

HIRMER TRAUTMANN/87

ALBRECHT 093/87

Afiche de la muestra individual *Expressionen Ekuador Oswaldo Moreno*, Berlín Oriental (Alemania), Neue Berliner Galerie, mayo 25 a junio 21, 1987. Tomado de la invitación de la muestra *Del espacio a las formas*, Cuenca (Ecuador), Salón de los Próceres de la Gobernación, 1988. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

MAESTRO Y HUMANISTA

Como ya mencionamos, de Oswaldo Moreno se debe destacar su compromiso vital con sus ideales. Durante su existencia demostró su interés por que el arte tuviera un impacto real en su vida y en la vida de los otros, no solo desde el disfrute estético, sino desde la responsabilidad del artista de desarrollar en los demás el anhelo por descubrir y entender el mundo. Por ello, es necesario destacar la labor de este pintor como maestro y tallerista.

Moreno Heredia enseñó por treinta y un años. Por un lado, en Cuenca, tenía aprendices en su galería, laboró en el CREA —donde trabajó con artesanos— y fue catedrático de Diseño en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca. Por otro lado, en Quito, impartió talleres a personas con capacidades diferentes en la Fundación Bernardo Legarda y entregó con pasión sus conocimientos a jóvenes estudiantes, en el Colegio Nacional Mejía y en la Universidad Central: en la Facultad de Artes¹¹ y en la de Arquitectura. En 1993 se retiró de la docencia, sin embargo, de jubilado, continuó enseñando en conferencias y talleres, por ejemplo, en 1995 dictó un curso de arte, de tres meses, en la Universidad Católica de Quito.

A continuación, transcribo un fragmento de «Oswaldo Moreno por Oswaldo Moreno» (1996), en el que el pintor se expresa al respecto de su trabajo como educador:

Una de las más largas y fecundas experiencias de mi vida ha sido la del tiempo entregado a enseñar. Como quien no concibe sentarse a la mesa a gustar de manjares exquisitos sin compartirlos, así me ha sido imposible retener en la intimidad lo que he ido encontrando en el curso de la vida y que ha conformado un largo arsenal de experiencias y conocimientos de los que me he vaciado en la avidez de una innumerable juventud en mis tiempos de profesor. He intervenido durante años en la formación de arquitectos y pintores, de artesanos y muchachos sordomudos o con distrofias agudas, y de esta manera mi tiempo ha estado compartido entre el quehacer propio y el quehacer con los demás, y todo esto inmerso en una inacabable, envolvente nube sonora, pues por lo menos escuchándola logro consolar mi frustrada pasión por la música. (s.p.)

¹¹ En esta facultad, enseñó en la Escuela de Bellas Artes, después llamada Escuela de Artes Plásticas.



Arriba: Oswaldo Moreno Heredia, fotografiado por Rodrigo Zapata, habla sobre su colección *Memoria del paisaje* en la Sala Exedra, Quito (Ecuador), 1989. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas. Abajo: Oswaldo Moreno Heredia fotografiado junto a sus amigos, los pintores Eduardo Kingman y Miguel Betancourt, quien además fue discípulo de Oswaldo, Quito (Ecuador), 1992. Archivo personal de Betancourt.

Este compromiso con la educación demuestra que este pintor vivió un proceso de entrega a los jóvenes y que su interés por enseñar estaba relacionado con el anhelo de compartir, como dice él, «los manjares exquisitos» (*ibidem*) que en su vida había encontrado y que le habían dado sentido a su existencia. Por ello, su legado continúa presente en quienes recibieron con avidez los conocimientos que él impartió, los mismos que estaban alejados de «afanes narcisistas» (*ibidem*). Considero que una de las muestras más grandes de generosidad ocurre cuando un maestro comparte, con sus discípulos, los descubrimientos que ha hallado a lo largo de su vida, por ello Moreno Heredia impactó no solo el quehacer de artesanos, arquitectos y artistas, sino sus vidas.



Oswaldo Moreno Heredia y sus amigos, fotografiados por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), c. década de 1980. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

LA HERMANDAD Y LA MUERTE

El año de 1997 fue crítico para Oswaldo Moreno, porque devino la enfermedad de su hermano Eugenio, mi padre, quien entró en estado casi inconsciente —desde el mes de julio hasta el primero de diciembre de ese año—, después de que se sometió a una cirugía por una hidrocefalia ocasionada a raíz de una caída.

Con relación a este episodio, el pintor reveló, en una entrevista realizada por Marco Antonio Rodríguez (2008):

que su hermano Eugenio sufría de diabetes y quizá por ese mal sus piernas se tornaron extremadamente débiles, tanto que solo le permitían llegar al patio de su casa para sentarse en un sillón y leer a la luz del sol. Una de esas mañanas sufrió una caída que le provocó hidrocefalia, motivo de su muerte. El Oso [como se refería con cariño a su hermano] entró en un estado vegetativo, evoca Oswaldo, era una sombra lamentable de lo que fue, yo no podía admitir cómo un hombre de su gallardía había quedado reducido a un escombros. Entonces sugerí a la familia el recurso de la eutanasia. (p. 65)

Sobre la conversación con la familia que se menciona en esta entrevista, quiero aclarar que ni mi madre ni mis hermanos ni yo recibimos esta sugerencia; de hecho, nunca la habríamos aceptado y Oswaldo lo sabía. Como ya se dijo en apartados anteriores, la memoria suele ser traicionera, seguramente mi tío tuvo la intención de hablar con nosotros y, aunque él recordaba haberlo hecho, eso nunca ocurrió.

Más adelante, en esta misma publicación (Rodríguez, 2008), se cuenta que Oswaldo, angustiado y con la mejor intención, había tomado la resolución de practicarle la eutanasia a su hermano, porque creía que Eugenio: «un hombre que rebasó la vida con su poesía, una persona vehemente, indomable e invicta como el mar, alguien que tanto amó, no podía estar convertido en un despojo» (p. 65).

Este sentimiento lo motivó a viajar hasta Cuenca. De esta parte de la historia, sé lo que me contó mi madre, quien fue la única que estuvo presente cuando Oswaldo llegó a nuestra casa, acompañado por un sobrino médico, muy

allegado a los dos. Ese día, ella refirió, a mis hermanos y a mí, que había recibido una visita inusualmente corta de mi tío y mi primo, y que la expresión en el rostro de ambos le había llamado mucho la atención. Ellos le habían pedido quedarse a solas con mi padre, ella no pensó nada al respecto y con absoluta confianza se marchó de la habitación. Sin embargo, le extrañó que, al poquísimos tiempo, ambos se despidieran. Nunca pudimos darle sentido a este episodio y lo olvidamos. Fue solo cuando leí esta entrevista que me enteré de las verdaderas intenciones de mi tío y de lo que había planeado para esa visita.

Oswaldo no pudo concluir su cometido, porque, como menciona más adelante en la entrevista (*ibidem*):

El día que llegué al borde de su cama para asumir ese terrible reto [...], [Eugenio] regresó a verme y hallé sus ojos glaucos, ese color que oscila entre el verde y el azul y no termina de resolverse porque en su ambigüedad radica su hechizo. El artista desistió de su empeño. Pocos días después, una de las hijas del poeta lo llamó para avisarle de su muerte. (p. 65)

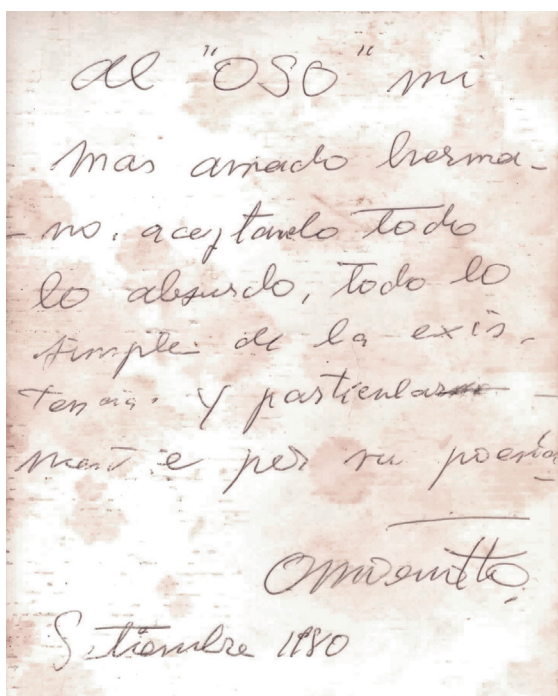
El relato continúa en la entrevista con la siguiente aclaración de Rodríguez: «El acto reflejo de su hermano confundió a Oswaldo, pero su mirada se recluyó para siempre en su memoria» (p. 65). Quiero aclarar que Eugenio Moreno Heredia, poeta de extremada sensibilidad y gran sentido de la intuición, no reaccionó por un «acto reflejo»; aunque mi padre estaba imposibilitado en el habla y en el movimiento, su mirada tenía gran capacidad de expresión, por ello, mis hermanos y yo sabemos que, en esa ocasión, cuando Oswaldo lo visitó, la usó para comunicarse. De hecho, yo presencié una situación similar que sucedió, cuando su hermano mayor, Rodrigo, lo visitó. Al entrar, mi tío lo llamó por su nombre: «¡Eugenio!», entonces mi padre reaccionó y lo vio, con una mirada de afecto y reconocimiento que nos conmovió y nos hizo saber que, de alguna manera, en ese momento, estaba consciente.

El día que falleció mi padre, dos horas antes de su partida, abrió sus ojos y me miró con tanto amor. En sus ojos observé una luz que nunca había visto, solo puedo describirla como dos ráfagas resplandecientes que se desprendían de sus pupilas. Después cerró los ojos, al tiempo que llegaba mi hermana Sonia, quien también recibió una mirada cálida que, lo sé ahora, era una despedida.

I. BIOGRAFÍA Y APROXIMACIÓN CRÍTICA

A lo largo de esta biografía, se ha mencionado la angustia que la muerte le producía a mi tío Oswaldo; por ello, su determinación de practicarle la eutanasia a Eugenio estaba motivada por un profundo amor fraterno; él deseaba evitarle una larga agonía a quien, en vida, había sido no solo un amigo entrañable, un compañero de juegos, de travesuras, sino un cómplice esencial en la aventura que significó el dedicar la vida al arte. Oswaldo y Eugenio sentían admiración mutua por la poesía y pintura de cada cual.

El vínculo que Oswaldo tenía con todos sus hermanos y con sus familiares lo manifestó siempre en vida, yo no podría describir ni explicar qué sintió con la partida de todos a quienes vio morir, pero sé que los amaba porque lo demostró de todas las maneras posibles: con cartas, con visitas y llamadas constantes, con charlas inolvidables y con la garantía de su presencia en la vida, incluso, de sus sobrinos y sobrinos nietos, quienes, al igual que sus amigos o cualquier persona que lo haya conocido, somos incapaces de olvidarlo.



al "OSO" mi
mas amado herma-
no. aceptando todo
lo absurdo, todo lo
simple de la exis-
tencia y particularmente
mente por su poesía
Oswaldo
Septiembre 1980

Reverso de fotografía enviada a Eugenio Moreno Heredia, 1980. Archivo de la familia Moreno Ortiz. Se lee: «Al "Oso" mi más amado hermano, aceptando todo lo absurdo, todo lo simple de la existencia y particularmente por su poesía».



Los hermanos Oswaldo y Eugenio Moreno Heredia, fotografiados por Rodrigo Zapata, mientras sonríen en complicidad, Quito (Ecuador), c. 1986. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

SIGLO XXI Y LA DESPEDIDA

Como ya se ha mencionado, Oswaldo Moreno Heredia era vital, alegre y comunicativo. Cuando venía de visita, acostumbraba llegar a las casas de sus familiares y amigos; nos saludaba siempre con su voz de trueno; y, a veces, regalaba o vendía los *collages*, lienzos, tintas y acuarelas que hoy están en las casas de sus sobrinas y sobrinos de Cuenca (López Moreno y Moreno Ortiz), de Bahía de Caráquez (Moreno Vintimilla), de Quito (Moreno Astudillo) y de Carolina del Norte (Moreno Torres). Sus sobrinos sentíamos afecto y admiración por Oswaldo, lo aceptábamos tal y como era: temperamental, transgresor y rebelde. Le gustaba fumar habanos y tabaco importado en su colección de pipas, prefería los mejores vinos, quesos maduros y la buena comida. No tenía prejuicios, por ejemplo, para la década de los sesenta, en Cuenca, no era común que un varón cocinara o que pusiera un pie en una cocina; sin embargo, desde su llegada de Italia, Oswaldo preparaba espagueti a la boloñesa u hongos secos en salsas especiales.

Mis primos María Rosa López y su esposo Xavier Molina, y Fausto López y su esposa Magdalena Abad solían acogerlo en sus casas. De estas visitas existen incontables anécdotas, algunas aparecen en el libro de Abad, *Jardín interior* (2020), donde ella lo recuerda como:

Catador apasionado de vinos de exquisito paladar, a quien no se le escapaba de sus oportunos y acertados comentarios en torno a los sabores y las fragancias de las más ricas especias e ingredientes que hacían de su cocina —otra de sus más profundas pasiones— un lugar especial en su casa y en su vida. (p. 129)

De la misma manera, cuando se hospedaba en la casa de su sobrina Diana Moreno y de Carlos Vázquez, su esposo, Oswaldo pasaba largas horas en la cocina con ellos y sus sobrinos nietos, donde conversaba, pintaba, fumaba o cocinaba. Diana, quien años después se tituló de chef, recuerda cómo le inspiraron los conocimientos culinarios de su tío, quien no solo le enseñó secretos de la comida italiana, sino a usar varias herramientas indispensables para preparar los alimentos de manera adecuada; pero, sobre todo, Diana recuerda que Oswaldo

le enseñó a vivir en el presente. Ella me contó que, en una de las visitas de nuestro tío, mientras ambos cocinaban, él, después de encontrar una botella de vino le preguntó: «¿Para qué tienes guardada esta botella?», a lo que ella contestó: «Es para una ocasión especial», entonces el artista le sugirió: «¡Esta es una ocasión especial!».

La presencia de Oswaldo era siempre anhelada, porque era un acontecimiento, una fiesta. Nos contaba anécdotas fantásticas de Quito y Galápagos, de Roma y Florencia. Mantenía vivo su niño interior y añoraba las tiendas antiguas con botellas de cristal llenas de caramelos de colores que costaban un calé¹². Amaba los gatos y los perros, siempre contaba historias de sus mascotas, por ello, en retribución escribí dos cuentos para niños dedicados a su memoria: «La iguana vanidosa» (ver p. 195) y «Diógenes, el gato tráfuga» (ver p. 235) (Moreno Ortiz, 2017). Cuando leyó mi libro de poesía *Planeta perdido* (Moreno Ortiz, 1992), me llamó por teléfono conmovido, me prometió pintar una acuarela con árboles en llamas por el calentamiento global y no faltó a su palabra (ver pp. 128-129).

¹² Moneda de cobre de poco valor usada en Ecuador.



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre cartulina, 48 x 63 cm, 1998.
Colección privada.



Oswaldo Moreno Heredia, *Bosque en llamas*, acuarela sobre cartulina, 51 x 72 cm, 2003. Colección privada.



O. Moreno
2003

Al inicio de 1999, en una de sus visitas a Cuenca, Oswaldo nos pidió a mis hermanas, Cecilia, Diana y Lucía, y a mí celebrar su cumpleaños 70. Teníamos presente esta petición, ya que se trataba de una fecha importante y queríamos honrar la vida de nuestro tío. Durante los siguientes meses, él nos llamó con instrucciones sobre la celebración: quería que la fiesta se realizara en Tarqui, heredad de sus antepasados, por ello su sobrina Lucía ofreció la casa que su familia tiene en ese lugar; Oswaldo también expresó que deseaba que se invitara, además de todos sus sobrinos y familiares cercanos, a los amigos que fueron sus primeros estudiantes en la Facultad de Arquitectura: Enrique, Jaime y Rafael Malo; y Eduardo y Alcibiades Vega; asimismo, dijo que no podían faltar globos y los multicolores juegos pirotécnicos, propios de las fiestas populares cuencanas.

El ocho de abril de ese año, Oswaldo cumplió setenta años y los festejó, como él deseaba hacerlo, rodeado de su familia y amigos. Recuerdo que, generoso como era, trajo un cuadro que sorteó entre los asistentes. Se lo veía satisfecho y feliz de saber que contaba con el cariño de su familia y amigos. Esos recuerdos perdurarían en sus pupilas y los guardaría en su memoria para siempre.

Al anochecer, cuando quedamos pocos familiares y después de varias copas, Oswaldo se mostró visiblemente afectado. Mientras conversábamos, rememoró varios episodios de su vida. Se puso muy sensible cuando hablamos de las mujeres a las que había amado. Primero nos contó sobre su prima Maruja Moreno Aguilar, dijo que tenía unos ojos verdes bellísimos; lo suyo había sido un amor de adolescentes y le sucedió igual que a su padre, les prohibieron estar juntos. Después recordó a su segunda novia, cuyo suicidio le había devastado. Entonces, lloró. Finalmente, habló de María Pozo, a quien llamó su gran amor. La conversación duró mucho más y, aunque nos apenó comprender lo implacable del paso del tiempo, nos impresionó la tenacidad con la que persisten los afectos.

El tiempo transcurrió y llegó un nuevo siglo con nuevos bríos. Oswaldo permanecía motivado y trabajando en su nueva colección de *collages*, la que presentó en el marco de la VIII Bienal Internacional de Pintura de Cuenca (2000), en las piezas que la conforman, el artista desarrolla:

I. BIOGRAFÍA Y APROXIMACIÓN CRÍTICA

[una] crítica de guerras, racismos, xenofobias, machismos, el vesánico poder de las religiones..., o exégesis de hechos o personajes inscritos en la [...] historia. Cómo trabaja sus *collages* Oswaldo, con cuánta sapiencia, solidez, solvencia, con cuánta dosis de meditación, pasión, rabia y, sobre todo, —ya lo dijimos— ternura. (Rodríguez, 2000, s.p.)



Oswaldo Moreno Heredia, *Patrimonio humanidad*, collage, 90 x 100 cm, 2000. Colección privada.

Nota. Según el libro *Grandes del siglo xx* (2007), esta obra se titula: *Pueblo*.



Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Pilar Bustos. Catálogo de la muestra *O. Moreno Collages 2000*, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, noviembre 2000. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

Como ya se ha mencionado, Oswaldo Moreno Heredia era una persona vital y estaba enamorado de la vida y del arte, en lo que siguió de su carrera continuó experimentando, esta vez con acuarelas y tintas, de esta etapa se destaca la retrospectiva de su obra que se realizó en el MMAM de Cuenca, en su programa, *Maestros de la plástica ecuatoriana*, en 2004, y la muestra individual que realizó en ese mismo año en la CCE Azuay.

Oswaldo Moreno Heredia le dedicó su vida al arte y seguramente hubiera seguido presentando exhibiciones hasta el final de sus días, si no hubiera sido porque desarrolló una degeneración macular relacionada con la edad, enfermedad que afectó gravemente su visión. En 2006, familiares y amigos del pintor realizaron dos subastas para ayudarle a financiar una operación que evitaría el avance de la dolencia y mejoraría su situación de salud. La primera se realizó en Quito, el 27 de enero de ese año, ocasión en la que también la CCE le otorgó un reconocimiento nacional «por su aporte a las artes plásticas ecuatorianas» (La Hora, 2006, s.p.). La segunda se realizó el 11 de mayo, en la Sala de Arte Sacro de la CCE Azuay. En esa ocasión se expusieron y subastaron alrededor de 50 obras de artistas como: Cecilia Tamariz, Eugenia Moscoso, Eduardo Arroyo, Manuel Tarqui, Alberto Santoro, Marco Martínez, Jaime Calderón, Fabiola Roura, Diego Jaramillo, Julio Álvarez, Eduardo Vega, Jorge Chalco, Oswaldo Viteri, Miguel Betancourt, Eduardo Segovia, Antonio Romoleroux, Gloria Pérez, José Bastidas y otros artistas amigos que se sumaron a la causa (El Mercurio, 2006, s.p.).

A pesar de la operación, la visión de Oswaldo nunca mejoró del todo, lo que afectó su capacidad para seguir creando con la intensidad de su obra anterior. Sin embargo, como cuenta él mismo en la entrevista realizada por Samantha Vásquez para la revista BG (2011): «a pesar de mis problemas de salud, sigo pintado y creo que pintaré hasta el último día de mi vida. Y estoy haciendo cosas muy buenas» (p. 43). Oswaldo mantuvo la vitalidad y alegría que siempre lo caracterizaron. Las visitas a Cuenca continuaron, seguía llegando a nuestras casas, mantenía contacto con sus entrañables amigos y pasando tiempos memorables con quienes le admiraban y querían.

A inicios del año 2011, Alberto Vázquez, sobrino nieto del artista, propuso ante el director de BG Magazine la realización de una entrevista a Oswaldo Moreno Heredia, él tenía la corazonada que sería la última. Esta la

realizó Samantha Vásquez para el número 60 de la revista, cuyo tema era *Made in Ecuador*. En ella Oswaldo habló sobre su trayectoria, entonces tenía 82 años y manifestó: «He realizado una obra intensa [...] La huella la tendrían que descubrir ustedes, ver si la he dejado o no cuando ya no esté» (p. 44).

En septiembre del mismo año, mis hermanas Cecilia y Diana, junto con su esposo, dos de sus hijas y yo fuimos a Quito a visitar a Oswaldo. Presentíamos su partida. Llevamos con nosotros un ejemplar de la revista y algo de dinero para él, porque, como afirmó en la entrevista ya mencionada: «Hoy en día tengo arte, pero no tengo quien me compre (risas)» (p. 44). Llegamos a una casa que arrendaba en el barrio El Dorado, siempre vivió con ciertos lujos, aunque nunca sintió preocupación por adquirir un inmueble; existía con total libertad y, como ya se dijo, no le gustaban las casas museo, por eso, en la suya siempre hubo un reducido número de obras propias y de sus amigos. Recuerdo que el *collage* que hizo del trompetista Louis Armstrong tenía un lugar preferencial en su casa, seguramente por su amor al jazz; también tenía una colección de pipas, una colección de armónicas o rondines y lo que quedaba de la colección de piedras semipreciosas, pues algunas desaparecieron durante uno de sus viajes. En su casa también había una biblioteca de tomos elegantes de autores selectos. Siempre fue un pintor-lector y poseía un vasto conocimiento. Lamentablemente, desde su operación le era muy difícil dedicarse a su pasatiempo favorito, la lectura.

Durante la visita, le invitamos a recorrer el Quito colonial, él aceptó gustoso y nos contó que en ese tiempo salía muy poco. Nos subimos a la furgoneta que habíamos alquilado y, desde la ventana, compró todas las golosinas que le ofrecían los vendedores ambulantes, le pidió a Diana que pagara y ella consentía sus caprichos. Para el almuerzo, decidimos ir al restaurante El Cráter, que está situado en el volcán apagado Pululahua, yo sabía que la vista desde ahí era impresionante, así que fuimos con entusiasmo. Al llegar, le entregamos la revista y conversamos sobre la entrevista; nos contó que todavía pintaba con esfuerzo tonalidades de soles, montañas y bosques; también relató lo que hacía en ese tiempo; recordamos anécdotas e hicimos bromas. A pesar de que fue una charla amena y de que estábamos contentos por el tiempo compartido, se lo veía cansado y ya no tenía hambre. Cuando volvimos a su casa, le ayudamos a bajar de la furgoneta y, uno a uno, le dimos un fuerte abrazo, uno digno de una verdadera despedida, tal vez, porque en el fondo todos compartíamos esa corazonada que

había anunciado Alberto. Después del abrazo, le entregué a Oswaldo el dinero que mis hermanos y yo habíamos juntado, él lo guardó discreto en su bolsillo, me tomó de las manos y me dijo: «Gracias por acordarse de mí». Luego se acercó a la puerta la abrió, movió la mano derecha para decir «Hasta luego» y la cerró detrás de él. Esa fue la última vez que disfrutamos de la compañía de nuestro tío.



Oswaldo Moreno Heredia y sus sobrinas Susana y Diana Moreno Ortiz, fotografiados por Diana Vázquez Moreno, mientras comían en el restaurante El Cráter, Quito (Ecuador), 2011. Archivo de la familia Vázquez Moreno.



SU MUERTE Y LEGADO

Oswaldo Moreno Heredia falleció en la ciudad de Quito a los 82 años de edad, el 3 de diciembre de 2011. Dejó una extensa obra, sus pinturas se conservan en museos y colecciones privadas en América, Europa, Asia y Medio Oriente. Durante su vida participó en 46 exposiciones individuales y 5 muestras colectivas, dentro y fuera del país (Moreno Heredia, 2004). Fue catedrático universitario por 31 años y, como se mencionó, consideraba que enseñar con pasión a cientos de jóvenes fue una de sus experiencias más fecundas.

En sus más de 60 años de carrera incursionó en la pintura —en diversos formatos y técnicas—, *collage*, escultura mural, orfebrería, grabado, escenografía y fotografía (Moreno Heredia, 1996). Además, la formación en escultura y metalistería que obtuvo en Italia resultó en 10 000 objetos de grande y pequeño formato de plata, cobre, hierro, obsidiana y vidrio fundido (Moreno Heredia, citado por Vásquez, 2011). Es importante mencionar que, durante el desarrollo de este estudio, se hizo un esfuerzo considerable por rastrear la localización de la totalidad de la producción artística de Moreno Heredia, sin embargo, este es un empeño que debe realizarse con los recursos adecuados, por lo que aprovecho para motivar a críticos e investigadores de universidades e instituciones públicas, para que realicen futuros estudios que completen esta labor.

Como se ha leído a lo largo de esta biografía, Oswaldo Moreno Heredia fue un artista prolífico y excepcional que vivió para el arte; pero, sobre todo, fue una persona que gozó y padeció intensamente la vida. El objetivo de este texto ha sido, no solo rescatar y contextualizar su obra, sino, de alguna manera, plasmar y transmitir la personalidad y el carácter de un artista, cuya vida estuvo atravesada por afectos, por ideales, por personas. Por ello, para mí ha sido importante mostrar el vínculo que tenía con su hermano Eugenio. Las cartas que se han transcrito son el testimonio de que, entre ellos, existió una afinidad especial; discutían, pero eran entrañablemente cercanos. Recuerdo que los miraba sentados, fumando largas horas en silencio, sus mentes seguramente en estado de ensueño, elaborando poemas y pinturas. Oswaldo llamaba Oso a Eugenio y a mi madre Rosalía, hermana. Oswaldo amaba a todos sus hermanos,

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre papel, 74,5 x 10,5 cm, 2004. Museo Casa de las Culturas.

sobrinos y sobrinos nietos. Escribía cartas y pintaba postales, enviaba fotos y catálogos, llamaba por teléfono, regalaba cuadros, visitaba seguido y se aseguraba de pasar tiempo con la gente que quería. Al final de su vida, prefirió hospedarse en nuestras casas, las de mis hermanos y yo. Pasó muchas Navidades o Años Viejos con nosotros, fraternizó con sus sobrinos nietos, sobre todo, desde el fallecimiento de su hermano Eugenio. Creo que, cuando se habla de la vida de un artista, no se puede ignorar el impacto que los afectos tienen en ella; como decía el mismo Oswaldo, su pasión más grande era:

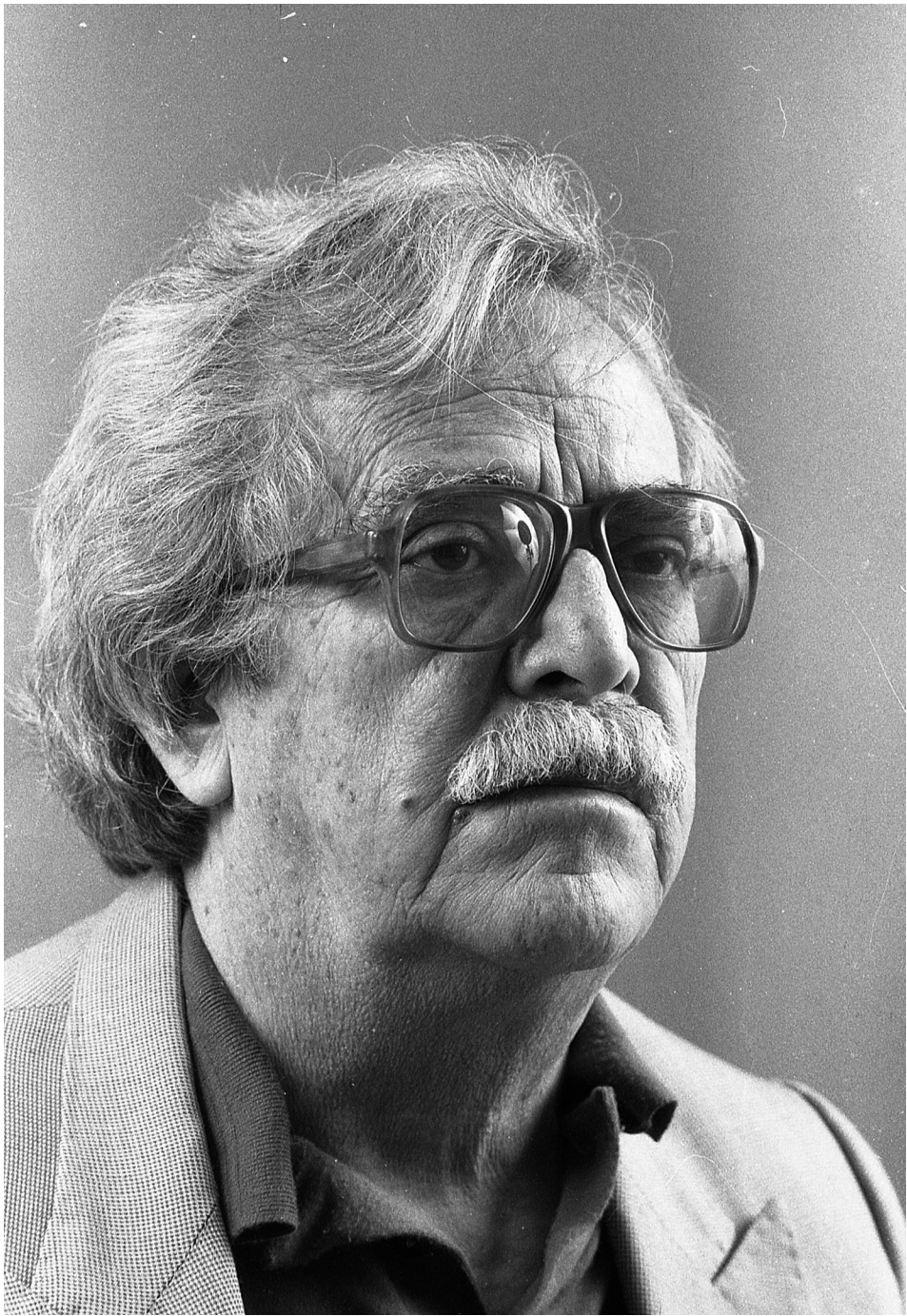
El amor. El artista es un ser humano como pocos, pero eso no quiere decir que sea más que los demás. Es un ser humano apasionado que necesita expresarse y toda su obra resulta una expresión de afectos. El artista es un enamorado de la vida y, obviamente, toda su obra desemboca en amor. (Moreno Heredia, citado por Vásquez, 2011, p. 44)

Considero que el legado más grande de Oswaldo Moreno Heredia está también en la memoria de todos quienes lo conocimos y podemos recodar sus locuras y lo indescriptible de su personalidad y presencia. En este libro hemos intentado rescatar un poco de ello, eso se leerá sobre todo en los textos anecdóticos que se presentarán en la segunda parte.

La autonomía y libertad de este artista fueron una primacía en su existencia. Se calificaba a sí mismo como: «bohemio, soñador, despilfarrador y botarate» (Oswaldo Moreno, 1996). Como ya se mencionó, él existió con total independencia, no le interesaba el reconocimiento ni le movía la vanidad, sobre todas las cosas, Oswaldo era un ser vital, un enamorado de la vida:

La vida para mí es una de las cosas más bellas. La vida significa tenerla, amarla, gozarla, padecerla. El ser humano —y el artista en este caso— está adscrito a todas las posibilidades que le brinda la vida. El artista absorbe la esencia de todo lo que significa la vida sin tratar de llevar el agua al molino propio. Para el artista la vida significa una profunda experiencia. Es el ser que vive más intensamente lo bueno y lo malo de ella. (Moreno Heredia, citado por Vásquez, 2011, p. 44)

Es así como recuerdo a mi tío, es así como espero que lo recuerden.



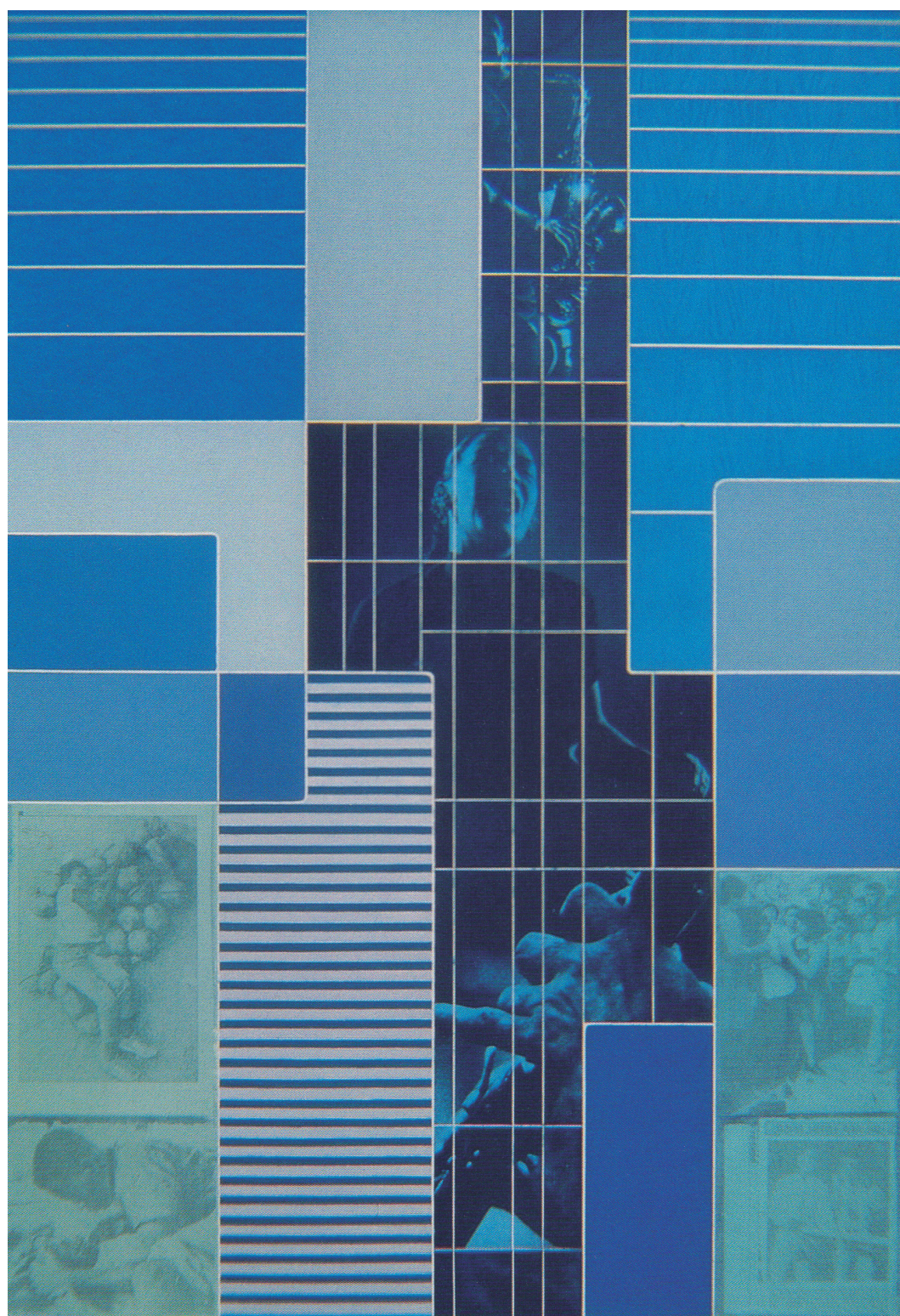
Primer plano de Oswaldo Moreno Heredia tomado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), abril 24, 1995. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



OSWALDO MORENO: DISEÑADOR DE MUNDOS

Cristóbal Zapata

- ◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Paisaje*, tinta sobre papel ceda, 90 x 60 cm, 1995.
Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.



VLAGGIO IN ITALIA

Oswaldo Moreno es un artista caudaloso: en 1956, en los ocho meses que permanece en Galápagos, realiza más de 1500 acuarelas, durante su estadía en Italia (1958-1962) pinta alrededor de 4000 cuadros y, a su regreso, contabiliza un aproximado de 10 000 objetos en metal. Sería una tarea imposible contar todas las pinturas, acuarelas, grabados y esculturas que realiza hasta su deceso en 2011.

Con una beca de estudios del gobierno italiano, Moreno viaja a Roma, a fines de 1958. Pero la academia romana le aburre pronto y se muda a Florencia, en cuya Academia de Bellas Artes estudia Diseño. Sin duda, se trata de una elección decisiva en su itinerario artístico y vital. Poco después, siempre en Florencia, trabaja como diseñador gráfico en la prestigiosa casa editora Salani (Salani Editore, creada en 1862), una de las editoriales italianas más antiguas —en pleno funcionamiento—, con un catálogo de autores que van de Isaac B. Singer a J.K. Rowling, pasando por Michael Ende y Roald Dahl. Esta relación con el diseño como estudiante y profesional serán definitivas en su comprensión del arte, del color y de las formas.

En Italia recupera su ritmo y vitalidad característicos, es un terreno fértil para la búsqueda y experimentación artística. Moreno llega cuando el país se halla en pleno auge del diseño gráfico. Desde los años cincuenta, las grandes empresas italianas habían empezado a incorporar el diseño a sus procesos de producción, comunicación y *marketing*. Marcas como Fiat, Olivetti o Pirelli se encontraban revolucionando la imagen de sus productos industriales, lo que vuelve a situar al país entre los más pujantes del mundo.

Si miramos algunos anuncios de la época, desarrollados por el diseñador Giovanni Pintori para Olivetti, podemos intentar un rastreo arqueológico de ciertas visualidades que Moreno sabrá traducir a sus pinturas, grabados y

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Lady Day cantando blues*, transposición gráfica, técnica mixta sobre madera, 1981. Catálogo de la *Retrospectiva O. Moreno*, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, octubre 28 a noviembre 22, 2004. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

collages: patrones geométricos, ritmos cromáticos, composición espacial. Es, precisamente, en la tienda Olivetti, en Milán, donde el artista y diseñador Bruno Munari (cuya obra constructivista puede consignarse como uno de los modelos plásticos de Moreno) presenta la exhibición *Arte Programmata* (1962), hito del movimiento cinético europeo.

Pero, además, Italia acaba de ver el nacimiento del arte povera y asiste al gran momento del cine posneorrealista con Antonioni, Fellini y Passolini a la cabeza. Moreno no pudo llegar en mejor hora a su destino italiano.

De vuelta a Roma, aprenderá el oficio de la metalistería, que se convertirá en uno de sus trabajos alimenticios por muchos años. Realizó miles de objetos utilitarios y artísticos con hierro y cobre, y elaboró joyas. Una familia de maestros joyeros de Chordeleg, a quienes llevó a vivir en su casa en Cuenca durante un mes, le introdujo en los secretos de la filigrana.

Lo cierto es que la historia artística de Moreno empieza en este viaje a Italia y dentro de Italia, todo lo anterior es, de algún modo, su prehistoria.

APOLÍNEO Y DIONISIACO

En julio de 1983, con motivo de una exposición de acuarelas en La Galería, inquirido por la prensa local sobre su «proceso creativo», Moreno remite unas líneas reveladoras, donde resume no solo su método de trabajo, sino su arte poética. Cito los dos párrafos medulares:

Lo primero que hago es estructurar la composición de cada uno de mis cuadros. Cuando digo esto, estoy pensando formalmente: peso los volúmenes, los planos, las proporciones, los ritmos, etc. Trato de dar al ojo del espectador un equilibrio visual perfectamente resuelto. A esa condición espacial dada, le integro la parte cromática, el color. Es aquí cuando se dan situaciones contradictorias en mis obras que las considero perfectamente válidas. Por ejemplo, los colores juegan un rol perfectamente independiente de la forma, si bien los dos elementos constituyen el todo, se trata de encontrar lenguajes recíprocos.

Para mí, el espacio es el límite de la composición, donde el concepto de diseño es absolutamente definitivo. Con esta disciplina me aparto totalmente de lo romántico, de lo idealista, y busco en mí al artista como ente constructor de una partícula de un universo. Creo que el problema de la inspiración en el artista es algo caduco. Personalmente parto del análisis, lo cual no me impide tener en cuenta mi parte emocional. Con esto también quiero decir que el lenguaje facilista de «la inspiración» es algo reaccionario. (La Revista de Hoy, 1983, s.p.)

Desconfiado de la inspiración y del factor sentimental como detonantes de la obra, de «los mitos y melodramas que se fabrican los artistas o se los dan haciendo», dirá en otro momento (2003, s.p.), Moreno apela al frío cálculo de la razón que mide, pesa y analiza colores y formas, que prefiere el estudio del espacio plástico al arrebatado emotivo.

Moreno fusiona las aspiraciones estéticas del constructivismo holandés (el neoplasticismo y De Stijl) con un sentimiento andino y tropical del color y las formas, pues, si bien se propone liberar al arte de todo elemento accesorio, apelando frecuentemente a esquemas geométricos, en el camino, su paleta y sus grafismos adquieren una tonalidad y un sabor equinoccial.

No se trata, en todo caso, de legitimar un discurso cientificista y tecnológico a través del arte, como pasó con varios movimientos concretistas y neoconstructivistas latinoamericanos, a inicios de los años cincuenta, sino, más bien, de sobreponer el rigor a la espontaneidad. Ya a mediados de los sesenta, el crítico estadounidense Harold Rosenberg había dicho que «la prueba» de la pintura es su rigor «y la prueba del rigor es el grado hasta el cual el acto realizado sobre el lienzo representa una extensión del esfuerzo global del artista por transformar su experiencia» (citado por Donald Kuspit, 2007, p. 211). Moreno parece llevar a cabo una interpretación personal de este *dictum*.

Incluso cuando piensa sus acuarelas, género por principio asociado a la inmediatez de la impresión, Moreno señala:

...la temática paisajística no es servidumbre al paisaje, es antes sometimiento del mismo al proceso de síntesis, de eliminación de lo superfluo, de decantación en virtud de propósitos creativos modificadores de la realidad aparente, nunca repetitiva. (Galería Goríbar, s.f., s.p.)



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acrílico sobre lienzo, 130 x 130 cm, 1989.
Tomado de Marco Antonio Rodríguez, *Grandes del siglo xx*, 2007.

A partir de su exposición en la Alianza Francesa de Quito (octubre de 1974), Rodríguez Castelo habla de una vertiente apolínea y otra dionisiaca en la pintura de Moreno (1985, p. 46). Esta taxonomía nietzscheana del crítico opera hasta la obra última del artista, embarcado en un largo y siempre renovado viaje por el vocabulario de la abstracción, bajo advertencia de que no son compartimentos estancos, pues en muchos momentos de su obra se puede advertir el intercambio de estos signos vitales traducidos al lenguaje plástico. En *El nacimiento de la tragedia*, Nietzsche opone lo apolíneo, que representa el ideal de belleza y perfección (las formas acabadas, la luz y la medida), a lo dionisiaco, expresión de la desmesura, la pasión y la ebriedad.

Esta dualidad emocional y psíquica desarrollada por el filósofo se traduce en la marcada oscilación de lenguajes, técnicas y estilos con los que experimenta Moreno a largo de su trayectoria: acuarela, pintura, grabado, *collage*, metalistería y joyería conforman el heterogéneo y heterodoxo repertorio de sus prácticas. Y así como el artista puede sentirse a sus anchas en los estilos realistas y figurativos (las pinturas y acuarelas de su primera etapa —antes de su viaje a Italia— y algunas obras posteriores dedicadas al paisaje urbano o natural), la mayor parte de su obra está vinculada a las aventuras de la abstracción.

En una pequeña entrevista que concede pocos meses antes de su muerte a BG Magazine, ante la pregunta «¿Cómo define su estilo pictórico?», responde sin vacilar:

No tengo estilo. Fui versátil y cíclico en mi pintura. Mi obra ha sido una búsqueda permanente, de modo que cuando hacía alguna exposición cortaba radicalmente el camino que había seguido y realizaba colecciones completamente independientes la una de la otra. Desde luego que para un buen observador existe un cordón umbilical en todas mis obras, incluso lo que estoy pintando. (Vásquez, 2011, p. 43)

Moreno es un bohemio que profesa la sobriedad artística. La abstracción y las estrategias visuales del constructivismo, como la retícula, le permiten al mismo tiempo una organización racional del mundo y poner bajo control sus demonios personales y estéticos. Sin embargo, esa vigilancia —como lo advierte el mismo artista—, no significa la cancelación de las emociones. Si miramos con atención, incluso su obra más geométrica es un campo de fuerzas en tensión;

debajo de los rígidos armazones de color de sus pinturas, entre esas celdillas de los *collages*, donde ha colocado a sus héroes culturales (Chaplin, Ana Frank, Billie Holiday, Louis Armstrong, Jim Morrison, Bob Marley, etcétera), Moreno filtra un cúmulo de intensidades, hace pasar el cuerpo con todo su tonelage afectivo y deseante. Él mismo lo dirá en la nota antes citada: el artista «es un ser apasionado que necesita expresarse y toda su obra resulta una expresión de afectos» (p. 44). Al fin y al cabo, como lo vio Merleau Ponty (1986), de manera elocuente, «es prestando su cuerpo al mundo que el pintor cambia el mundo en pintura» (p. 15).

El crítico Manuel Esteban Mejía aborda esta dimensión bifronte en la pintura de Moreno, a propósito de una de las múltiples exhibiciones que presentó en el Museo Municipal de Arte Moderno de Cuenca, esta vez, en noviembre de 1984:

Pues bien: esta obra no es ni fría y sí racional, como tampoco es instintiva y sí de imaginación, donde estructuras y grafismos se definen por la concepción que las ampara: la de un arte sensual que extrae su gozosa identidad de la inteligencia, y también su sentido del humor, y su neta afirmación vital. (s.p.)

Uno de los momentos estelares de su trayectoria ocurre precisamente cuando la geometría y la sensualidad se encuentran en el espléndido ciclo de *collages* que presenta en La Galería en septiembre de 1981, bajo el título de *Collage y trasposición gráfica*: un procedimiento técnico en el que volverá a incurrir ocasionalmente —como en una adicción deliciosa— hasta comienzos del siglo XXI. En su primera salida, esos *collages* están compuestos por formas geométricas que albergan campos de color junto a recortes de fotografías impresas, particularmente retratos de músicos del jazz. El ritmo musical que introducen esos planos de color combinados con las imágenes de archivo y el impecable acabado muestra la manera en que Moreno supo fundir estrategias vanguardistas, como el montaje visual, con las lecciones del diseño gráfico para construir un *mood jazzero* y sensual, con una punzante aura de los sesenta. Cualquiera de las grandes disqueras americanas o europeas hubiera querido tener a Moreno en sus oficinas de diseño.



Oswaldo Moreno Heredia, *Louis Armstrong*, transposición gráfica y técnica mixta sobre madera, 110 x 80 cm, 1980. Museo Casa de las Culturas.

Son antológicos sus cuadros *Lady Day cantando blues* (ver p. 142) y *El trompetista* (ver pp. 152-153), o en otro registro emotivo, su *Diario de Ana Frank* (todos de 1981). A la serie *Eros*, de inicios de este siglo, corresponde su ensamblaje *Profano* (2002): un apretado mosaico de ilustraciones eróticas en blanco y negro, protagonizado por figuras femeninas, al que sobrepone una casulla a manera de velo o cortina que cubre buena parte del cuadro. La inserción objetual (de la casulla) de raigambre informal recuerda a su vez a los *combines* de Robert Rauschenberg, es decir, a aquellas obras que combinan aspectos de la pintura y la escultura. Se trata de una provocadora alegoría sobre sexualidad, censura y prohibición que hoy podría disparar múltiples lecturas a la luz de los escándalos de la Iglesia y los giros puritanos de la corrección política.



◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Profano*, collage, 140 x 100 cm, 2000. Tomado de Marco Antonio Rodríguez, *Grandes del siglo XX*, 2007.

Nota. Según el catálogo *O. Moreno Collages 2000*, esta obra se titula: *Litúrgico*.



Oswaldo Moreno, *El trompetista*, collage, 60 x 74 cm, 1981.
Casa de la Cultural Ecuatoriana Núcleo del Azuay.





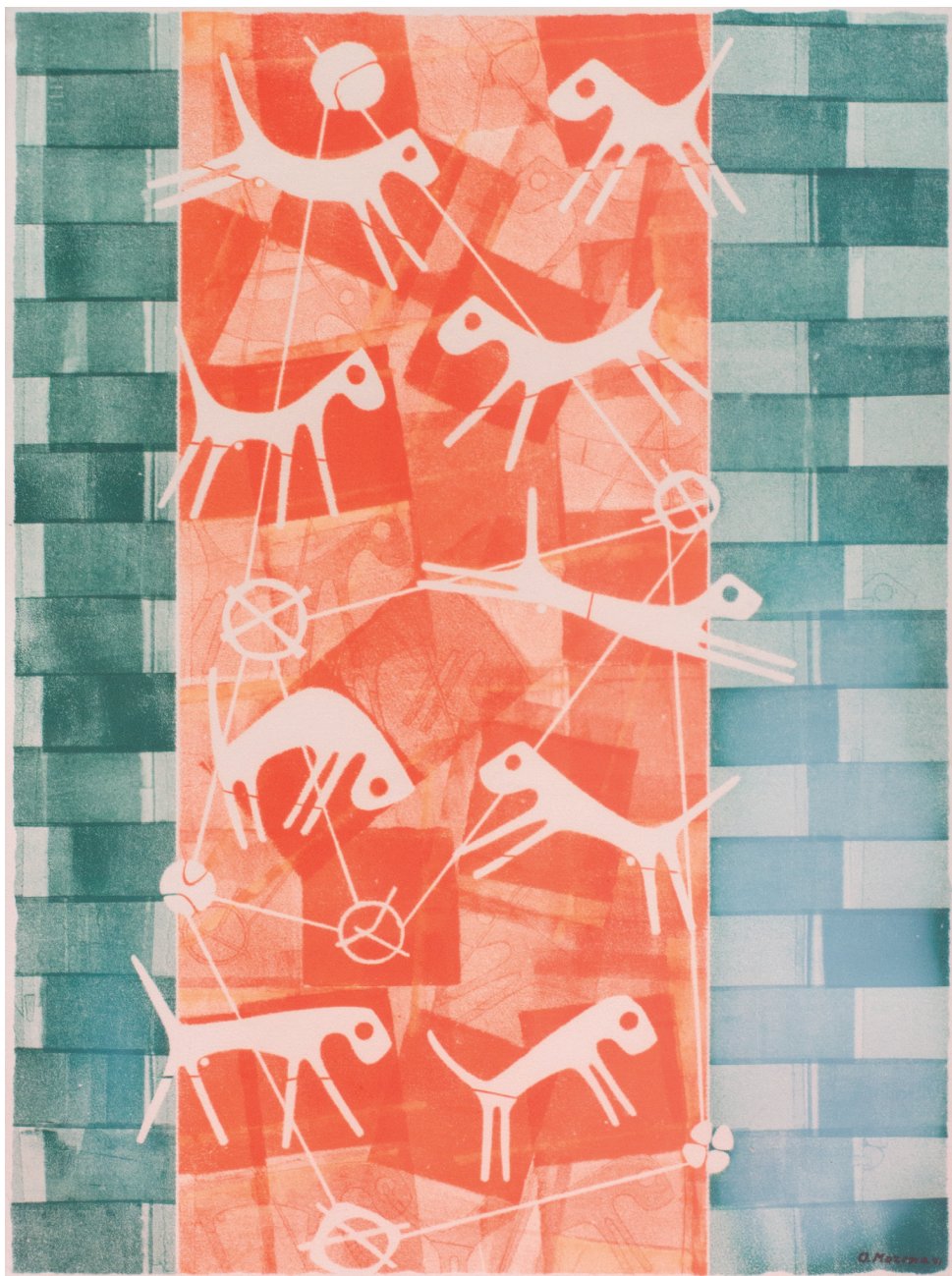
Oswaldo Moreno Heredia, *Jazz jazz*, collage, 122 x 90 cm, 2000.
Colección Privada.



Oswaldo Moreno Heredia, *Dos décadas sin Bob Marley*, collage, 122 x 90 cm, 2000.
Colección privada.

Un siguiente episodio relevante de ese encuentro entre sensibilidad y precisión matemática corresponde a lo que el mismo artista denominó, algún momento, «orgánico constructivo», título que ya encierra un oxímoron. Me refiero a esas pinturas de mediano y gran formato donde a la trama geométrica sobrepone figuras biomorfas conformando una compacta urdimbre que por momentos nos recuerda piezas textiles ancestrales o una constelación de máscaras estilizadas. Rodríguez Castelo describe minuciosamente el proceso de realización de estas obras:

Siempre con afán de experimentar materiales y técnicas pinta, sobre telas de lino, elementos —de extracción orgánica, pero fuertemente estilizados—, los cubre con cera de parafina y da los fondos con rodillo, aerógrafo o brocha gorda. Logra efectos muy sugestivos. O comienza por pintar un fondo, cubre con *masking* líneas y figuras y pasa por encima el rodillo, despegas el *masking* y aplica nuevos colores en esos lugares que preservan el color del fondo. Todo este trabajo técnico estaba presidido por una nítida voluntad de diseño. (2006, p. 411)



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, tinta sobre cartulina, 80 x 60 cm, 1988.
Colección privada.



"Mi obra está íntimamente ligada con el diseño..." afirma Oswaldo Moreno.

Oswaldo Moreno:

"El artista debe estar en permanente movilidad"

Por Marcia Silva de Acosta,
de EL COMERCIO.

"Creo que el estilo de un pintor puede estar inmerso en las múltiples variantes y alternativas que el artista encuentra a través de su búsqueda en sus diferentes épocas", dice el artista cuencano Oswaldo Moreno al ser requerido sobre el porqué de su constante cambio de las técnicas y temas en su obra.

"Entiendo —afirma— que la intensidad creativa obliga al artista a no permanecer estático ni aferrado a situaciones de permanente repetición. No encuentro para mi arte, ni fórmula ni preceptos. Debo estar en una permanente movilidad que me obliga a cambiar de tema y contenido como de procedimiento. Por lo demás, si se es honesto, siempre se será uno mismo".

Moreno, un pintor de reconocido prestigio y larga trayectoria en el campo de la plástica, inauguró el jueves una muestra de acuarelas y collages en la Sala de Arte del Colegio de Arquitectos. Su sólida formación en pin-

tura, diseño, procesamiento de metales, y mosaicos le han abierto un amplio campo de actividad artística, especialmente en el campo del diseño, que él considera la base de toda actividad plástica.

"Mi obra está íntimamente ligada con el diseño —expresa—. A mis pinturas actuales les precede la realización de aproximadamente 16.000 objetos en metales, de los cuales, muchos son elementos escultóricos, paneles y utilería. En mi pintura actual es evidente la participación del diseño, ya sea como concepción del espacio o composición cromática".

Moreno dice que el artista que tiene como antecedentes en su formación las bases del diseño, siempre será más coherente en sus proposiciones. Todo es diseño en realidad, afirma, ya sea ésto formas o color; valimetría, o planimetría, vestuario o vivienda".

Y en el acto de pintar, el artista es también un diseñador, aunque no siempre esté guiado por una lógica derivada de un proceso racionalista o

consecuencia de un aprendizaje a pólito.

"Naturalmente. —hace no cuando el diseñar un cuadro no concientizado acceden a su pasiones temperamentales, casua quizás perturbantes".

"Mi obra —afirma— está rac lizada ciento por ciento. Cualquier lúcido que no pierda la necesaria ción de emoción y sensibilidad, un trasunto de reflexión y de me ción frías, que garantiza al espec una obra idónea". Considera Mo que ésta debería ser una premisa anime a todo artista joven o ' aparte de cualquier orientación tilística o temática.

El artista afirma que no le s ninguna motivación o temática er ticular, y dice que si ésta existe resultado de las diferentes situac que experimenta el hombre fren entorno. "Todo es sugerente y de preocupación por parte del arti

Moreno ha utilizado ahora e cuadros el papel de seda para el ge y la acuarela. Con estos mate ha logrado efectos sorprendent color y formas, transparencias y duras quizás inéditas, de gran del za y plasticidad.

Su técnica minuciosa y dep se hace ostensible nuevamente t los cuadros.

Moreno ha expuesto en Flor Roma, Quito y otras ciudades Ecuador y fue miembro del VAN. Su exposición inaugura jueves permanecerá abierta hasta de marzo.

«Oswaldo Moreno: "El artista debe estar en permanente movilidad"», Marcela Silva de Acosta, en El Comercio, en fecha desconocida. Archivo familia Moreno Ortiz.



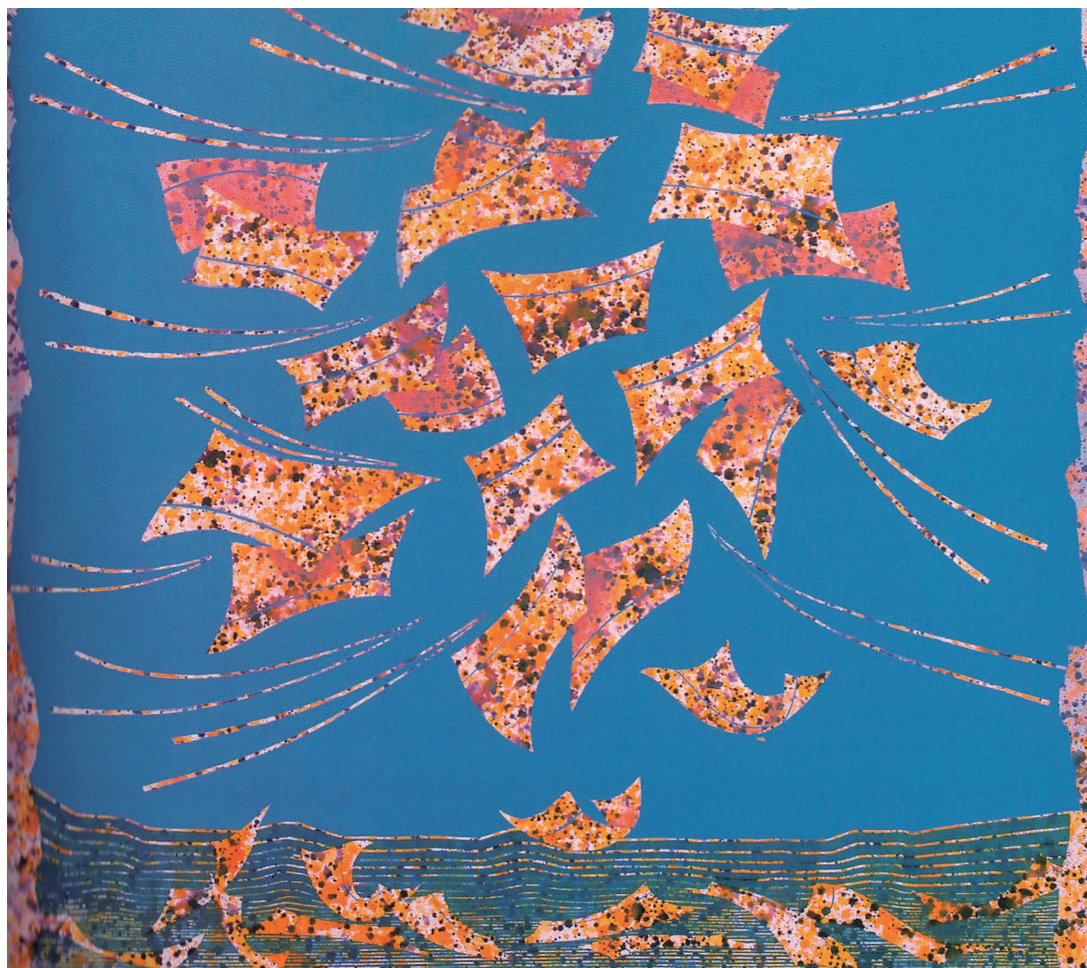
Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, tinta sobre cartulina, 80 x 60 cm, 1989.
Colección privada.

Hacia mediados de los ochenta, Moreno reinventa el paisaje con fragmentos de representaciones vegetales (hojas, cortezas), que simulan haber sido recortados y adheridos a la tela creando superficies y horizontes radiantes, donde la nota más alta la pone su «sentido cromático agudo», como señaló Lenin Oña a propósito de su muestra en la galería Exedra (Quito, mayo de 1989). Algunos títulos de esta serie evidencian el diálogo íntimo con la naturaleza y el paisaje: *Pañuelos del viento*, *Horizonte con abedules*, *Rebaño celeste*, *Mis árboles de encaje*, *Metamorfosis cósmica*, *Tristeza vegetal*... Si con el color tiene una relación musical, su perspectiva del paisaje es siempre poética, quiero decir: lírica y creativa.

Sobresaliente en este ciclo es su acrílico *Arboles* (1991), una sinfonía en azul donde las ondulaciones y las líneas componen diversos planos imantados por el color. En el virtuoso primer plano se reflejan los troncos de los árboles como en un pentagrama de agua. Para Moreno, melómano conspicuo, el color es música, como lo fue para Kandinsky.



Oswaldo Moreno Heredia fotografiado en su taller por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), 1988. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



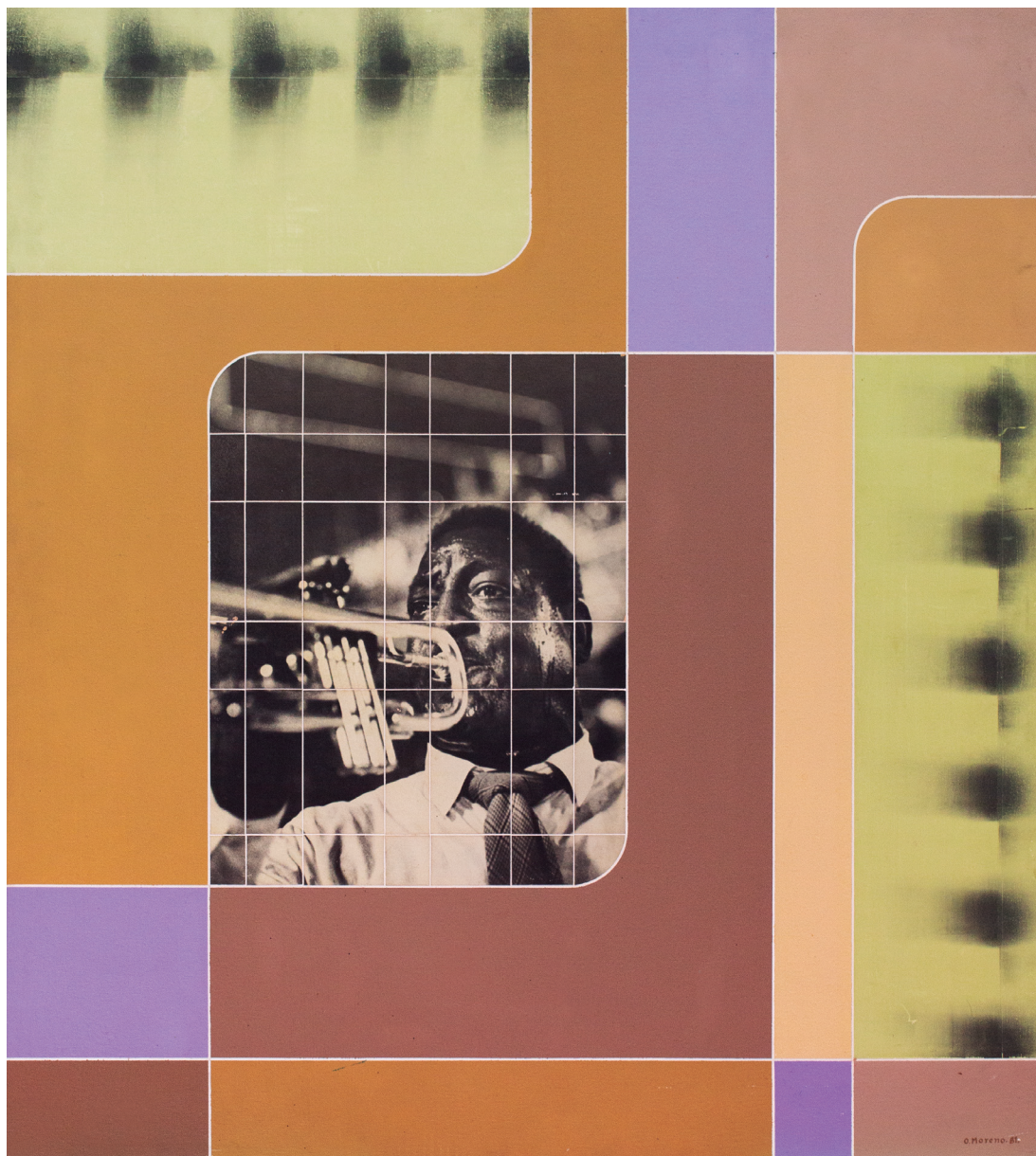
Oswaldo Moreno Heredia, *Pañuelos del tiempo*, acrílico sobre lienzo, 130 x 130 cm, 1989.
Tomado de Marco Antonio Rodríguez, *Grandes del siglo xx*, 2007.

De mismo modo que Jorge Velarde es el primer artista ecuatoriano que dialoga con el lenguaje cinematográfico (con la arquitectura visual del cine negro), en algunos momentos de su obra (particularmente en sus *collages*) Moreno es el primero (y hasta el momento el único) que ha sabido conversar e interpretar las obsesiones cromáticas del jazz. Recordemos algunos títulos icónicos de Miles Davis y John Coltrane: *Kind of Blue*, «Blue in Green», *Blue Train*... Aunque para nuestro artista el *blue* es una percepción del azul, antes que una clase de melancolía o tristeza. La famosa canción de Louis Armstrong, «What a Wonderful World», condensa maravillosamente su visión gozosa del color: «*I see trees of green / Red roses too [...] I see skies of blue / And clouds of white / The bright blessed day / The dark sacred night / And I think to myself / What a wonderful world / The colors of the rainbow / So pretty in the sky*». Y así como para captar el espíritu lúdico de su *performance* hay que escuchar cantar a Louis («grandísimo cronopio» le llamó Cortázar), hace falta a ver los cuadros de Oswaldo para darnos cuenta de que tenía un arcoíris en la retina.

Atraído por las posibilidades de la materia plástica, lo que realmente define la trayectoria del artista es su exploración incesante de las técnicas, vinculada a sus cambiantes inquietudes y necesidades expresivas: «creo que todo verdadero arte comienza con toda verdadera búsqueda», escribió para el folleto de su exhibición en la Alianza Francesa en 1974. Mientras Francisco Febres Cordero (c. 1984), en una de sus sabrosas y legendarias columnas del diario Hoy, que no hemos podido fechar con exactitud, anota: «usa materiales aparentemente divorciados con las técnicas que emplea y mezcla los colores que la tradición obliga a que duerman en camas separadas» (s.p.).

Por su lado, un crítico sagaz como Mario Monteforte (1985), en su ya clásico *Los signos del hombre*, advertía esta vocación y dirección de su trabajo:

Resulta inútil buscarle escuela o tendencia entre lo figurativo que hace en su juventud, el *collage* pop con fragmentos de retratos, el constructivismo geométrico donde trata de captar el sentido de la música popular ultramoderna y lo abstracto ejecutado con retazos de papel de china que reunió en su última exposición, no hay otra solución de continuidad que la búsqueda. (p. 217).



Oswaldo Moreno Heredia, *Blues*, transposición gráfica, técnica mixta sobre madera, 82 x 90 cm, 1981.
Colección privada.

Libertad y experimentación son las brújulas que guiaron la ruta de este diseñador de mundos, capaz de ofrecer múltiples perspectivas de esa *partícula del universo* que le tocó habitar e interpretar.



Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Rodrigo Zapata en la inauguración de su muestra *Memoria del paisaje*, Quito (Ecuador), Sala Exedra, mayo 1989. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Fotografía de la muestra de acrílicos *Memoria del paisaje* de Oswaldo Moreno Heredia, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, noviembre 1989. Archivo de la Biblioteca del Museo Municipal de Arte Moderno.



Oswaldo Moreno Heredia, *Árboles*, acrílico sobre lienzo, 130 x 130 cm, 1991. Catálogo de la *Retrospectiva O. Moreno*, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, octubre 28 a noviembre 22, 2004. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

LAS LECCIONES DEL MAESTRO

Algunas son las lecciones éticas y estéticas que nos dejó Oswaldo Moreno en su itinerario vital, en su larga trayectoria como artista y maestro universitario. De modo sumario:

Además de su labor artística, actuó en su momento como gestor cultural. En 1962, en la Casa de la Cultura Núcleo del Azuay, inauguró la Galería 88, la primera galería de arte en Cuenca, una iniciativa que, aunque duró poco, por algún malentendido de la institución, marcó un hito. En ese mismo lugar, casi medio siglo después, en 2007, fundaríamos con Efraín Jara la galería Proceso / Arte Contemporáneo.

Profesor en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Central del Ecuador (Quito) desde 1965 hasta su retiro, el magisterio de Moreno es reconocido de manera unánime por quienes fueron sus colegas y estudiantes, muchos de ellos importantes artistas de la escena nacional. Otros fueron sus discípulos fuera de cátedra, como Hernán Crespo Toral y Miguel Betancourt, a quienes introdujo en los delicados reinos de la acuarela.

Antes de su traslado a Quito, fue profesor de Diseño en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca, donde implementó metodologías poco ortodoxas pero inolvidables: «En su primera clase de pintura —me cuenta su sobrino, René López Moreno— les mandó a los alumnos a meterse en el río, después los llevó de vuelta a la Facultad y les dijo: “Pinten el frío, cojudos”». Esa lección implica la comprensión del cuerpo como una estructura sinestésica y reitera la dimensión corporal de su propia pintura.

Fue, además, un pionero en la enseñanza del Diseño Gráfico antes de que se consolide como campo disciplinario y profesional en el país. En una hora muy temprana, Moreno dota a la pintura ecuatoriana de una visualidad íntimamente relacionada con el diseño gráfico. También, muy pronto cuestiona la idea del genio creador y conjuga referencias de la cultura erudita y popular.

En múltiples ocasiones expresó, sin ambages, su respaldo e interés por las expresiones contemporáneas, como puede constatar en el entusiasta comentario que dedica a Pablo Barriga y Jenny Jaramillo, en un artículo de 1993, publicado en la revista Letras del Ecuador. Fue, además, desde la primera edición —donde actuó como curador— un aliado y participe de la Bienal de Cuenca, pues entendió lo que supuso este evento para la escena local, nacional e internacional.



Oswaldo Moreno Heredia, títulos desconocidos, acuarelas sobre cartulina. Tomadas de Eugenio Moreno Heredia, *Eugenio Moreno Heredia. Memoria de vida*, 2005.



O. Moreno



O. Moreno
93

Nunca puede haber sido más oportuna la creación de la Bienal. Antes de ella, el movimiento plástico en Cuenca no existía. Éramos cuatro pintores y pare de contar. Cualquiera de los jóvenes pintores de hoy en día nacen de la Bienal. (Moreno Heredia, 2000, p. 3)

Varios episodios de su vida demuestran que practicó la filantropía y motivó la vocación de muchos artistas con pareja dosis de desprendimiento y generosidad.

Aunque su producción artística fue tan variada como abundante no se convirtió en un mercader ni en un promotor de su obra, dejó que esta se abra camino sola.

La libertad y la rebeldía fueron su norte. Un rebelde como Moreno no podía dejar de participar en el Grupo Vanguardia Nacional (VAN), conformado en 1968, en oposición a la Bienal de Pintura de Quito organizada por su colega y tocayo Guayasamín, el monstruo sagrado de la cultura ecuatoriana, amado por las multitudes y la oficialidad cultural, y denostado por los sectores más críticos de la comunidad artística.

En el archivo del Museo Municipal de Arte Moderno se conserva una foto donde se ve a Oswaldo Moreno de perfil, sentado en medio del jardín, frente a una hilera de cuadros de su autoría, fumando un cigarrillo mientras piensa el montaje de su muestra. Esta imagen quizá resuma su vida artística: el hombre que cavila el orden de las formas mientras se deja acompañar de una de sus pasiones vitales: el tabaco.

Cuenca, abril de 2023



El maestro Oswaldo Moreno Heredia, en uno de los jardines del Museo Municipal de Arte Moderno, fotografiado por Ángel Silva, Cuenca (Ecuador), 2004. Archivo de la Biblioteca del Museo Municipal de Arte Moderno.



OSWALDO MORENO

POR OSWALDO MORENO

*Oswaldo Moreno Heredia*¹³

¹³ Texto tomado del catálogo de la muestra *Del paisaje a la abstracción*, la que se presentó en 1996, del 17 de abril al 8 de mayo, y estuvo organizada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Estío*, acuarela sobre cartulina, 105 x 75 cm, 1997.
Tomado de Marco Antonio Rodríguez, *Grandes del siglo XX*, 2007.



Oswaldo Moreno Heredia, *Follaje*, grabado agua fuerte, 39,5 x 50,2 cm, 1958.
Museo Casa de las Culturas.

Mi primer berrido lo di en la lóbrega madrugada de un ocho de abril, en medio del impávido sueño total de la aldea. Nací cuencano bajo el signo de aries, que me depararía una existencia de bohemio soñador, despilfarrador y botarate, desprovisto de toda condición fenicia que contrariamente galardona la carrera profesional de algunos colegas ávidos autogestores de sus recursos y capacidades. Y hago mi vida bajo el patrocinio de ilustres arianos, como Leonardo, Van Gogh, Bach y Chaplin.

Me formé pintor y escultor primeramente y luego he realizado intensos buceos en los campos del diseño, particularmente artístico-artesanal, entre los que la orfebrería me absorbería un largo tiempo y en la que aún ahora sondeo para diseñar joyas en la Fundación Bernardo Legarda. No perdí oportunidad de incorporar a mis experiencias aspectos esenciales de la escenografía, y la magia de la fotografía igualmente no me ha sido ajena. Actualmente, además de pintar y diseñar, construyo objetos en los que el «esperpento» como lo concibe Valle Inclán aparece esta vez traducido en elementos objetuales ligados en la incoherencia de sujetos extraños entre sí, que deben emitir mensajes compactos y en los que el ingrediente del humor o la ironía y en veces el de la ternura está presente.

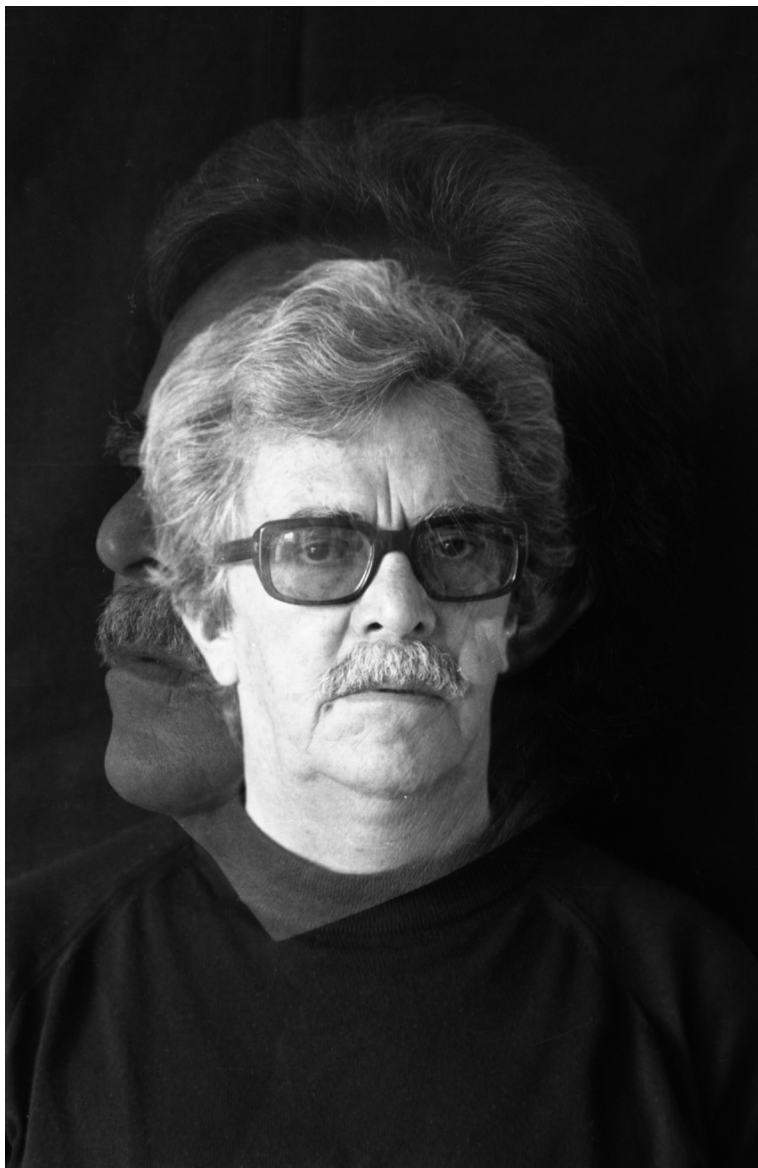
Una de las más largas y fecundas experiencias de mi vida ha sido la del tiempo entregado a enseñar. Como quien no concibe sentarse a la mesa a gustar de manjares exquisitos sin compartirlos, así me ha sido imposible retener en la intimidad lo que he ido encontrando en el curso de la vida y que ha conformado un largo arsenal de experiencias y conocimientos de los que me he vaciado en la avidez de una innumerable juventud en mis tiempos de profesor. He intervenido durante años en la formación de arquitectos y pintores, de artesanos y muchachos sordomudos o con distrofias agudas, y de esta manera mi tiempo ha estado compartido entre el quehacer propio y el quehacer con los demás, y todo esto inmerso en una inacabable, envolvente nube sonora, pues por lo menos escuchándola logro consolar mi frustrada pasión por la música.

La profunda y amorosa intriga que la naturaleza ejerce en mi ser todo y a través de múltiples percepciones ha absorbido mi tiempo apasionadamente. Producto como soy de lo urbano, que tanta magia y contradicción ofrece, me siento sin embargo como un nostálgico salvaje que añora soterradamente sus ancestros campesinos. Ello ha marcado mis rumbos creativos y me ha inducido a

través de múltiples encuentros a buscar lenguajes en los que lo telúrico-cósmico, en frecuente interacción y en trance permanente de eliminar lo accesorio, procure sustraer las imágenes plásticas que no otra cosa pueden ser, sino testimonios de ese constatar íntimo que no podrá constituirse jamás en referencias anecdóticas.

Mi prolongada y repetida experiencia galapagueña fue quizá el primer encuentro con un lenguaje de síntesis que tenazmente forcejea por llegar a la abstracción, camino al cual creo que estoy indefectiblemente condenado. Creo que el artista jamás puede sustraerse de su entorno y es la naturaleza que de manera avasallante nos da el primer mensaje a ser traducido, interpretado. La abstracción por lo tanto contendrá referentes inmediatos de la fuente nutricia que la inspira, y el rígido enfriamiento que caracteriza algunas formas de arte abstracto no es otra cosa que el resultado de un ejercicio extremadamente intelectual, exento de pasión y deshumanizado. La constante en mi arte ha sido y será la búsqueda incesante. Esto me ha incitado a un ejercicio disciplinado en el que el argumento impone también un proceso individual en cada vez. Consecuentemente, el empleo de los más diversos medios y procedimientos es de rigor. Otra constante en mi trayectoria ha sido el trabajo cíclico, coherente temáticamente sinfónico en su lenguaje, en el que, sin embargo, en cada tramo se encuentran a modo de cordón umbilical las experiencias anteriores, cuidando eso sí de no caer en la repetición, camino fácil para pintores que a la par de los hallazgos o encuentros felices, juzgan necesario mantener una identidad supuestamente estilística con la que alimentar su prestigio.

Entre los años 61 y 81 realicé predominantemente obra en diversos metales: particularmente plata, cobre y hierro y ocasionalmente el empleo de vidrio fundido y obsidiana. Fueron algo como 10 000 piezas realizadas durante 20 años, entre joyas, máscaras, escultura mural y artesanía utilitaria de grande y pequeño formato, en las cuales el diseño en todas sus fases era el antecedente obligado para su posterior ejecución. En este periodo de mi vida pude relacionarme en el más inmediato contacto humano y artesanal creativo con artesanos del Azuay, pues además mi condición de diseñador en el Centro de Reconversión Económica de mi provincia me comprometía a esta feliz relación. Quedaron además algo como 500 diseños para varias artesanías en dicho centro y a disposición de los artesanos.



Oswaldo Moreno Heredia retratado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), 1988.
Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Oswaldo Moreno Heredia, Título desconocido, acuarela sobre cartulina, 45 x 65 cm, 1992. Colección privada.



Mientras la experiencia del taller del pintor se resuelve generalmente en soledad —salvo cuando la producción artística cobra ribetes de reiteración o producción serial, en cuyo caso el maestro delega segmentos o partes de su producción a talleristas o pupilos—, la actividad en el taller artesanal tiene características tradicionales de carácter colectivo, a las que ni la más sofisticada tecnología ha podido hacerlas desaparecer, más aún cuando, como en mi personal situación, el trabajo de taller se realizaba bajo los más exigentes parámetros de diversidad y originalidad, tolerando a duras penas las modificaciones secuenciales que, a parte de un patrón modular, podrían desarrollarse progresivamente, y eso hasta un cierto momento solamente. Pero más aún, el espíritu colectivo del taller artesanal es altamente significativo y gratificante, irrepetible en sus características y heredero de un ancestro que sobrevive en función de una mística colectiva y comportamiento propio de sus integrantes.

Sobre el arte y el trabajo del artista se han creado una serie de supuestos generalmente gratuitos y que han pretendido de él un enrolamiento enajenante y condicionador. Supuestos con intenciones proselitistas, con fines de utilización política, han deteriorado el trabajo y la personalidad de muchos artistas valiosos. ¿Qué recordar del fracasado intento del Realismo Socialista Soviético? Y para muestra basta el caso del muralista mexicano Siqueiros, en el que la incoherencia grandilocuente y el más aberrante discurso iconográfico-político, luego de la defunción y en su tiempo de los ideales socialistas, deja a su arte sumido en el más solemne aislamiento, en ese «panteón de lujo del muralismo mexicano» como lo define Marta Traba.

Pero no únicamente han sido las tendencias izquierdistas las que han tratado de encadenar al arte para sus específicos lucros. Las fuerzas capitalistas más retardatarias han tratado permanentemente de aprovecharse del artista y transformarlo en un mamotreto utilizable como exponente de su poderío. Entonces son los grandes empresarios del arte, en las metrópolis poderosas, los que han impuesto para el mundo las corrientes más abstrusas, grotescas y exasperantes que, a modo de corrientes plásticas, tales como un neoexpresionismo o una transvanguardia y otras, han ingresado ingentes cantidades de dólares a los bolsillos de los empresarios encargados de exaltar y sacralizar bazofia.

I. BIOGRAFÍA Y APROXIMACIÓN CRÍTICA

Creo que la libertad del artista está ante todo y su enrolamiento humano y profundo sentido social, su honestidad y su desprecio por la figuración y el endiosamiento han sido y serán los parámetros auténticos para una obra verdadera y universal.

Querría decir tantas cosas que tengan interés para quienes deseen conocer la trayectoria de un artista y esto despojado de afanes narcisistas, mal que nos afecta hasta la asfixia a los del gremio, pero debo terminar y quiero concluir estas breves notas señalando que únicamente la obra plástica vista y vivida personalmente dará el verdadero mensaje que espera el observador y que sobre ella los mensajes literarios son como imágenes mutiladas que no alcanzan a expresar su real identidad.



Oswaldo Moreno Heredia, *Ceremonial*, collage y acuarela sobre papel, 74 x 54 cm, 1982.
Museo Municipal de Arte Moderno.

1 La locura se moja con color

A VUELO DE PAJARO

Por Francisco Febres Cordero

Que Oswaldo Moreno -ese joven cincuentón y entrecano, fumador empedernido y con voz de bajo en busca de disco- es más loco que una cabra, es vox populi regada, como una mancha acuosa, sobre el papel de las creencias.

La primer vez que lo vi me pareció salido de uno de los trópicos de Miller, por la forma como sentía la vida con las vísceras y por la manera en la que sus palabras brotaban, a borbotones, de su boca, en una mezcla de teoría con maldiciones entre humo espeso de un tabaco tras otro que consumía y botaba convertido en pucho para luego asir la pipa, colmarla de picadillo y chuparla con furia hasta hacerla arder a la temperatura de sus ideas.

Entonces, como siempre, hacía una cosa distinta a la anterior y distante también a la que vendría luego.

Porque Oswaldo Moreno no es un loco queñón, de esos que toda la vida se sienten Napoleón o pera o foco. No. Es la antítesis de lo que esos seres insoportables (por la forma como sonreídamente tratan de encarnar la vida, dados siempre de optimistas y falsamente felices los muy hipócritas) y absolutamente inútiles que se cobijan bajo el membrete de sicólogos, sin p antes de la s como una forma de devaluarlos, calificarían como víctima del autismo. El es un loco febril. Indómito. Ha venido. Ha ido. Se ha calado el traje de buzo y se ha sumergido en nuestra tierra. Se ha colocado sus alas de demonio y se ha elevado como una cometa para otear nuestro horizonte. Ha tomado siempre la temperatura de su tiempo con el termómetro de sus acuarelas, de sus óleos, de sus collages. Y su propia calentura le ha hecho crear a un ritmo desesperado, como en un solo de trompeta de Louis Armstrong.

Es que Oswaldo Moreno es loco, según calificación que lanza la vox populi. Loco por la creación, según se desprende de su obra, en lo que lo insólito y lo inusual son característicos. Invade sin miedos las áreas de sus cuadros, transgrede sus espacios; usa materiales aparentemente divorciados con las técnicas que emplea y mezcla los colores que la tradición obliga a que duerman en camas separadas.

Ahora ha vuelto a colgar sus acuarelas en La Galería y, como siempre, sus planteamientos son diferentes. Preceden a cada cuadro estudios minuciosos, de composición y de color, hechos lenta, morosamente en una libreta de apuntes apta más para un guía de teléfonos que para esquemas de futuras pinturas.

Entonces, como siempre, hacía una cosa distinta a la anterior y distinta también a la que vendría luego. Porque Oswaldo Moreno no es un loco queñón, de esos que toda la vida se sienten Napoleón o pera o foco.

Previamente a la elaboración del cuadro, y consultado el diagrama original, ha cruzado la superficie que no quiere manchar, con maskin, que es esa cinta adhesiva que antes se llamaba scotch y antesísimos paspartú, siempre a prueba de balas, con la que elabora la mascarilla de la obra. Cosa rara ¿no?, sobre todo para quienes defienden la inmediatez de la técnica acuarelistica. Demorarse en una obra aguada ocho, quince días, es casi casi una blasfemia para los puristas y para quienes creen en esa tontería de que la acuarela, como "técnica menor", está bien para hacer apuntes rápidos, paisajes o retratos, pero no para más. Como si la cosa estuviera ahí y no en la forma en que a la técnica se le da dignidad a través de la obra. (Como ustedes notarán, cuando me pongo lúcido e inteligentísimo me pego una confundida del carajo, razón por la cual mejor cambio de párrafo y dejo a los teóricos las teorizaciones, que para eso les pagan a ellos. Ahora he resuelto no dar ganando el sueldo a nadie, qué caray).

Inmerso como está en la naturaleza, no la elude, pero le despoja de lo meramente anecdótico y, por ello, sale de lo convencional y da a la acuarela otra dimensión, le abre cauces mayores que el espectador debe desentrañar con imaginación y sensibilidad.

Hasta cierto punto, las acuarelas están trabajadas serialmente, sin que por ello caigan en lo repetitivo. Toma un tema y lo desarrolla con sus variantes, sin agotarlo. Claro que en ocasiones se larga hacia el abstracto, transgrediendo teorías cromáticas nacidas en las academias; pone -loquisimo- al rojo junto al violeta, en franco contubernio; y, por la forma como maneja los colores, da al traste con la creencia de que el azul junto al verde es pura chagrería.

Y claro, está también la música, que

a Moreno le enloquece hasta más allá de su locura. La música. Así, en genérico. Cualquier música desmorona a Moreno, que no es moreno sino blanquísimo mismo. Igual Bach que los Beatles o el Gato Barbieri, Stravinsky que Julio Jaramillo. Este cuadro que está aquí, me decía, blanquísimo, Moreno, de tan barroco que es podría haber sido pintado por Vivaldi; y, en efecto, ahí estaba un son de verdes, amarillos y violetas resueltos musicalmente por el calibre que el artista da a cada tono.

Y también están los paisajes abiertos, grandes espacios visuales con referencia a la tierra, al agua y al cielo. Y los grises, tratados dosificadamente. Y los colores casi puros.

Todo con mucha fuerza. Esa fuerza

de un hombre que pinta con los riñones, como suelen nombrar a los que sabemos en algunas novelas policíacas púdicas.

Si. Como si todo fuera nada más que un pretexto para componer, a pesar de las obsesiones del artista.

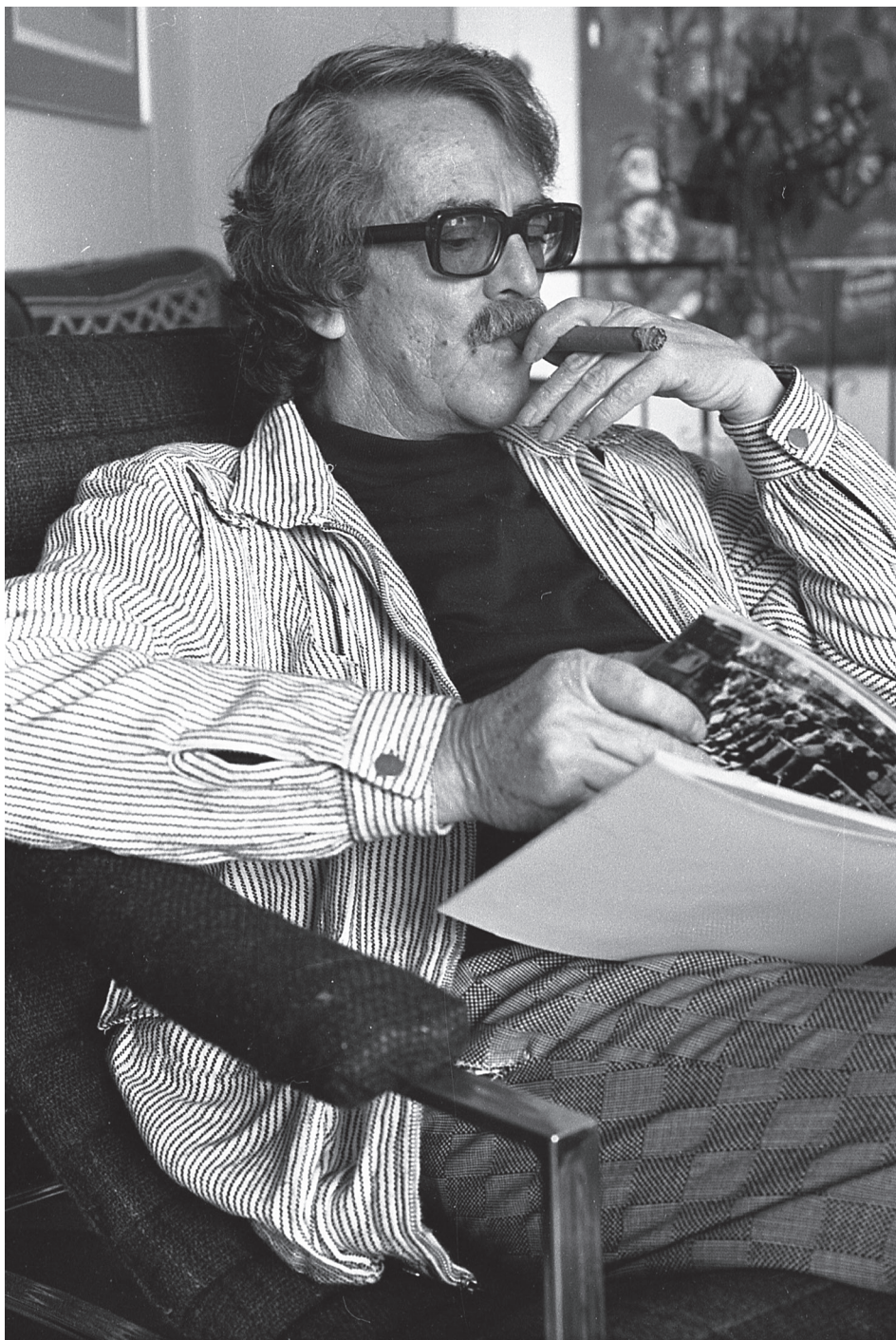
Y la luz. Y la transparencia. Y esas cosas que Moreno las tiene bien aprendidas y mejor aprehendidas y que, por ello, le permiten hacer las cosas que hace. Que todas, son, claro, puras locuras de ese loco lúcido a quien la vox populi le ha señalado como orate. En parte por sus mérito y en parte porque de alguna forma hay que calificar a quien no se detiene en esa ruta creativa por él mismo trazada. Que desconcierta. Y que cuestiona. Y, sobre todo, que invita.



Las locuras de Oswaldo Moreno... Detalle de un afiche con su -imagen-

1. «La locura se moja con color», Francisco Febres Cordero, diario Hoy, c. 1984. Archivo familia Moreno Ortiz.

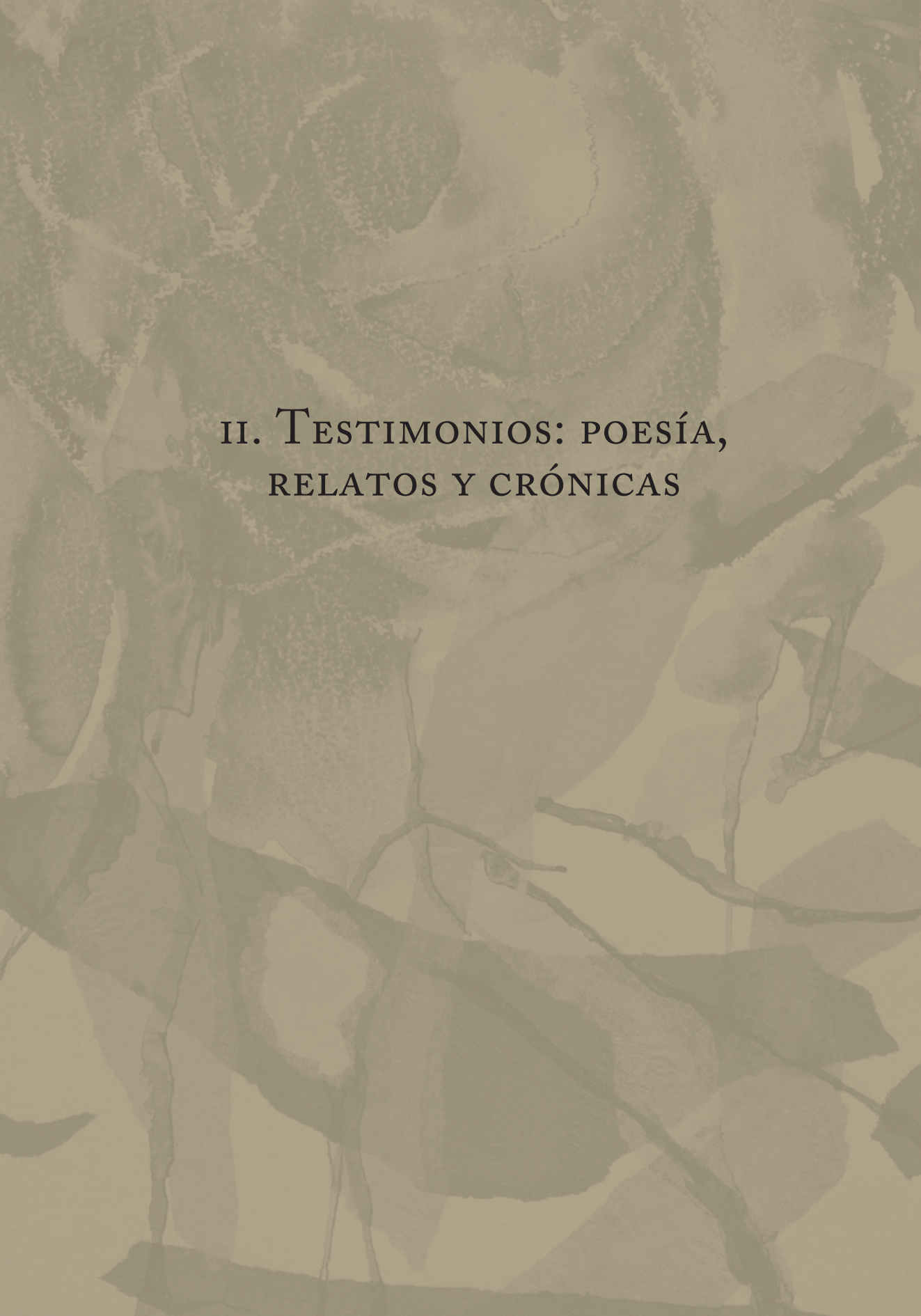
2. Detalle de un afiche elaborado con retratos de Oswaldo Moreno Heredia. «En algún lugar y tiempo del vacío», Javier Ponce Cevallos, diario Hoy, noviembre 19, 1988. Archivo familia Moreno Ortiz.



Oswaldo Moreno Heredia, fotografiado por Rodrigo Zapata, como lo recuerdan muchos de sus amigos y familiares: fumando y leyendo, Quito (Ecuador), c. 1986. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Oswaldo Moreno Heredia, *Formas*, acuarela, 92 x 62 cm, 1995. Museo Casa de las Culturas.



II. TESTIMONIOS: POESÍA, RELATOS Y CRÓNICAS



AUTOBIOGRAFÍA

*Eugenio Moreno Heredia*¹⁴

¹⁴ Poema publicado por primera vez en *Baltra* (1960), con el título «Un hombre»; aparece también en *Nueva Antología (obras publicadas y poemas seleccionados)* (1996) y su segunda edición (1998), como «Autobiografía».

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido (detalle), 1982. Invitación a la muestra individual *Acuarelas y collage*, Quito (Ecuador), Centro de Artes del Colegio de Arquitectos de Pinchincha, marzo 4-19, 1982. Archivo de la familia Moreno Ortiz.



*A mi hermano
Oswaldo Moreno Heredia,
un hombre de verdad.*

Quién era ese hombre que caminó en la noche
con la mirada suplicante
hacia los altos cielos.

Quién era ese hombre en cuyo pecho
golpeaba un mar desesperado
y un desolado corazón.

En esta noche vuelvo,
llevo mi corazón entre las manos
como una llamarada;
siento que vivo al fin
y oigo mis pasos de hombre aquí en la tierra,
mi apasionado caminar de hombre
aquí en la tierra y nada más.

Hombres, hermanos míos
dadme vuestra jornada en parte igual,
dadme vuestra alegría y vuestro llanto
también en parte igual.

Soy de vosotros,
ved mi corazón entre las manos
es una llama apasionada
cerca de vuestro corazón.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Quema* (detalle), mixta, acuarela y *collage* sobre cartulina,
73,5 x 53,5 cm, 1982. Museo Casa de las Culturas.

Dolores, madres mías,
todas iguales,
todas con siete espadas en el pecho,
conozco vuestras manos cargadas de destino,
vuestra respiración cuando en la noche
soñáis al hijo muerto.

Jacobos, mis hermanos,
tengo algo de vosotros:
vuestra manera de mirar al río,
vuestro silencio ante la hoguera,
vuestra humildad frente a la lluvia,
vuestra alegría frente al sol;
como vosotros pienso a veces en la muerte
y amo íntimamente la cosa más cercana,
como vosotros quise a una muchacha
y la recuerdo con una sonrisa,
como vosotros enterré a un muerto,
como vosotros tengo un nombre amado,
como vosotros fui humillado un día,
como vosotros tengo una esperanza,
como vosotros miro al cielo
y pienso en los ausentes.

Como vosotros me alejé y regresé una mañana,
como vosotros una tarde
debo morir Jacobos míos.
Me ignoráis pero os conozco.

Mujeres mías os vi parir,
conozco el lirio con que el hijo
golpea en vuestro rostro
en la mañana de venir.

Hijas mías os conozco también,
he oído subir por vuestra sangre
la primera palabra,
detenerse en el pecho,
temblar en la garganta
y al fin como una flor brotar de vuestros labios
temblorosa bajo el día.

Todo esto es bello;
decirnos «buenos días»,
hablar al fondo de la noche
con el amigo más querido,
beber hasta embriagarnos y cantar de alegría
sabiendo que podría ser por última vez.

Oh, vida mía, vida vuestra,
oh, vida, vida,
llega un momento os digo,
un día, una alborada
en que se siente arder la sangre en torbellino,
desbordarse en las venas,
regarse en el camino,
y goteantes, henchidos, como mares,
plenos como un océano,
como una copa llena,
desearíamos gritar,
nadie sabe que grito
ni a quién ni a dónde,
ni hacia qué destino,
ni hacia qué país,
ni hacia qué hombre,
pero gritar,
María, Pedro, panadero,

labrador, leproso,
venid conmigo,
venid a cantar,
a revolcarnos en la hierba,
como lebreles, como potros,
a frotarnos de gozo sin motivo.

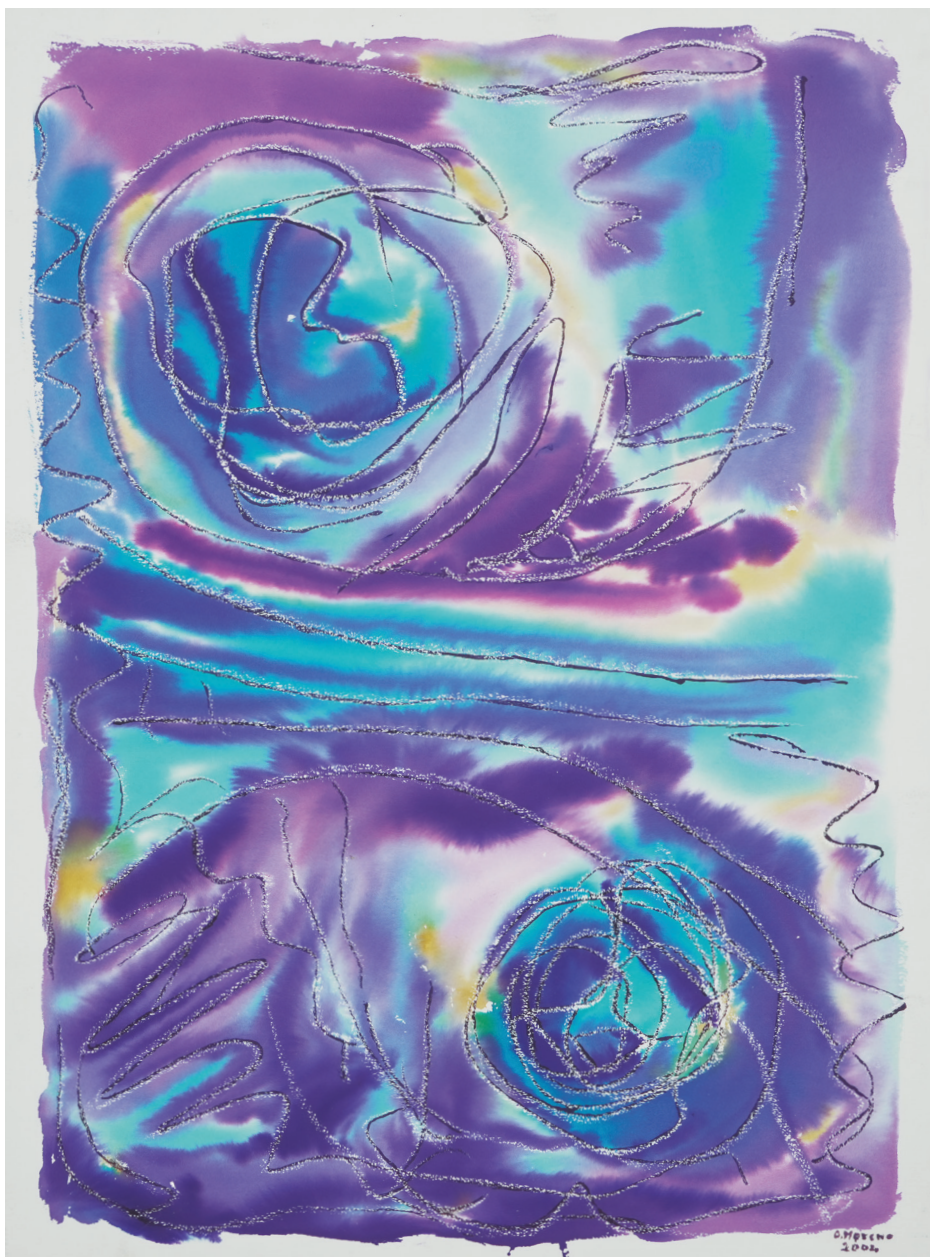
No más preguntas en la noche,
oh, alma mía,
no más invocaciones ni conjuros,
no más herir al corazón,
animal inocente,
con los golpes morados de tristeza.

El sol está una sola vez ante nosotros,
y el amor está una sola vez,
el río está una sola vez ante nosotros
y un bello cuerpo joven y desnudo
está una sola vez,
el árbol está una sola vez ante nosotros
y la estrella temblando fulgurante
está una sola vez,
el amigo está una sola vez ante nosotros
y el acto hermoso de estrechar su mano
es una sola vez,
la vida es una y la vivimos una sola vez.

Todo esto es bello...
ignorar que vivimos
y vivir simplemente,
sentirnos embriagados bajo el día
junto al trino de un pájaro,
a la canción de un niño,
al olor de la tierra cuando llueve,
a todo golpe bello de la vida.

Qué más...

Recostados de espaldas en la tierra
oír y oír y oír
sabernos vivos palpitando,
como la hormiga y el ancho mar
y alegres de haber venido,
esperar.



Oswaldo Moreno Heredia, *Formas*, acuarela sobre papel, 92 x 62 cm, 1995.
Museo Casa de las Culturas.

LA IGUANA VANIDOSA

*Susana Moreno Ortiz*¹⁵

¹⁵ Texto publicado por primera vez en *El caballo viejo y el músico* (1991).



Una familia de iguanas habitaba en un bosque tropical, cerca del mar. A la hija, la menor, le gustaba ir de paseo por la playa, recogía algas marinas y pepitas de tamarindo. De regreso a su casa, se entretenía al mirar a unas niñas que jugaban frente a la bahía.

Se escondía entre unas ramas secas del color de su piel y pasaba muchas horas junto a ellas, quienes nunca notaron su presencia.

La iguana quería vestirse como esas niñas, usar faldas de colores, cintas en la cresta y un cuello de encaje sobre su garganta, en fin, quería ser una niña más.

Una mañana, al no encontrarlas, se deslizó por una buganvilla que daba a la terraza de la casa donde vivían. Al verlas se ocultó entre las hojas amarillentas. Todas ellas estaban sentadas observando en silencio a su tío pintor que, con ligeros movimientos de pincel, robaba a la mañana su luz; a una mariposa, su esplendor; al mar, sus reflejos. Le parecía imposible tanto color y pensó que ella podría cambiar el suyo, verde oscuro, por uno más brillante.

Caminó por una jardinera hasta quedar junto al pintor, llamó su atención haciendo piruetas entre las ramas; luego, posó como una modelo y le pidió que cambiara de color sus escamas, pues, eran opacas. Quería vestirse como toda niña, con trajes alegres y vistosos.

El artista tomó a la iguana y con un pincel de pelo muy fino pintó un vestido rojo de larga cola, cuello de encaje y zapatos azules, medias celestes, guantes blancos, ojeras verdes y un lazo amarillo en la cresta. Al terminar, recibió el aplauso general de todas las niñas, quienes festejaban la hazaña de su tío.

Cuando regresó a la casa, presumida y vanidosa, papá iguana la echó, la creyó una extraña. También mamá iguana dijo: «Esta no es nuestra hija».

La iguana se alejó muy triste, comprendió que los colores que llevaba no reemplazaban el cariño de sus padres.

Se encontraba distante de su hogar y sentía frío. El cielo con gran rapidez se oscureció y pronto llegó una fuerte lluvia que lavó su piel, volviéndola a su color original, entonces, decidió regresar.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Composición mixta*, acuarela a la aguada y tinta sobre cartulina, 54 x 45 cm, 1958. Museo Casa de las Culturas.

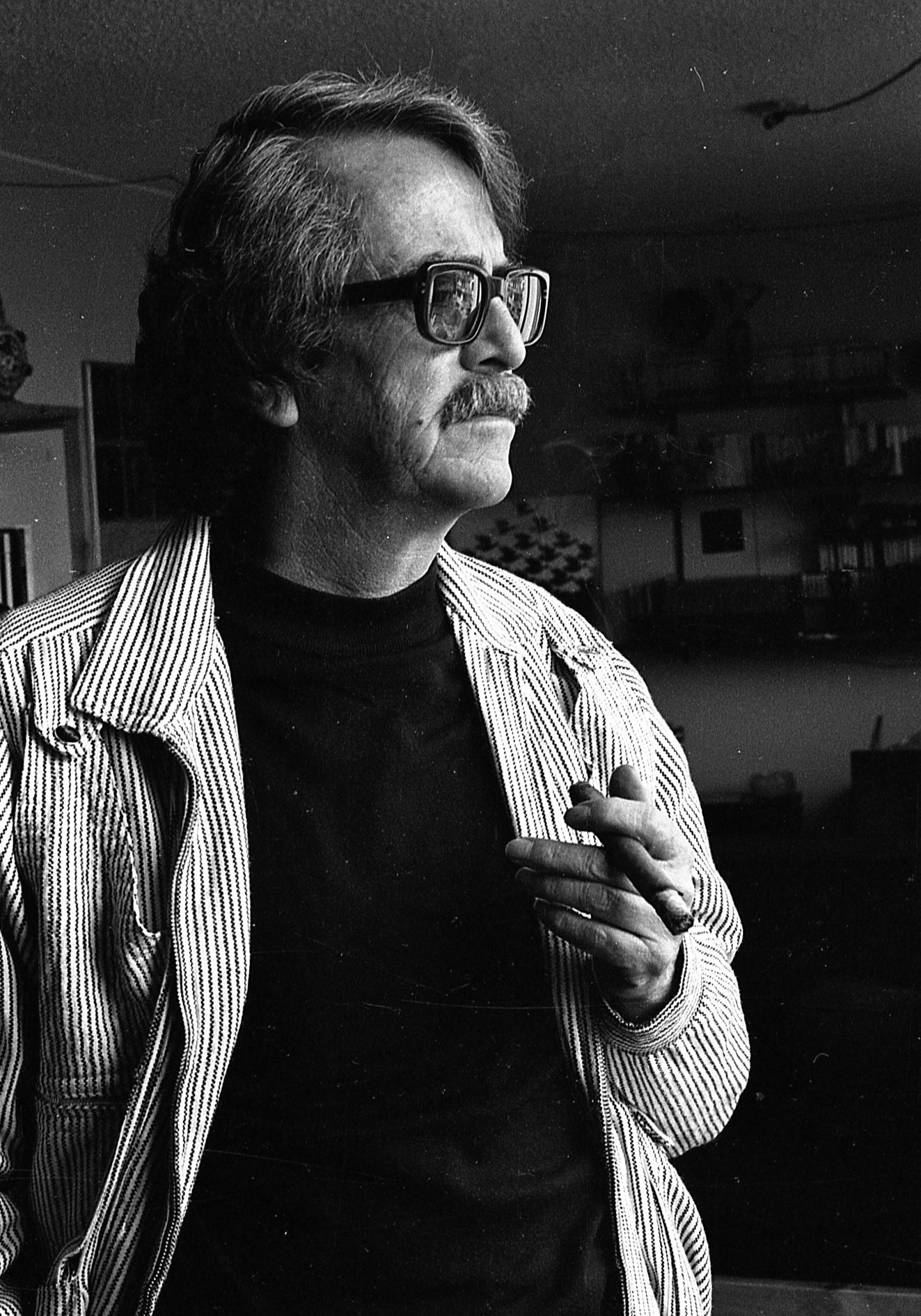
Al llegar, mamá iguana salió a recibirla con cariño y le contó la historia de una iguana feísima que quiso hacerse pasar por ella.

La iguana comprendió con alegría que sus padres la veían linda, sin necesidad de cambiar de color ni vestirse de niña. ¡Ellos la querían así: color de hoja seca!

EL CUADRO

*Sonia Moreno Ortiz*¹⁶

¹⁶Texto publicado por primera vez en *Contares* (1992).



A Oswaldo Moreno Heredia

Me llamó a su lado bajo la sombrilla blanca y me contó de su cuadro: «Ya lo verás, pocos lo entienden, pero te explicaré, es un rezago del pasado, figuras que hacía de niño...».

Y las dibujaba en un papel arrugado con un lápiz de punta motola. Eran diseños mágicos, cada vez que los miraba producían nuevas ideas en mi mente. Él, que tenía fama de duro y extraño, de difícil y huraño, parecía en ese instante un niño solitario. Sus ojos cafés humedecidos miraban con añoranza esas figuras y su voz seguía diciendo: «Cuando llegue el cuadro lo verás».

Luego el silencio cayó entre los dos y con cualquier pretexto se acabó esa confidencia.

Pasaron los días lentos y rápidos se perdieron, fueron nada, el cuadro era solo una obsesión dormida. Levemente recordaba esos trazos que habían cobrado vida, movimiento luego de sus palabras.

El pintor también se fue y quedó solo esa promesa de conocer su obra alguna vez.

Esa ocasión llegó en cualquier mañana. Al mediodía sonó el timbre de la puerta, alguien venía a dejar un paquete grande. Era el cuadro, sesenta y cinco centímetros de largo por sesenta de ancho, su marco de metal negro, delgado con un fondo gris y en ese gris toda una gama de matices entre el negro y el blanco. Allí estaban sumergidos esos dibujos extraños, tenían dos perfiles en una cara a la vez, vino a mi mente el tercer ciclo de Historia del Arte, *Las señoritas de Avignon*. Primero era una figura, luego en diagonal tres, seguidas de cuatro para retornar al uno desolado con sus dos rostros izquierdo-derecho, el ojo al centro y sus crestas disímiles. Todas suspendidas con hilos que corrían en todas las direcciones, sobre diferentes planos de variados matices oscuros. Dispersos había unos círculos blancos, pequeños y unas formas enrolladas simulaban quizás notas musicales encadenadas a un recuerdo.

◀ Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Rodrigo Zapata; Quito, Ecuador; c. 1986.
Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

Era una sola danza de gallos que miraban y venían por todos los caminos. Era un juego de niños: gallos rojos, azules, verdes cantando y observando con su único ojo alegre y travieso. Rezagos de la infancia que perdieron su color. Hoy solo han quedado en el blanco gris de la memoria.

Ahora el mutismo duerme en sus gargantas, figuras estáticas, moviéndose en los sueños, arena que se mueve en los desiertos.



Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, tinta sobre cartulina, 62 x 48 cm, 1988.
Colección privada.

RECUERDOS SOBRE
MI TÍO OSWALDO

Francisco Eugenio Moreno Ortiz



De Oswaldo Moreno Heredia guardo grandes y hermosos recuerdos que van más allá del aprecio, respeto e incluso admiración que, como persona y artista, despierta en mí, después de mi padre, su hermano Eugenio, gran poeta, recordado y amado por quienes lo conocieron.

Conservo en fotos los regalos que me hizo cuando tenía poco más de un año, agradezco estas evidencias plasmadas en el tiempo. El tío construyó un hermoso velero de balsa, mucho más grande que yo, en las fotos aparece junto a mí; entonces yo tenía un gorrito de marinero, para lucir en la playa de Bahía de Caráquez, donde vivimos por algunos años. Él acudió a visitarnos, fue como una despedida, antes de su partida a Italia, Florencia, por una beca. Sin embargo, mi adiós fue muy fragante, ya que, por su falta de experiencia con niños, después de tomar un biberón, me lanzó al aire, con dulces y alegres palabras de amor, y yo, con igual generosidad, devolví todo lo que había ingerido encima de él. Oswaldo reaccionó lanzándome a la cama más cercana con gritos estridentes, lo que no era para menos, porque yo era el primer niño que le había vomitado.

El tiempo continuaba su marcha sin prisa, cuando cumplí 4 años, retornó de sus estudios en Florencia y Roma, era el año de 1961. A mi memoria vienen los recuerdos de aquella locura por su llegada, el tema de conversación en la familia por mucho tiempo fue el retorno del alegre tío Oswaldo, el gran artista y el hermano más querido por mi padre y por todos en la familia. El tío llegó a un pequeño departamento de la casa de mi abuela Dolores Heredia, quien lo consentía con exceso de amor. Rememoro que su hogar y taller de arte, a la vez, era pequeño, pero armónico en el uso de su espacio, con sus cosas y recuerdos de Italia, sus pinceles, brochas, cuadros, telas y los marcos que sobresalían; estos llamaban siempre nuestra atención, la de mi primo Miguel López y la mía, durante nuestras visitas. En la casa había una fragancia a los quesos raros que él trajo. Llamaba la atención en especial el queso que andaba solo y se movía, este tenía que estar cubierto, porque se podía caer. Oswaldo comía pedazos pequeños de él. Debido a la curiosidad, sus visitantes le solicitamos que se comiera los «gusanos» que estaban en ese queso y así lo hizo, cortó un pedazo ínfimo, lo

◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Pueblito Florero (bifacial)* (detalle), acuarela aguada sobre cartulina, 50 x 37,5 cm, 1953. Museo Casa de las Culturas.

pinchó para llevárselo a la boca y, ante la sorpresa de todos —yo tenía la boca bien abierta—, me introdujo un trozo. Yo grité, lloré, corrí hacia mis padres y vomité. Ese sabor se quedó en mi boca, pero, a pesar de todo, al final terminó por agradarme ese queso y, luego, fui el único sobrino que comía con él los «gusanos», como los llamábamos.

Al poco tiempo, durante la fiesta de los Inocentes, con arte y habilidad nos disfrazó a Miguel y a mí, para ello usó pieles de tigrillo, cachos de venado y plumas. Así salimos a la calle y, cuando nos veían, todo el mundo reía y aplaudía, porque no éramos los típicos niños con máscaras de payaso, santo, monstruo o bruja. Mi primo y yo hicimos historia, porque fuimos la primera exposición andante del artista Oswaldo Moreno.

Luego pasaron los años y me pedía que lo acompañe a realizar sus quehaceres y a caminar por las calles. Hablamos de tantas cosas y, así, fui conociendo su carácter y también forjando el mío, aquel carácter típico de los artistas Moreno, así como su locura, por lo llamativo o extraño.

Tengo tantos recuerdos de cuando mi tío, mi padre y otros amigos suyos cavaron un hueco de tres metros en la cocina de mi abuela, para buscar el entierro de Huayna Cápac, tomando chicha y sin permitir que ingrese ninguna mujer, porque podría huir el tesoro. Al final, eso fue lo que pasó: una noche en que entró la cocinera, entre ruidos y luces, desapareció el mayor tesoro de los incas, así lo imaginé en mi mente infantil.

Cómo olvidar sus logros artísticos, sus exposiciones en venta y los sueños que eso provocaba en las mentes de su madre y hermanos, pero todo ese dineral se acababa en dos o tres noches de festejos con amigos, colegas y talleristas. Después, tenía que acudir a la familia para solventar gastos y se reía de los locos sueños familiares.

Uno de los últimos recuerdos —uno doloroso, por cierto— que tengo es el del día de la muerte de la matrona familiar, Dolores Heredia. Entonces él vivía en Quito, así que vino en avión y, con su carácter efusivo y artístico, fue el más dolido, el que más hablaba y lloraba; no quería ver a nadie. Recuerdo que abusó del alcohol y se emborrachó, así que mi padre me pidió que lo acompañara a la casa de Juan Valdano y de su esposa, mi prima Clara López. Esa noche siguió llorando y bebiendo. Cuando era tarde lo llevé a la cama, él me pidió: «Quédate conmigo, me siento solo». Entonces, me abrazó y nos venció el sueño. No sé

cuánto tiempo transcurrió, pero me desperté con un fuerte movimiento. Había ocurrido un terremoto en Perú, así que intenté levantar a mi tío, quien aún no despertaba. Cuando abrió los ojos, me abrazó otra vez y me dijo: «Mejor nos vamos con mi madre». Justo ese día, el de la muerte de la abuela, hubo un temblor, un aguacero y una granizada terrible que se grabaron en mi mente. En los instantes del sismo, yo sentí que la casa me caía encima y no recuerdo más, hasta ya entrada la mañana, cuando vi el tumbado sobre nosotros. Por esto me quedó un trauma ocasionado por los temblores. Cuando ocurrían yo no pensaba en nada, solo quería correr. Hace poco tiempo, ocurrió el sismo que destruyó Manabí, donde está mi hogar, ese suceso hizo que me hundiera en un problema psicológico fuerte.

El último recuerdo que relataré sucedió en Quito, cuando terminé la carrera de Medicina. Entonces, con unos amigos de Cuenca y otros de Colombia, empezamos a festejar. Nos faltó el dinero, así que, abusando de su generosidad y de su cariño, llegué a su departamento. Cuando timbré, él salió y le expliqué que andaba con siete amigos y que queríamos festejar, pero no teníamos ya más dinero. Él me dijo: «Entren y cojan lo que quieran, pero no abusen». Nosotros entramos y nos quedamos con los ojos como platos por la calidad y variedad de botellas; con vanidad pedí a mis amigos que escogieran lo que tomaríamos. Antes, mi tío me había advertido que no tomara de una botella en especial, pero, por lo emocionado que estaba, olvidé cuál era. Después de inspeccionar las opciones, un amigo exclamó: «Esta es la mejor y es carísima». Entonces, yo, con aires de grandeza, serví varias copas. El más avezado la tomó en un solo sorbo, pero en seguida escupió lo ingerido y, con mala cara, explicó que era muy fuerte. Yo probé lo que estaba en la copa y asentí. La noche prosiguió y los demás se durmieron por el cansancio y el licor. Al día siguiente, mi tío fue a vernos. Entonces, asustado me sacudió para despertarme y dijo: «Te advertí que no tomaras de esta botella, ¡es alcohol industrial para limpiar las brochas!». En ese momento, mis amigos y yo casi morimos del susto. Ese día, sin duda, Dios nos ayudó.

Septiembre, 2022



Francisco Eugenio Moreno Ortiz y su madre Rosalía Ortiz Tamariz junto al velero que Oswaldo fabricó, Bahía de Caráquez (Ecuador), 1958. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

PICO DE ORO

Fausto López Moreno



Con espontánea emoción, acepté contar alguna anécdota sobre mi tío Oswaldo Moreno Heredia.

En el año 1979, cuando cursaba el internado rotativo, previo a obtener el título de médico, generosamente y por alguna empatía, acepté vivir en la casa de Oswaldo, en la ciudad de Quito. Considero necesario y justo deber reconocer que mi tío era una persona inteligente, con hiperestesia, como él reconocía, aunque yo le decía que era un neurasténico y, por lo tanto, debía sentirse orgulloso, por ser diferente al común de los humanos.

Oswaldo siempre realizaba actos y cosas geniales. Aunque, siempre me escuchaba, también me insultaba con cariño y con respeto. Pienso en tantas historias y anécdotas, pero, cuando me refiero a él, quiero exaltar la riqueza de su lenguaje: siempre tomaba la oportunidad para un *carajo* y lo enunciaba con maestría. Por ello, algunos amigos decían que tenía un «pico de oro». En fin, yo le decía: «Tío, eres muy jodido».

Oswaldo era estoico para todo en la vida y estaba orgulloso de ser cuencano, por la belleza del entorno de la ciudad y, de manera especial, por las comidas tradicionales. Cuando se refería a los pintores, decía que era mandatorio estudiar con seriedad, como él hizo en Italia. En lo personal, lo considero un investigador, como pocos, de las diferentes técnicas y temas del arte. Fue así que trabajó en cobre, pintó muchísimo en acuarela —de la que fue un verdadero maestro—, usó el rodillo o experimentó con el *collage*.

Una de las tantas anécdotas que recuerdo trata sobre una borrachera entre mis tíos Rodrigo y Oswaldo en Bahía de Caráquez, ciudad a la que tanto amó. Sí, se pusieron a beber un vino y otro vino. Luego, en la madrugada, comenzó una discusión sobre música y política. Durante la charla, Oswaldo se sulfuró y salió de la casa. Yo lo acompañé hasta el muelle, donde compró una carísima botella de coñac, él llevaba cigarros con aroma igualmente finos. Después, contrató una pequeña embarcación y fuimos a navegar a San Vicente. Con el clarear de la mañana, regresó a la casa de su hermano, o sea, de mi otro tío. Le saludó muy cordial, le dio un abrazo, le pidió una disculpa y que le permitiera escuchar su música favorita: Mahler. Así, logró dormir hasta la tarde, para seguir en compañía de su familia.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido (detalle), óleo sobre lienzo, 57 x 65 cm, c. 1950. Colección privada.



Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Rodrigo Zapata mientras mira la invitación de una de sus muestras, Quito (Ecuador), c. 1986. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.

ESA TARDE APACIBLE,
EL SILENCIO

Sonia Moreno Ortiz



Papá nos había advertido que en la visita a nuestra abuela Lola, en ese domingo, estuviéramos en silencio, sin las correrías y bullicios propios de nuestras edades; todos —en ese entonces, seis hermanos—, aún éramos pequeños y nos encantaba ir a la casa de El Rosal, donde ellos vivían. Apenas casi entrábamos, luego de saludar a los familiares, solíamos correr al huerto, había una pileta de agua empozada, alrededor de ella se oía el croar de las ranas. Los árboles de reinaclaudias, de capulí, cuyas ramas caían hacia el suelo, eran nuestra debilidad. Se percibía un nítido aroma de rosas y de nardos, toda esa música de hojas secas bajo nuestras pisadas nos causaba gran regocijo. Me sentía en un mundo distinto al de la casa donde vivíamos en el centro de la ciudad. El hogar de nuestra abuela estaba frente al río Tomebamba, en el antiguo barrio de El Vergel.

Pero esa tarde debíamos estar en silencio, respetar el dolor del tío Oswaldo, quien estaba de duelo, sentado en una butaca en la parte lateral del patio enladrillado, recibía el sol de la tarde, a su lado yacían sus dos perros grandes y oscuros que también reflejaban la tristeza y el intenso dolor de su amo. Cuando ingresamos al patio, ninguno de ellos alzó la vista. El día de ayer había fallecido su novia de una manera trágica, se había suicidado por problemas ajenos a su relación. Todos estábamos consternados, la usual alegría de los domingos quedó solapada; nadie sabía qué decir, solo papá se acercó a su lado y estuvieron callados con las cabezas bajas, en esa apacible tarde de sol.

Ese dolor agudo posiblemente marcó la vida sentimental del tío Oswaldo, además de la muerte de su padre en su infancia y años después de Soledad, su hermana. Ahora ella, su amada, con quien platicaba de tantos temas comunes a los dos, con quien se sentía acompañado, cuyas suaves manos acariciaba, sintiendo su calor entre las suyas. Nunca más la vería entrar a su casa a sentarse juntos a platicar de la vida, de sus planes futuros, de sus cuadros, de sus nostalgias recónditas. Solo había quedado el hueco enorme del silencio sin la vibración de su voz ni de su mirada que tanta calma le daba. Las palabras eran vanas para expresar su ausencia.

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido (detalle), acuarela sobre cartulina, 68 x 48 cm, 1985. Colección privada.

Ahora, él solo caminaría por la vida con el recuerdo desvanecido de ella; su única pasión adherida a su ser, la pintura, el arte, lo acompañaría.

Hoy visualizo su mirada huérfana, una actitud hermética que subyacía tras su vigorosa personalidad, ocultaba un vacío que quizás nadie pobló, sino solo la infinita dimensión del color, sus tintas y matices.

Septiembre, 2022

LOS DOS HERMANOS

*Marco Antonio Rodríguez*¹⁷

¹⁷ Este fue texto publicado por primera vez en el diario El Comercio (2019), la versión que se presenta en esta publicación está actualizada y contiene ediciones realizadas por el autor.



NO reconoceremos
un Estado que no
reconozca nuestros
DEFECHOS

«Mi padre fue un hombre de una dimensión tal como para que los gusanos lo olviden», truen la voz de Oswaldo Moreno Heredia, alquimista sabio de nuestras artes visuales, solitario y relegado, lo mismo que su hermano Eugenio, el poeta. Oswaldo se refería a Alfonso Moreno Mora, padre de los dos, figura relevante del modernismo ecuatoriano. Ateo Oswaldo, libre pensador Alfonso y Eugenio creía en la existencia de un Ser Supremo al margen de cultos externos. Los tres eran altivos, soberbios, distantes; los tres dejaron un legado excepcional en nuestra cultura; los tres yacen cubiertos por el más ignominioso olvido.

A través de la mirada brumosa de Oswaldo, veo a Eugenio en varios ciclos de su vida. Desde niño: vigoroso, zumbón, mofándose del futuro artista: pintor, frágil, hipocondríaco, escurridizo. Los dos tratando de rehusar la leyenda que cubrió a su padre luego de la salida de su casa, para no volver nunca más. Los tañidos lóbregos de la iglesia de Santo Domingo de Cuenca y las cortinas funéreas en casa de los Moreno Heredia perturbaron siempre la memoria de Oswaldo: «Estoy seguro de que en el Oso ocurrió algo idéntico», decía musitando el sobrenombre de su hermano.

La imagen difusa y doliente del padre devino en ícono de los dos hermanos.

Padre de ayer / hoy hermano ya ido al que contemplo / con dos lágrimas duras de pedernal quemado / girando entre las trombas de la muerte, / extendiendo la mano / en vano, / sin sentido, / buscando una caricia por el viento (Moreno Heredia, 2005, p. 261)

dirá Eugenio. Y Oswaldo, ciego, en los tramos finales de su vida, pintando con sus manos, buscando en las formas que iba erigiendo sobre el lienzo a su padre.

Eugenio, autor de *Baltra* (1960) y *Ecuador, padre nuestro* (1968), poemarios claves de su generación, llevaba en su levita poemas de su autoría; de pronto, en cualquier reunión, imponente, gallardo, declamaba: «quiero una palabra, / nada más, / quiero [...] / una vicuña de ojos melancólicos, / un poyo en el crepúsculo, / un poco de maíz entre mis manos / contra mi corazón, / una palabra nada más» (Moreno Heredia, 2005, p. 85). «Yo volveré venciendo la noche de mi muerte, / me hallarás en tu voz, en tu tacto, en tu aire, / en el agua que bebas» (Moreno Heredia, 2005, p. 43).

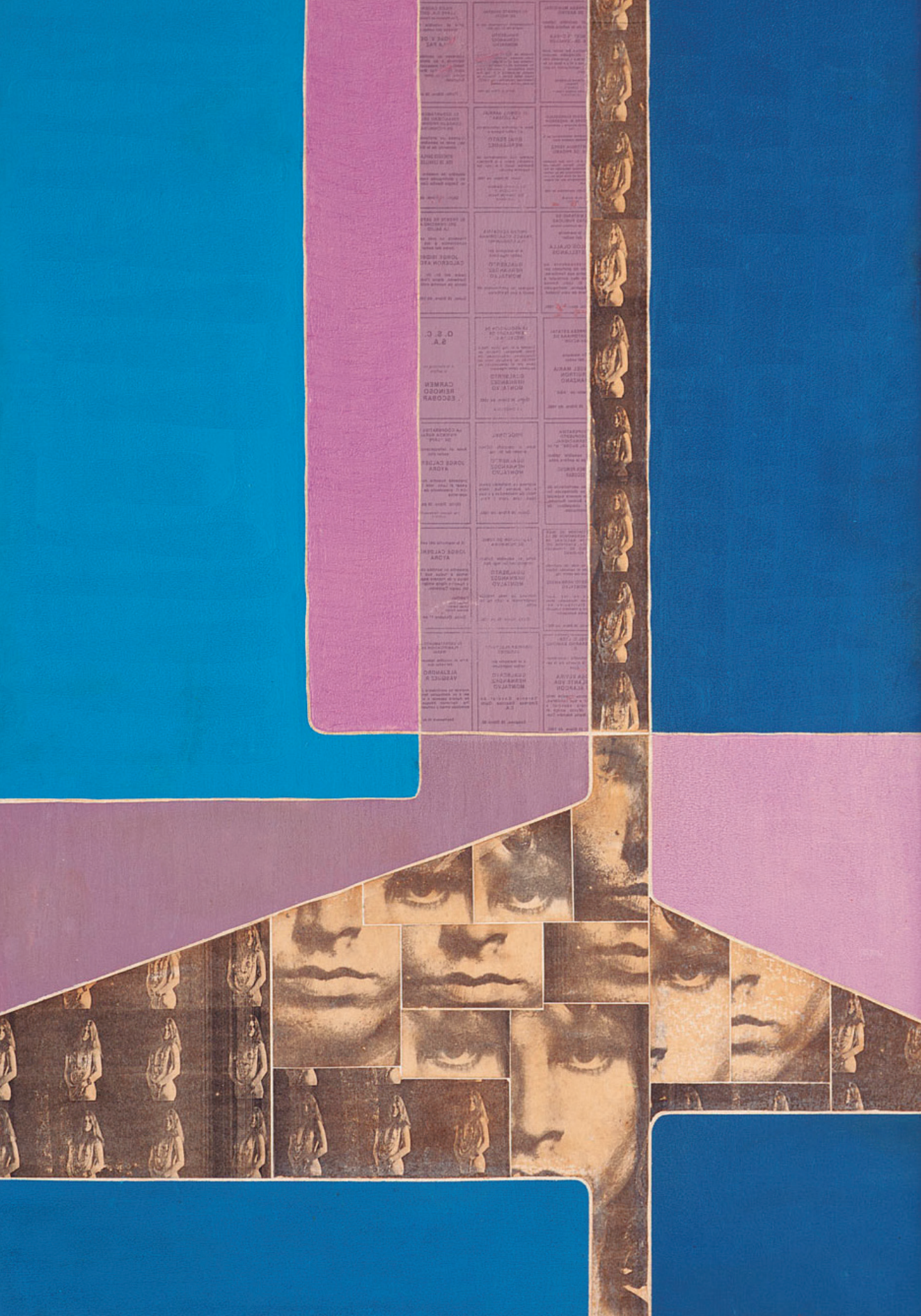
◀ Oswaldo Moreno Heredia, *Nuestros derechos* (detalle), collage, 122 x 90 cm, 2000. Colección privada.

Oswaldo siempre experimentó: escultura en chatarra, artesanías de repujado y labrado con cobre, tintas con improntas de fina composición geometrizable o vigorosas estampaciones primitivistas. Ejercicios lúdicos por los que fluye perenne la música, matriz de su creación visual.

Sus series de *collages*, colmados de perfección. La del siglo xx, testimonio soberbio de veinte piezas que pueden lucir en cualquier museo del mundo. Oswaldo murió ciego y pobre. Antes, a su pedido, un sobrino médico había accedido a que se le practicara la eutanasia a Eugenio, sin conocimiento de su esposa Rosalía y sus hijos. «Un hombre que rebasó la vida con su poesía no podía seguir hecho un despojo», sentenciaba Oswaldo. La muerte se le adelantó al ritual. Los dos —imponentes, invictos— seguirán repitiendo: «Por muy grande que sea el frío de tu ser. / Por ardiente que sea la helada de nuestra intimidad. / Vida, yo hablo de ti, y te abrazo / En el acto de conocerte y nombrarte».

UNA EVOCACIÓN SOBRE
OSWALDO MORENO HEREDIA

Fernando Moreno Ortiz



Uno de los grandes recuerdos que guardo de mi tío Oswaldo —vida plena del artista total— es de cuando, en Quito, por sus gestiones, la Comisión Permanente de Conmemoraciones Cívicas publicó las *Poesías Completas* (2002) de Alfonso Moreno Mora, poeta mayor del modernismo ecuatoriano que la crítica identifica también como posmodernista. Mi tío trajo a Cuenca la primicia y la dio primero a nosotros. Su aprecio tenía la visión de lo invisible, lo inmaterial, el trasunto de los Moreno, la fe, la palabra que avanza por el tiempo, la llama inagotable que llevábamos como bandera.

Su generosidad —rostro interiorizado de su alma—, su carácter vivo, sus soledades de artista y su altura intelectual y creadora, a veces, enrarecían la comunicación; entonces había que abrir la puerta, acceder al interior.

La herencia de la que habla mi padre, Eugenio Moreno Heredia (1990, pp. 3-54), en su maravilloso estudio biográfico de Alfonso Moreno Mora, cuando describe a sus abuelos respirando el ambiente de la tierra ancestral, luchando contra su dureza y prodigalidad, se expresaba en caracteres estoicos, distantes, cerrados como sus moradas conventuales de espesos muros y escasas ventanas que esconden, en su interior, el privilegio de la luz.

El tío Oswaldo llevaba la impronta, la grandeza del artista puro, total, temperamental, abstraído en su espíritu, pero sibarita existencial. Le gustaba lo bueno de la vida: los vinos, el tabaco de calidad que desprendía exquisito olor de sus pipas, la gastronomía refinada, los libros, la música.

Su elegancia era proverbial en su juventud. Recuerdo que, cuando yo era estudiante en el Benigno, de cuarto o quinto curso —en ese entonces del diversificado— y tenía dieciséis o diecisiete años, estaba a la entrada del colegio con algunos compañeros cuando lo vi llegar. Él caminaba absorto sin ver y pasó por entre nosotros. En mi interior, yo dije: «Hola, tío», pero, ante mis compañeros, guardé silencio, por la timidez de la primera juventud. Él parecía un extranjero, con su traje impecable, y no un paisano nuestro.

Recuerdo también cuando hacía sus exposiciones en Cuenca, estas eran como los recitales o lanzamiento de libros de los poetas del Elan, todo un acontecimiento. En una de ellas, trajo los rostros del rock, del jazz, del arte en

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, transposición gráfica y técnica mixta sobre madera, 120 x 90 cm, 1980. Colección privada.

collages vivos. Yo aún iba por ese mundo descubriendo la música; él ya estaba de vuelta, era más joven que nosotros. Había *collages* de Jim Morrison, Bob Marley o los viejos héroes del jazz, algunos de los que habitan en las páginas de *Rayuela*. Alguna vez le regaló a papá una colección entera de elepés. En ella había de todo, música del Medio Oriente, de Beethoven y de otros grandes compositores o cantautores como Piero.

Una vez tuve la suerte de visitarle en Quito, su lugar de residencia. Tal vez llevé algo de lo que escribía para mostrárselo. Él consideraba cabalmente mis primeros trabajos con la palabra y me animaba. Alguna vez quiso ayudarme para publicar en esa ciudad, bajo la guarda de su gran amigo, Marco Antonio Rodríguez. Yo, creo, vivía una época de silencio y olvido, pero encontrado en la palabra. No mostré mayor deseo o ambición: guardaba, reposaba la obra; iba, volvía, en permanente escribir. Entonces no resultó aquello. El tío acogió mi trabajo; vislumbraba en el tiempo.

Me quedan en la memoria, además, alguna anécdota que relató sobre sus vivencias con los grandes artistas ecuatorianos, en Quito, o cuando era un estudiante de arte, en Italia; así como la nostalgia —igual que nuestro abuelo poeta— de no haber vuelto nunca a pisar la tierra de los ancestros, la que en él se confundía con su iracundia.

Mi padre y él fueron pilares e hitos de admiración en mi existencia y formación creativa, cada uno, con su temperamento, eran faros que iluminaron mi rumbo y destino. «Autobiografía», poema de papá, está dedicado al tío Oswaldo, también evoca a uno de sus amigos hermanos, Jacobo Aguilar, quien desapareció tempranamente, y expresa su inconmensurable amor universal. Transcribo unas estrofas del poema citado:

Quién era ese hombre que caminó en la noche
con la mirada suplicante
hacia los altos cielos.

Quién era ese hombre en cuyo pecho
golpeaba un mar desesperado
y un desolado corazón.

II. TESTIMONIOS: POESÍA, RELATOS Y CRÓNICAS

En esta noche vuelvo,
llevo mi corazón entre las manos
como una llamarada;
siento que vivo al fin
y oigo mis pasos de hombre aquí en la tierra,
mi apasionado caminar de hombre
aquí en la tierra y nada más.
(Moreno Heredia, 2005, p. 96)

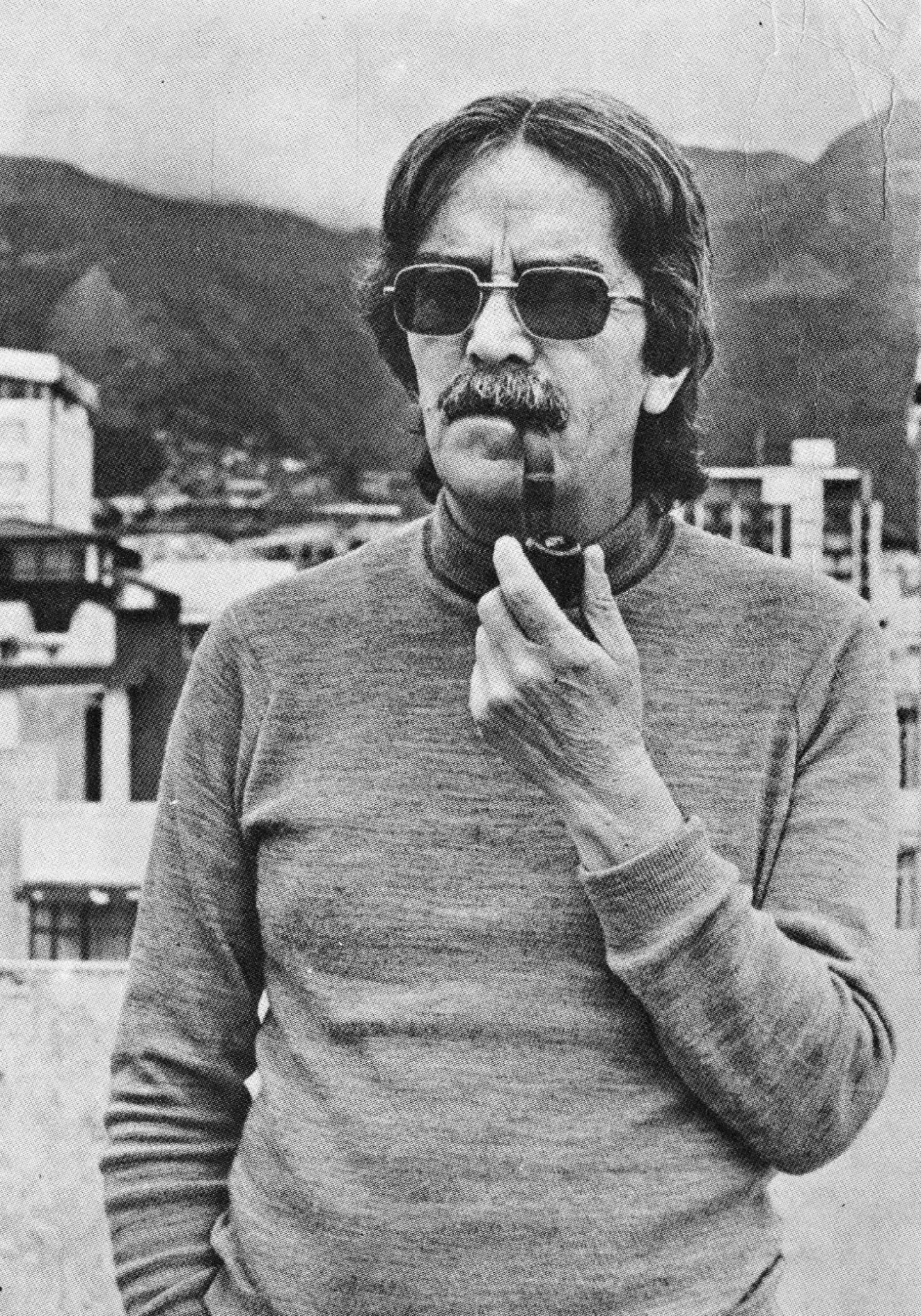
Agosto, 2022



Oswaldo Moreno Heredia, *Paisaje urbano*, acuarela sobre cartulina, 35 x 48 cm, 1953.
Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

EL FOTÓGRAFO Y LA CÁMARA RUSA

Rodrigo Zapata



Yo nací en el campo, en Mulaló, un pueblo que está en la provincia de Cotopaxi. Cuando terminé la primaria, fui a Quito, ahí vivía con una tía. Para sostenerme y poder estudiar, tenía que trabajar en el día. Mi trabajo consistía en vender escobas en los barrios residenciales. Una vez llegué al barrio La Gasca y me llamó la atención una casa esquinera blanca, con unos hermosos jardines. Había tres perros que, hoy sé, son de la raza *pointer*. Me acerqué para descansar en la acera, debajo de unos árboles. En ese momento salió un señor y me preguntó por las escobas, no le gustaron y me dijo: «Yo necesito un cepillo muy especial para abrillantar los pisos, uno que esté bien pintado». Le dije que podía hacerlo yo mismo. Así que, al volver a casa, pinté de color celeste uno de los cepillos. Llegué al siguiente día, cerca del almuerzo y se lo entregué. El señor me pidió que entrara a la casa, recuerdo que tenía unos empleados que trabajaban en un taller con metales, una señora que le cocinaba y los perros que ya conocía. Cuando ingresé, escuché una música que me conmovió, en ese momento no lo sabía, pero era *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Él me preguntó:

—¿Te gusta esa música?

—Sí —le respondí.

—Tienes mucha sensibilidad.

Después, me hizo pasar a la sala, donde había estado fumando de una de sus pipas. Yo nunca había entrado en una casa así, con tanto detalle, cuadros, colecciones de libros y todo lo demás. Me pidió que me sentara y se presentó, se llamaba Oswaldo Moreno y era pintor. Me dio un jugo y, después, me invitó a almorzar con él en su mesa. Recuerdo que me dio una comida tan potente que me quedé como desmayado. Fue una cosa impresionante. Ese día, me propuso que trabajara para él. Yo tenía quince años. También, me preguntó por mis padres, yo le conté que no tenía y que vivía con una tía. Entonces me dijo que me esperaba al otro día con mis tíos.

Al siguiente día, fuimos a su casa. Oswaldo les pidió a mis tíos que me dejaran trabajar con él en el día, así yo podría estudiar en la noche. Ellos aceptaron y les explicó que mis labores consistirían en dar la comida a los perros y hacer agua aromática para la noche —a él le gustaba una jarra de agua de manzanilla—, aparte de ayudar en el taller, lo que implicaba: limpiar los pinceles y estar pendiente de los empleados, su horario y trabajo.

◀ Oswaldo Moreno Heredia retratado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), 1983. Invitación a su muestra individual de acuarelas, Quito (Ecuador), La Galería, junio 29, 1983. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

Oswaldo era profesor en la Facultad de Arquitectura y en la de Artes de la Universidad Central. Aparte, en su casa, tenía un estudio para pintar y pintaba todos los días. Además, tenía un taller de metales donde trabajaba el cobre, el hierro y el acero. En ese taller, tenía cuatro empleados. Yo trabajaba ahí con ellos y vivía en la casa de Oswaldo, nos acompañábamos y apoyábamos en lo que cada uno podía, él siempre estaba pendiente de mí.

Después de un tiempo, Oswaldo me comentó que no le parecía apropiado que estudiara en la noche. Entonces yo asistía al Instituto Mejía y tenía compañeros de treinta años. Él me propuso que estudiara en el día y me ayudó a gestionar un crédito educativo con el que pude matricularme en el Normal Juan Montalvo, que estaba cerca de la casa. Allí rendí mucho más académicamente y continué trabajando. En las tardes, siempre acompañaba a Oswaldo a la Facultad de Artes, donde daba clases de pintura. Debido a que sufría de la columna, yo le ayudaba a cargar los materiales y a templar los lienzos. Con el tiempo, también aprendí a combinar colores.

Un día, en el taller de Oswaldo, encontré una cámara fotográfica rusa, marca Zenit, y comencé a jugar con ella. Cuando él vio que estaba interesado en su funcionamiento, me enseñó a usarla y empecé a tomarle fotos. Le hice algunos retratos y esperé ansioso, mientras se revelaban los negativos. Cuando Oswaldo vio los resultados y mis aptitudes, me pidió que no fuera docente, sino que me dedicara al arte. Así que cuando llegué al cuarto curso, entré a un colegio de artes plásticas. Allí aprendí grabado, pintura y diseño, y con esos conocimientos empecé a armar los audiovisuales para las clases de Oswaldo.

En 1968, cuando vivíamos en el barrio Miraflores, Oswaldo y sus amigos —diseñadores, pintores, ceramistas, músicos— se reunían siempre los fines de semana en su casa. Como ya había mencionado, la casa tenía muchos objetos interesantes: incluidas obras de arte, una amplia colección de libros y pipas, e incluso un cráneo humano que estaba colocado en la sala. En una ocasión, Oswaldo invitó a sus pupilos pintores. Todos llegaron a las siete y después de un rato ya estaban tomando y comiendo. Luego encendieron la chimenea y conversaron durante horas. Yo los acompañé hasta las once y media, luego me retiré para descansar. Recuerdo que cuando me despedí, ellos estaban avanzados en sus tragos. Aproximadamente a la media noche, escuché gritos eufóricos, cantos y, después, solo un profundo silencio. Me levanté para

ver qué pasaba y cuando llegué a la sala vi que habían organizado una especie de ceremonia: ellos estaban sentados en un círculo y el cráneo estaba en el centro. Luego, sirvieron vino dentro del cráneo y cada uno tomó de ahí, como si fuera una ceremonia indígena de chicha, de esas en la que se bebe y se va pasando la vasija de mano en mano.

Recuerdo también que, por su trabajo, Oswaldo ganaba bien y tenía los recursos económicos necesarios para vivir con comodidad, pero, como le gustaba la bohemia y la buena vida —era un sibarita—, no le alcanzaba el dinero. La verdad es que tampoco le daba mucha importancia al dinero. Una vez me pidió que cambiara un cheque que tenía un valor muy alto en sucres, tanto que, de regreso a la casa, llevé el dinero en una bolsa de papel, de esas grandes que había antes para comprar el pan. Tuve que regresar en taxi, por seguridad. Como Oswaldo siempre tomaba los fines de semana, cuando regresé, él estaba tomando sus *whiskies*, sus vodkas, sus vinos. Yo llegué un poco asustado, por la cantidad de dinero y le reclamé: «Oswaldo, yo fui solo. Regresé solo. Me podían robar». Pensaba que era muy irresponsable de su parte enviarme a mí. Entonces, me dijo: «Tranquilo, ¡bota esa bolsa!». Como yo no lo quise hacer, se levantó, la tomó y la lanzó a una esquina del dormitorio. Después, añadió: «El dinero es una mierda. El dinero sirve para encender las pipas». En ese momento, comenzó a quemar los billetes y con esa llama encendió su pipa. Cuando vi eso pensé que era capaz de usar todo el dinero para encender sus pipas, así que recogí el paquete que estaba en el suelo y lo guardé, lo escondí. Así era Oswaldo.

Con el tiempo, decidió cerrar su taller de metales. Se quejaba por el dolor de la columna. Aunque, se operó, no quedó bien y, como ya no se podía esforzar mucho, yo le ayudaba a llevar los materiales a sus clases. Por esa época, también le acompañaba los fines de semana a pintar en el campo con sus aprendices, entre ellos estaba Miguel Bentancourt, quien hoy también es un pintor exitoso. Oswaldo siempre fue formador y promotor de artistas jóvenes.

Debido a que yo vivía en la casa de Oswaldo, nos volvimos muy cercanos. Él me enseñaba cosas, me contaba historias y escuchaba las mías. No olvido la ocasión en la que me mostró sus brazos. Vi que tenía unas cicatrices y le pregunté qué le había ocurrido. Él me explicó que hacía varios años había intentado cortarse las venas. Le pregunté por qué y me contó sobre María Pozo, una cuencana a quien había amado. Me contó que diseñó unos anillos de compromiso y que

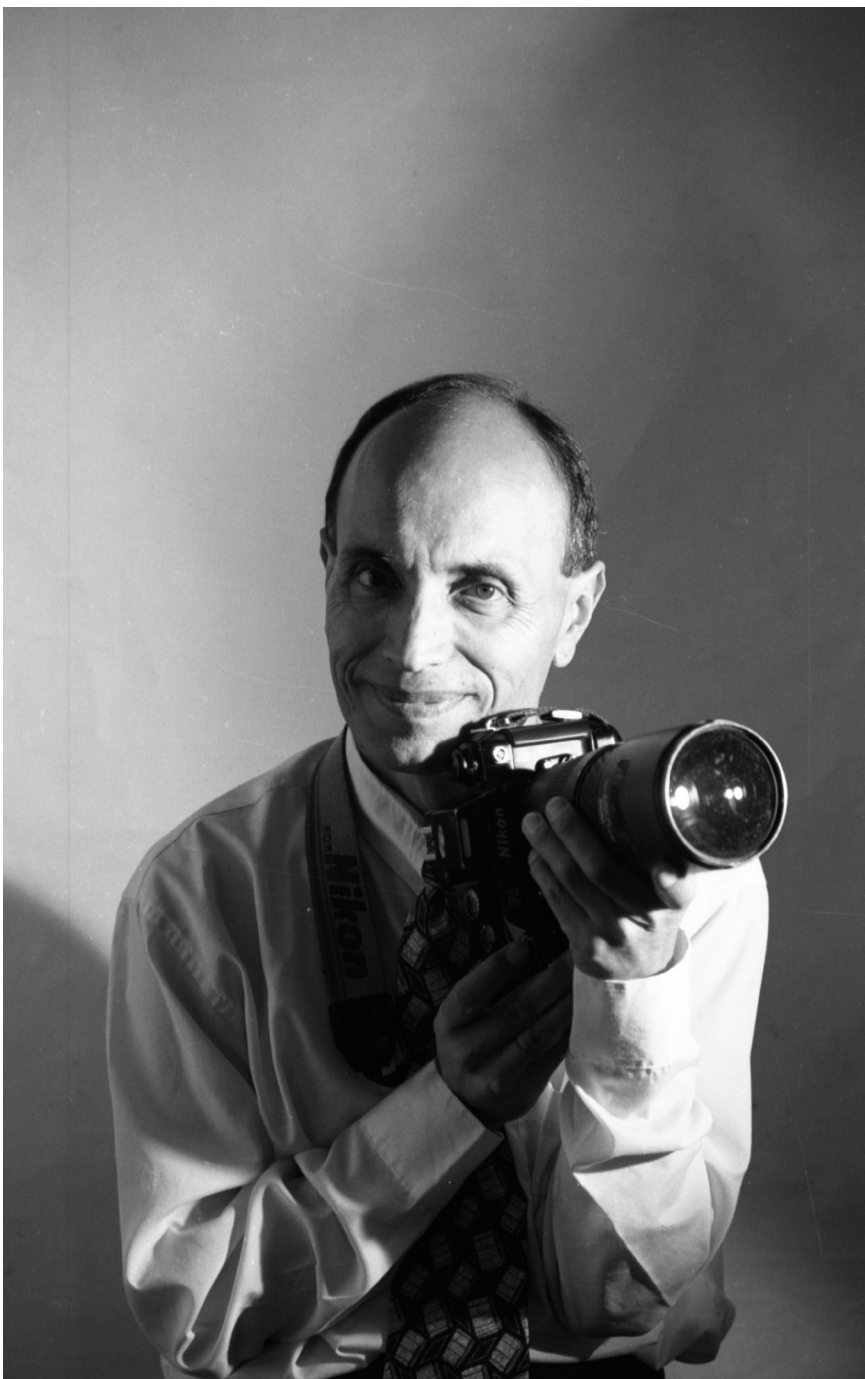
los había mandado a hacer en Florencia o en algún lugar de Europa. Ellos se iban a casar, pero eso no ocurrió, aunque él la quería mucho. Esa era su mayor decepción, siempre que estaba ebrio lloraba por ella, lloraba. De verdad la quería mucho, por eso no tuvo una mujer estable, una mujer como para casarse. Tenía mujeres de paso y, al final, se quedó solo.

Oswaldo siempre me trató con respeto y consideración, me hizo sentir como si fuera su hijo de crianza; digo esto porque, a los pocos días de instalarme en la casa de Oswaldo, conocí a su hermano mayor Cornelio, su esposa Lolita y sus hijos. Desde entonces, íbamos a almorzar con ellos todos los domingos. Luego, al año, nos fuimos a Bahía de Caráquez y conocí a su hermano Rodrigo, su esposa Rebequita, sus hijos Mauricio, Pablo y Juan. También fuimos a Cuenca, llegamos a la casa de su madre Lolita y su hermana Teresita. Conocí a su hermana mayor Lucía y a sus hijos, conocí a su hermano Eugenio y su esposa Rosalía. Conocí a toda la familia, excepto a Teodoro que vivía en los Estados Unidos.

Nuestra relación siempre fue muy cercana, incluso, cuando me hice adulto y mi vida tomó otros rumbos, uno de ellos fue trabajar en la Presidencia de la República como fotógrafo del presidente. Este trabajo me imponía viajes de manera permanente, pero siempre que estaba en Quito, Oswaldo me invitaba a almorzar a su casa los miércoles y yo lo llevaba a mi casa el fin de semana. Asimismo, cada vez que yo debía viajar, le preguntaba que quería que le trajera y él me encargaba algo, por ejemplo, cuando tuve que viajar a Japón y a China, Oswaldo me encargó hojas de papel de arroz hechas a mano para pintar. Y, así, en cada ocasión, Oswaldo me sorprendía con pedidos peculiares que yo logré satisfacer.

El último cumpleaños que le celebré, fue el de sus ochenta años, después yo me radiqué en Colombia. La última vez que nos vimos fue en su casa del barrio El Dorado, un año antes de su muerte. Luego, seguimos comunicándonos por vía telefónica, cuando era posible, porque la persona que lo cuidaba, su empleada, no facilitaba la comunicación.

Para finalizar diré que pasamos mucho tiempo juntos y compartimos muchas locuras y mucha vida. Han pasado trece años desde su muerte, pero yo no lo olvido ni a él, ni el cepillo celeste, ni la cámara rusa.



Autorretrato de Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), 2002. Archivo de la Cinemateca Nacional del Ecuador de la Casa de las Culturas.



Oswaldo Moreno Heredia, *Paisaje de Galápagos*, acuarela sobre cartulina, 28 x 58 cm, 1962.
Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

DIÓGENES, EL GATO TRÁNSFUGA

*Susana Moreno Ortiz*¹⁸

¹⁸ Texto publicado por primera vez en *Llovía y llovía y allá una lucecita* (2017).



Comenzó diciendo Luciana:

Mi tío pintor vivía en una ciudad ubicada cerca de la Mitad del Mundo, en un barrio de casas antiguas, levantadas una contigua a la otra, en calles que subían y bajaban junto a nevados canosos que la vigilaban celosos y poseían la majestad de dioses antiguos de piedra.

Amaba los gatos, así que compró uno en una tienda de mascotas. Lo entregaron con pedigrí y todo, en el documento decía que provenía de unos gatos traídos por unos comerciantes de Persia; además del gato, venían incluidos un plato, un juguete y una blanda cama. Su cuerpo estaba cubierto por un pelaje gris y su cuello de una bufanda de pelaje plateado. Mi tío pensó que ese gato tenía que tener un nombre digno de su presencia y origen, así que le llamó Diógenes, en honor a un pintor al que admiraba y que fue su profesor en la Facultad de Artes.

Diógenes creció consentido con los mejores manjares, sus bocados favoritos eran los quesos de su amo, en especial, le apetecían las lonchas de quesos maduros de colores raros e intensos aromas. Permanecía en un banco, en el taller del pintor, hecho un ovillo, junto a su caballete; miraba con sus ojos fijos que cambiaban de color, de acuerdo a las pinceladas que daba en los lienzos el artista: se tornaban azules o pasaban a verdes, cafés, dorados. El pintor lo contemplaba y se sentía acompañado, su sola presencia tranquilizaba a su dueño que, de rato en rato, se acercaba a acariciar su cuello plateado, ante este contacto el gato se encorbaba y ronroneaba plácidamente.

El pintor salía por las mañanas a enseñar en la Facultad de Artes. Una tarde, a su regreso, no encontró a Diógenes. Lo llamó y exploró por todas las habitaciones de la casa, lo buscó en sus escondites preferidos: junto a la estufa, entre unas botellas de vino de diferentes colores —donde solía esconderse durante la ausencia del pintor—, al lado de unas plantas, al filo de la ventana, en la huerta, y no lo halló.

Le afectó su abandono, miraba su camita, su juguete, su plato, su banco junto al caballete y sentía que le rodaba una lágrima quemándole el rostro. Pasó

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre papel hecho a mano, 2004. Catálogo de la *Retrospectiva O. Moreno*, Cuenca (Ecuador), Museo Municipal de Arte Moderno, octubre 28 a noviembre 22, 2004. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

un mes desde su desaparición y, una mañana, al entrar a su taller encontró a Diógenes, sentado en su banco junto al caballete, esperando su llegada. Al verlo entrar, Diógenes se acercó ronroneando, le rodeó los pies con su suave cola y le acarició con sus bigotes que se erizaban con rápidos movimientos. El pintor se alegró, lo levantó, lo colocó junto a su corazón y acarició su suave cabeza; luego, Diógenes saltó felinamente, como un tigre en miniatura, a la caza de su presa. Lo que quería era atinar a su banco, donde, ronroneando, se acomodó en forma de ovillo.

Transcurrió un mes de la alegría y el sosiego que le brindaba el compartir con Diógenes, cuando una tarde desapareció de nuevo. El pintor lo buscó por las habitaciones de la casa, por todos los rincones y no hallaba a Diógenes. Como en la desaparición anterior, sentía las lágrimas quemándole su rostro. Recogió la cama, el juguete y el plato, para no recordarlo.

Transcurrió otro mes y Diógenes, de nuevo, lo esperaba en su banco del taller, sentado como una esfinge le miraba fijamente y cerraba sus ojos que cambiaban de color mientras ronroneaba sonoramente. De nuevo sacó su cama, su juguete y su plato, compró lonchas de quesos y otros manjares para consentir a Diógenes, que fielmente lo acompañaba en su taller, mirando la creación de sus acuarelas.

Transcurrió otro mes y desapareció el gato misteriosamente, como vino se fue. El pintor ya no sufrió como en las fugas anteriores, se dijo a sus adentros: «Tengo que descubrir qué pasa, ¡aquí hay gato encerrado!».

Ató cabos sueltos, cada mes aparecía y desaparecía, pensó: «Se va y viene con facilidad, debe permanecer en algún lugar cercano. ¿A dónde se va? Lo descubriré».

Una mañana, cuando caminaba por una calle de su vecindario, miró de refilón que Diógenes cruzaba la calle y que, en un salto, desaparecía. El pintor se dijo a sí mismo: «Estoy desvariando, tanto extraño a Diógenes que comienzo a tener alucinaciones». Entonces, se propuso ya no preocuparse más por ese gato tráfugo e ingrato.

Otra mañana, volvió a ver a Diógenes correr entre la gente y desaparecer. Una tarde, cuando regresaba de sus clases de pintura, miró que Diógenes cruzó por delante de sus pies y entró en un zaguán a tres casas de la suya. El pintor se quedó sorprendido, reaccionó y golpeó la puerta. Entonces salió el dueño de la

casa, cargando a Diógenes que ronroneaba muy mimoso. El pintor le preguntó:

—Diógenes, ¿qué haces aquí en esta casa? —El gato lo miró con indiferencia, dio un salto e ingresó a la casa. Atónito el pintor le vio alejarse, moviendo su cola y reaccionó.— ¡Señor, ese es mi gato! —A su vez el nuevo dueño le contestó, exclamando en alta voz:

—¡Es mi gato!

El pintor alegó que tenía los papeles de la compra y prometió enseñárselos para comprobar que era el dueño de la mascota. El nuevo dueño de Diógenes se quedó pensativo y se disculpó:

—Lo siento, tal vez tiene razón. Hace algunos meses apareció el gato en nuestra casa y pensamos que estaba abandonado. Desde entonces, viene pasando un mes a nuestro hogar —El pintor se rio, no le sorprendió el comentario del nuevo dueño y dijo:

—Igual hace en mi casa, viene alternando un mes —el señor contestó muy apenado:

—Mi hijito está enfermo, sufre de una grave afección al corazón y se ha encariñado con Platón, así lo llamamos aquí, por su cuello plateado —y repuso—; él permanece a su lado ronroneando. Notamos que, desde su aparición, le brinda calma y armonía, aminorando su dolencia.

El pintor se conmovió con el relato del nuevo dueño y comprendió que no se había completado el mes en esa casa. Diógenes no salió a pesar de sus llamadas. Hasta el siguiente mes que apareció en el banco de su taller. Entonces, el pintor preparó la cama, el juguete y el plato, le compró sus manjares preferidos y, sobre todo, aceptó que debía compartirlo, pasando un mes, con el niño que necesitaba de sus cuidados y compañía, hasta que se recobrara completamente.

Cuando el niño se recuperó, Diógenes permanecía más tiempo con el pintor, pero se daba sus escapadas para visitar al niño que le prodigaba mimos. El pintor aprendió a respetar las decisiones de su gato.

Diógenes sabía que había que darle tiempo al tiempo, tenía la medida exacta para cada momento, vivía el presente, no se apresuraba, todo lo tomaba con calma. Con la seguridad de un maestro y con suma elegancia, asumía el tiempo que debía permanecer con el pintor y el tiempo que debía dedicar a acompañar a su amigo pequeño, quién, por cierto, también le consentía con manjares y juegos.

El pintor meditaba sobre esta situación que estaba viviendo y se decía para sus adentros: «Nada es casual, todo lo que nos sucede es por algo».

En cada casa tenía un nombre propio y una misión diferente, con el niño era su sanador y con el pintor era su inspiración. Cuando estaba en su banco cambiaban de color sus ojos, según cada acuarela. Si pintaba el mar, se ponían azules; si pintaba montañas, se ponían verdes; si pintaba el sol, se ponían dorados. En fin, era Diógenes o Platón, un gato o un mago. No se podía precisar qué mismo era.

EL UNO EN LA PALABRA,
EL OTRO EN EL COLOR

Sonia Moreno Ortiz



Alguna tarde de estas
cuando llegue a tu orilla espérame
Van Gogh pintando girasoles.

EUGENIO MORENO HEREDIA

Recuerdo que en un viaje junto con mis padres llegamos al piso del tío Oswaldo en Quito. Quedé maravillada ante su extensa biblioteca, brillaban los libros en ediciones singulares, producto de sus diferentes viajes y búsquedas bibliográficas. Recuerdo que le prestó y le recomendó a papá la lectura de *Un hombre* de Oriana Fallaci, obra que versa sobre Alekos Panagulis, héroe de la resistencia griega en los años setenta. Entre tantos ejemplares que no cesaba de observar, concluía dentro de mí —esto hace cuarenta años— que sería de feliz si pudiera leerlos. ¡Tantos libros, cuyos títulos, algunos de ellos, los conocía solo de oídas o por referencias citadas en mis innumerables lecturas! Entre esas obras, miré un título que se refería a las cartas que se escribieron entre Vincent Van Gogh y su hermano Théo. Entrañables hermanos y más que eso, amigos. Théo quizás haya sido el solo y verdadero amigo de Vincent; él fue quién intervino para la compra del único cuadro que vendió en vida Van Gogh de sus centenares de obras, siendo hoy las más valoradas por los expertos en arte.

Entre los poemas que Eugenio Moreno Heredia escribió en 1949 y que se publicaron en *La voz del hombre*, 1950, se ubica «Elegía a Vicente Van Gogh», dedicado a Luis Toro Moreno. Cuando lo escribió, el autor del poema tenía 23 años y su hermano Oswaldo 20. Se vislumbra allí su afinidad por el arte, el uno en la palabra, el otro en el color. Ambos artistas, hermanos y amigos a la vez; aunque a veces tuvieron sus rupturas, en ellos prevaleció la hermandad. Recorrieron el mismo camino, el de la belleza y la soledad, el de la muerte y la vida: «en que se siente arder la sangre en torbellino» (Moreno Heredia, 1996, p. 92).

Van Gogh y Oswaldo Moreno fueron absolutamente indiferentes a la crítica, de no haber sido así, tanto el uno como el otro se hubieran esclavizado

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela sobre cartulina, c. década del 2000. Folleto de la muestra de acuarelas y tintas *La canción de Orfeo*, Cuenca (Ecuador), Salón del Pueblo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana del Azuay, marzo 21 a abril 26, 2013. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

al «arte del momento»; ellos pintaron lo que estaba arraigado en sus entrañas, en su espíritu de artífices, en sus ojos de estetas, alucinados por la luz y el color, por los girasoles y los mares. Ambos, como lo dijo Vincent Van Gogh, sintieron cómo «la locura artística los hirió hasta la médula» (1990, p. 53), sintieron cómo ese fuego interno incendió sus vidas. Théo, en una carta a su hermano Vincent, dijo que Van Gogh «nunca había hecho nada más que trabajar» (1990, p. 53); igual, Oswaldo Moreno no hizo otra cosa que trabajar para lo artístico. No se preocupó en adquirir propiedades o en poseer otra clase de pertenencias; así como el pintor holandés, vivió para su intensa y única pasión, el arte; en él ambos volcaron sus ideales, su vida entera, sin ningún otro compromiso, sino con la libertad imprescindible para todo artista.

Octubre, 2022

III. CRONOLOGÍA DE OSWALDO MORENO HEREDIA





1929: Nació en Cuenca.

1945-1949: Estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Cuenca y obtuvo su título de profesor.

1949-1955: Estudió en la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Central de Quito y obtuvo una beca de la Municipalidad de Cuenca y la CCE.

1950: Presentó su primera muestra individual en el Museo de Arte Colonial de Quito.

1953: Presentó una muestra individual en la CCE Núcleo del Carchi.

1955: Representó a Ecuador en una exposición internacional en Filadelfia, Estados Unidos.

1956: Presentó dos muestras individuales, una en la CCE Azuay y otra en el Centro Ecuatoriano Norteamericano de Quito. Además, viajó a Galápagos, auspiciado por la CCE, y pintó ahí por diez meses.

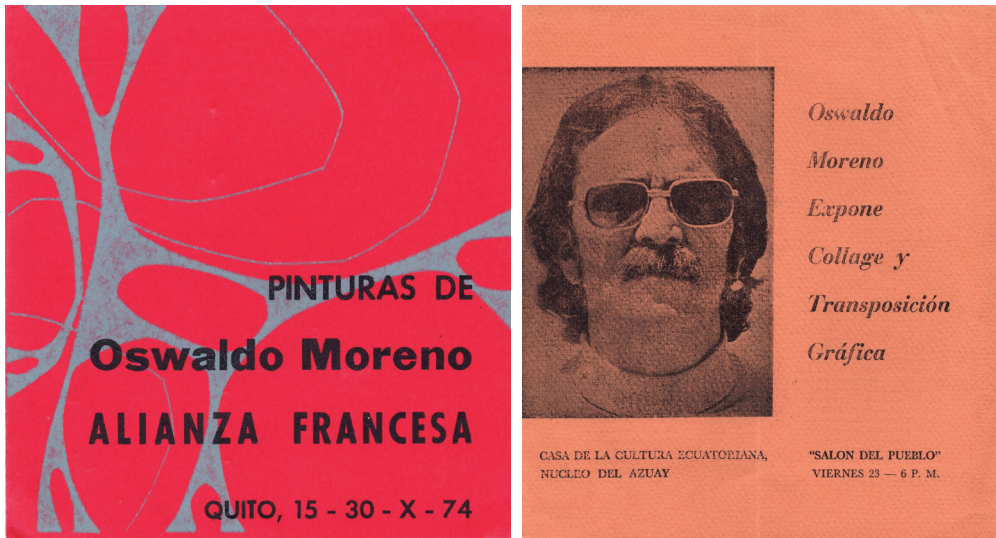
1957: Presentó la *Exposición de pintura de Oswaldo Moreno Heredia sobre temas de las islas Galápagos* en la CCE Azuay.

1958-1961: Viajó a Italia con una beca del Gobierno italiano y estudió en la Escuela de Arte de Roma, Diseño en la Academia de Bellas Artes de Florencia y Arte Musivo, Mosaicos, Diseños y Metalistería en Rávena. Durante su estadía en Florencia realizó veintiún muestras individuales. La obra que elaboró durante este viaje permanece en Italia.

1959: Presentó una exhibición individual en la Casa del Estudiante de Roma (Italia), con auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores.

1960: Presentó una exhibición individual en la Casa de Dante Alighieri en Florencia (Italia).

◀ Oswaldo Moreno Heredia fotografiado por Rodrigo Zapata, Quito (Ecuador), 1980.
Archivo de la Familia Moreno Ortiz.



1961: Regresó a Ecuador y se radicó en Cuenca.

1962: Fundó la primera galería de arte de Cuenca, la Galería 88.

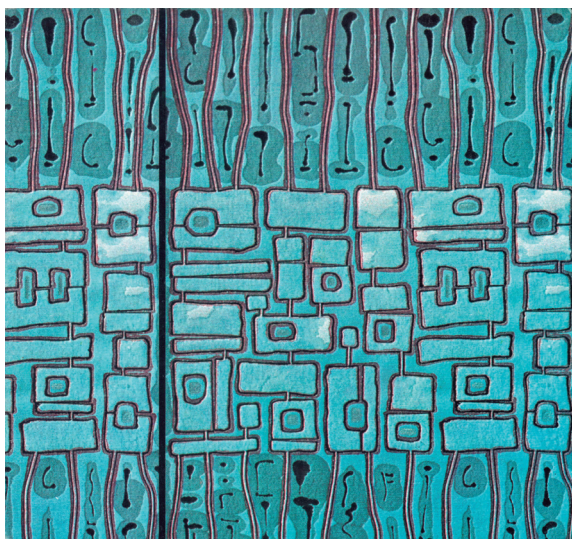
1962-1965: Se desempeñó como diseñador en el CREA del Azuay. Fundó y enseñó en la cátedra de Diseño en la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca.

1964: Presentó una muestra individual en el Hall del Teatro Colón de Buenos Aires.

1966: Se radicó en la capital y obtuvo el Gran Premio del Primer Concurso Nacional de Diseño organizado por CENDES y la CCE.

1966-1979: Ejerció el cargo de profesor de Arte en el Colegio Nacional Mejía y de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad Central de Quito.

1967: Fundó el grupo VAN junto a otros 7 pintores y obtuvo el Primer Premio de Escultura del Salón de Julio de Guayaquil. Además, participó en la exposición colectiva que organizó el grupo VAN, que se conoce como Anti-bienal.



1969-1975: Enseñó la cátedra de Diseño en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central de Quito.

1974: Después de varios años de dedicarse al diseño de objetos y a la orfebrería, presentó una muestra individual en la Alianza Francesa de Quito. Poco después, fue nombrado director de esta institución.

1975: Fundó, junto a Noralma Vera, el Instituto Nacional de Danza, del que fue profesor de Arte hasta 1979.

1976-1993: Enseñó la cátedra de Diseño y Pintura en la Facultad de Artes de la Universidad Central de Quito.

1976: Presentó dos muestras individuales en Quito, una en la galería Caspicara y otra en la galería Siglo xx.

1977: Realizó dos muestras individuales en Cuenca, una en el Salón del Pueblo de la CCE Azuay y otra en el Hall de la Municipalidad.

1981: Participó en una exposición colectiva en Lille (Francia) y presentó su colección de *collage* y transposición gráfica en La Galería de Quito y en la Galería Hollaender de Guayaquil.



1982: Presentó una muestra individual de *collage* y transposición gráfica en el Salón del Pueblo de la CCE Azuay, en Cuenca, y una exhibición de acuarela y *collage* en el Centro de Artes del Colegio de Arquitectos de Pichincha (Quito).

1983: Fue nombrado director de la Escuela de Artes Plásticas de la Facultad de Artes de la Universidad Central de Quito. También presentó una muestra individual de acuarelas en La Galería, en Quito.

1984: Presentó una muestra itinerante individual en el Museo Camilo Egas de Quito y el MMAM de Cuenca. Además participó en la Primera Bienal de la Habana (Cuba).

1986: Participó en una muestra colectiva organizada por la Junta del Acuerdo de Cartagena de Lima (Perú) y presentó una exhibición individual en el Centro de Artes del Colegio de Arquitectos de Pichincha, en Quito.

1987: Ejerció el cargo de coordinador permanente del MMAM de Cuenca para Quito. Presentó muestras individuales en la Sala Sredets de Sofía (Bulgaria), en la Galería Eforie de Bucarest (Rumania), en la Neue Berliner Galerie de Berlín Oriental (Alemania) y en Budapest (Hungría).



1988: Realizó la selección de los pintores latinoamericanos que intervinieron en la Primera Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, también presentó una muestra individual en la Galería Pomaire de Quito.

1989: Presentó la muestra individual *Del espacio a las formas* en la Gobernación de la Ciudad de Cuenca. Además, presentó la muestra individual *Memoria del paisaje* en el MMAM de Cuenca, en la Galería Exedra de Quito y en la Galería Praxis de Santiago (Chile).

1990: Presentó una exposición individual en la Galería Pomaire de Quito.

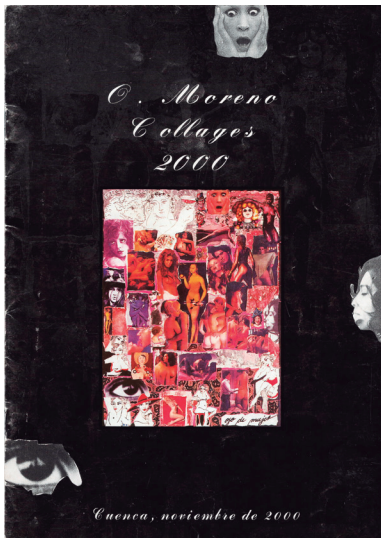
1991: Presentó una exposición individual en la Galería Exedra de Quito.

1992: Se desempeñó como vocal en el directorio de la III Bienal Internacional de Pintura de Cuenca.

1992: Presentó una exposición individual en la Galería Art Forum de Quito.

1993: Se jubiló y terminó así su carrera como catedrático universitario.

1995: Dictó un curso de arte, por tres meses, en la Universidad Católica de Quito.



1996: Presentó la muestra individual *Del paisaje a la abstracción* en la CCE Azuay, en Cuenca, y en La Galería, en Quito.

1998: Fue nombrado asesor de la Bienal Internacional de Pintura de Cuenca y presentó la muestra individual *Transiciones* en la Galería Exedra.

2000: Presentó la muestra individual *O. Moreno Collages 2000* en MMAM en el marco de VIII Bienal Internacional de Cuenca.

2004: Presentó dos muestras individuales en su ciudad natal: *Acuarelas y tintas* en la CCE Azuay y una retrospectiva de su carrera en el marco del programa *Maestros de la plástica ecuatoriana del siglo XX* en el MMAM.

III. CRONOLOGÍA DE OSWALDO MORENO HEREDIA



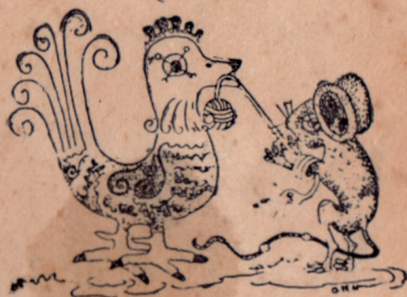
2006: La CCE le otorgó un reconocimiento nacional por su aporte a las artes plásticas ecuatorianas.

2011: Murió a los 82 años, en la ciudad de Quito.

2013: La CCE Azuay le realizó un homenaje póstumo y muestra de pinturas y acuarelas denominada *La canción de Orfeo*, en el Salón del Pueblo.

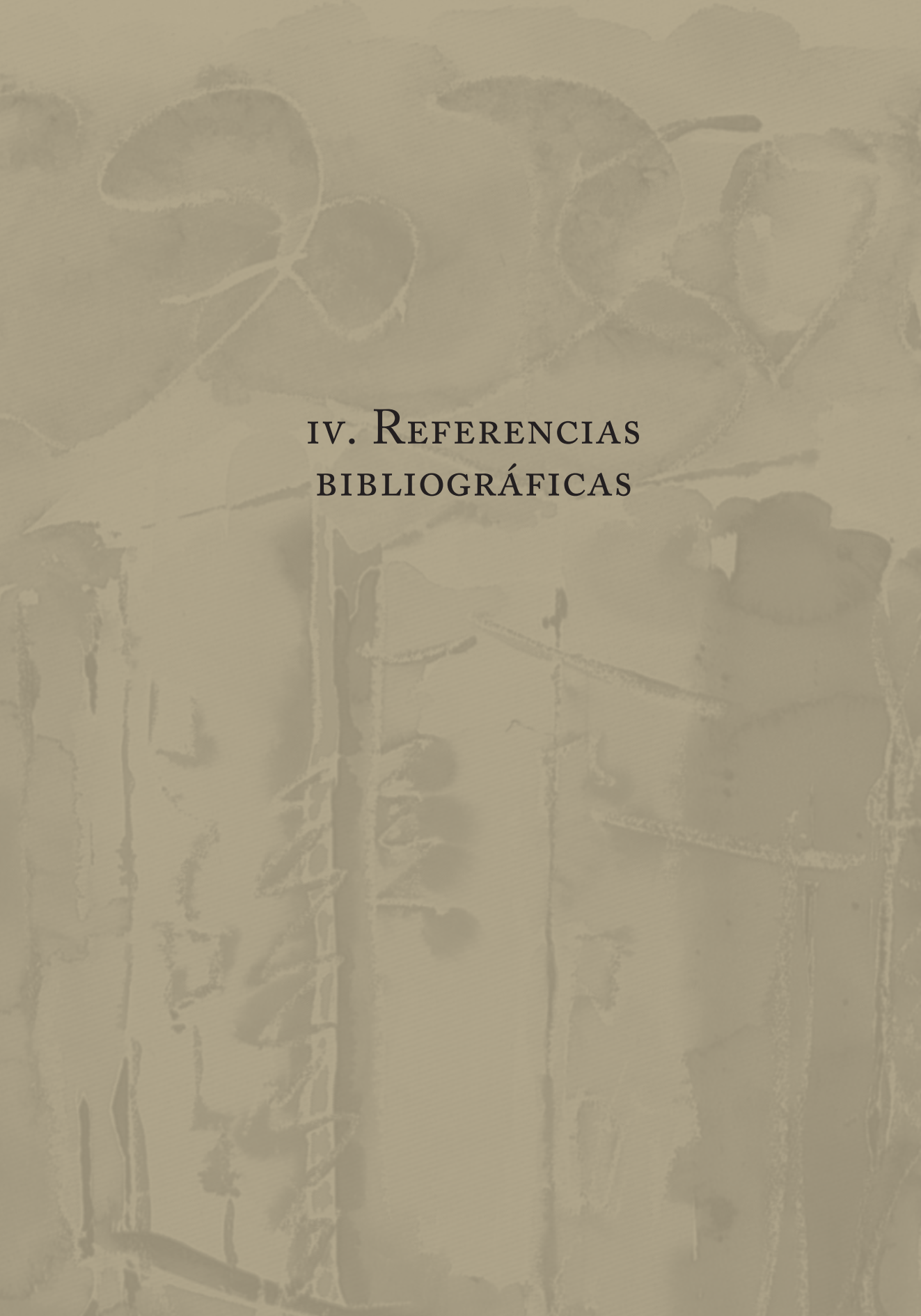
EUGENIO MORENO HEREDIA

POEMAS PARA NIÑOS



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
NUCLEO DEL AZUAY

Portada de *Poemas para niños* de Eugenio Moreno Heredia, 1964, ilustrada por Oswaldo Moreno Heredia.



IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



- Abad Rodas, M. (2020). *El Jardín interior. Historias de familia*. s.e.
- Bienal de Cuenca. (2021). *Brochure Bienal de Cuenca 2021*.
 Bienal de Cuenca. https://issuu.com/bienalcuenca/docs/08_10_brochure_espanol_isbn
- Bienal Internacional de Pintura de Cuenca. (2000). En O. Moreno *Collages 2000* [Catálogo]. Noviembre del 2000, en el MMAM (Cuenca, Ecuador). Bienal Internacional de Pintura de Cuenca.
- Bustos, G.; Poblete, D.; Sepúlveda Tapia, J.; Valero, F. y Estecher, R. (2004). *I Bienal de Cuenca* [Afiche]. VADB. <https://vadb.org/events/bienal-de-cuenca>
- Carrera Andrade, J. (1976). *Obra poética completa*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Dávila Vásquez, J.; Malo González, C.; Suárez Moreno, C.; Muñoz Vega, P.; Jaramillo Paredes, D.; Kennedy Troya, A.; Zapata, C.; Rojas Reyes, C.; Pérez, T.; Cardoso Segarra, R. y Cueva Ordóñez, P. (1998). *De la inocencia a la libertad. Arte cuencano del siglo XX* (A. Abad Merchán, Ed.). Banco Central del Ecuador.
- Diario Hoy. (1983, julio 3). Entrevista a Oswaldo Moreno. En *La Revista de Hoy* [Suplemento dominical].
- Diario El Tiempo. (2000, noviembre 19). Las décadas de Oswaldo Moreno. En *Imágenes* [Suplemento dominical].
- Diario El Tiempo. (2003, septiembre 7). Oswaldo Moreno Heredia y la creación continua. En *Imágenes* [Suplemento dominical].
- Domínguez, X. (2011). *El lugar del artista contemporáneo en la sociedad cuencana y en el mercado del arte local* [Tesis de maestría]. Universidad de Cuenca. <https://dspace.ucuenca.edu.ec/bitstream/123456789/3307/1/Tesis.pdf>

◀ Oswaldo Moreno Heredia, título desconocido, acuarela, 1995. Catálogo de la muestra *Del paisaje a la abstracción*, Cuenca (Ecuador), Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay, abril 17 a mayo 8, 1996. Archivo de la familia Moreno Ortiz.

- El Mercurio. (2006, noviembre 5). Subasta a favor de Oswaldo Moreno. *El Mercurio*, 5A.
- Febres Cordero, F. (c. 1984). La locura se moja con color. *Hoy*. Galería Goríbar (s.f.). *Acuarelas de Muñoz Mariño, Veloz Von Reckow, Moreno Heredia* [Invitación a muestra colectiva].
- Jaramillo Paredes, D. (2021). Artes visuales, su fluir desde los cuatro ríos. En *Libro conmemorativo por el Bicentenario de la Independencia de Cuenca. La ciudad de todas las voces*. Casa Editorial GAD Municipal de Cuenca.
- Kuspit, D. (2007). La pintura abstracta y el inconsciente espiritual. En *Emociones extremas. Pathos espiritual y sexual en el arte de vanguardia*, Abada Editores.
- La Hora. (2006, enero 26). Subasta a favor del Maestro Oswaldo Moreno Heredia. *La Hora*. <https://www.lahora.com.ec/secciones/26-subasta-a-favor-del-maestro-oswaldo-moreno-heredia/>
- Malo, E. (2000). Presentación. En *O. Moreno Collages 2000* [Catálogo]. Noviembre del 2000, en el MMAM (Cuenca, Ecuador). Bienal Internacional de Pintura de Cuenca.
- Mariezkurrena Iturmendi, D. (2008). La historia oral como método de investigación histórica. *Gerónimo de Uztariz*, 23-24, 227-233. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3264024>
- Martínez Rosero, A. (2018). «Caminos» y el tiempo. *Medio siglo en la literatura y el arte del Ecuador* (Segunda edición). s.e.
- Mejía, M. E. (1984). Moreno: un arte de definiciones. En O. Moreno, *Exposición itinerante de O. Moreno* [Catálogo]. Noviembre de 1984, en Museo Camilo Egas (Quito, Ecuador) y MMAM (Cuenca, Ecuador). Museo Camilo Egas, Banco Central del Ecuador y MMAM.
- Mejía, M. E. (2004). La poética visual de Moreno. En O. Moreno Heredia, *Abstracción y paisaje acuarelas y tintas* [Catálogo]. De septiembre 28 a octubre 15 de 2004. Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Merleau Ponty, M. (1986). *El ojo y el espíritu* (J. Romero Brest, Trad.). Paidós Ibérica, S.A.
- Moreno Heredia, E. (1957). Breve semblanza de Galápagos. En *Exposición de pintura de Oswaldo Moreno Heredia sobre temas de las islas Galápagos* [Catálogo]. Del 21 al 26 de julio 1957, en el antiguo local de la CCE Azuay (Cuenca, Ecuador). CCE Azuay y Municipio de Cuenca.
- Moreno Heredia, E. (1960). *Baltra*. Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.
- Moreno Heredia, E. (1990). Introducción. En A. Moreno Mora, *Alfonso Moreno Mora*. Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión», Núcleo del Azuay.
- Moreno Heredia, E. (1996). *Nueva antología (obras publicadas y poemas seleccionados)*. Universidad de Cuenca.
- Moreno Heredia, E. (1998). *Nueva antología*. Casa de la Cultura Ecuatoriana «Benjamín Carrión» Núcleo del Azuay.
- Moreno Heredia, E. (2005). *Eugenio Moreno Heredia. Memoria de vida*. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión de Quito.
- Moreno Heredia, O. (1984, noviembre). *Exposición itinerante de O. Moreno* [Catálogo]. Noviembre de 1984, en Museo Camilo Egas (Quito, Ecuador) y MMAM (Cuenca, Ecuador). Museo Camilo Egas, Banco Central del Ecuador y MMAM.
- Moreno Heredia, O. (1987). Освалдо Морено [Catálogo]. 1987, en la Sala Sredets (Sofía, Bulgaria). Комитет за култура от България.
- Moreno Heredia, O. (1989a, abril 10). *Del espacio a las formas* [Invitación a muestra individual]. En el Salón de los Próceres de la Gobernación del Azuay (Cuenca, Ecuador). Gobernación del Azuay y Facultad de Arquitectura de la Universidad de Cuenca.
- Moreno Heredia, O. (1989b, mayo 18). *Exposición de acrílicos Memoria del paisaje* [Invitación a muestra individual]. En la Galería Exedra (Quito, Ecuador). Foro de Arte Exedra.

- Moreno Heredia, O. (1989c, noviembre 17). *Memoria del paisaje, acrílicos de Oswaldo Moreno* [Invitación a muestra individual]. En el MMAM (Cuenca, Ecuador). Museo del Banco Central Cuenca.
- Moreno Heredia, O. (1993, mayo). Dos opiniones sobre arte joven. *Letras del Ecuador* 77, 17.
- Moreno Heredia, O. (1996). Oswaldo Moreno por Oswaldo Moreno. En *Del paisaje a la abstracción* [Catálogo]. Del 17 de abril al 8 de mayo de 1996, en la CCE Azuay (Cuenca, Ecuador). CCE Azuay y Municipio de Cuenca.
- Moreno Heredia, O. (2004). *Retrospectiva O. Moreno* [Catálogo]. Del 28 de octubre al 22 de noviembre de 2004, en el MMAM (Cuenca, Ecuador). MMAM y Municipalidad de Cuenca.
- Moreno Heredia, O. (2013). *Canción de Orfeo. Acuarelas y tintas de Oswaldo Moreno* [Catálogo]. Del 21 de marzo al 26 de abril de 2013, en el Salón del Pueblo (Cuenca, Ecuador). Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Azuay.
- Moreno Mora, A. (2002). *Poesías Completas* (J. Salvador Lara, Recopilador). Comisión Nacional Permanente de Conmemoraciones Cívicas.
- Moreno Mora, A. (2017). *Jardines de invierno* (S. Moreno Ortiz, Selección de textos). De La Lira Ediciones.
- Moreno Ortiz, Sonia. (1992). *Contares*. Universidad de Cuenca.
- Moreno Ortiz, Susana. (1991). *El caballo viejo y el músico*. Departamento de Difusión Cultural de la Universidad de Cuenca.
- Moreno Ortiz, Susana. (1992). *Planeta perdido*. s.e.
- Moreno Ortiz, Susana. (2015). *Vivo en poesía* (Segunda edición). GAD Municipal de Cuenca
- Moreno Ortiz, Susana. (2017). *Llovía y llovía y allá una lucecita* (Ilustrado por Darwinchi). s.e.
- Monteforte Toledo, M. (1985). *Los signos del hombre*. Pontificia Universidad Católica de Cuenca-Universidad Central del Ecuador.

- Museo Camilo Egas, Museo del Banco Central del Ecuador y Museo Municipal de Arte Moderno. (1984, noviembre). *Exposición itinerante de O. Moreno* [Catálogo]. Noviembre de 1984, en Museo Camilo Egas (Quito, Ecuador) y MMAM (Cuenca, Ecuador). Museo Camilo Egas, Banco Central del Ecuador y MMAM. MAAC [Museo Antropológico y de Arte Contemporáneo]. (2019). *El VAN memorias del arte*. MAAC. <https://www.calameo.com/read/00311531390ad12ed7a95>
- MMAM [Museo Municipal de Arte Moderno]. (2021). *Cromatopía*. GAD Municipal de Cuenca.
- Oleas Rueda, M. (2021). *El arte contemporáneo en Ecuador: espacios y protagonistas*. FLACSO Ecuador. <https://biblio.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/59010.pdf>
- Peñafiel, P. A. (coloración fotográfica). (2020, octubre 23). *El poeta Alfonso Moreno Mora con su esposa doña Lola Heredia Crespo y seis de sus ocho hijos*. [Red social]. Facebook Alfonso Moreno Mora. <https://www.facebook.com/100063696094452/posts/2792898434262269/>
- Ponce Cevallos, J. (1988, noviembre 19). *En algún lugar y tiempo del vacío*. Hoy, 3C.
- Rilke, R. M. (2004). *Cartas a un joven poeta* (J. Munárriz, Trad.). Hiperión.
- Rivadeneira, E. (1982). Arte visual de Oswaldo Moreno. En *La condición humana a través de Frankenstein y Drácula*. Editorial Universitaria.
- Rodríguez, M. A. (2000). Oswaldo Moreno o la probidad del arte. En *O. Moreno Collages 2000* [Catálogo]. Noviembre del 2000, en el MMAM de Cuenca. Bienal Internacional de Pintura de Cuenca.
- Rodríguez, M. A. (2007). *Grandes del siglo XX*. s.e.
- Rodríguez, M. A. (2008). *Poetas nuestros de cada vida*. s.e.
- Rodríguez, M. A. (2019, abril 7). Los dos hermanos. *El Comercio*, Opinión. <https://www.pressreader.com/ecuador/el-comercio-ecuador/20190407/282703343469965>

- Rodríguez Castelo, H. (1985, marzo). Oswaldo Moreno. *Diners*, VI(34), 44-47.
- Rodríguez Castelo, H. (2006). *Nuevo diccionario crítico de artistas plásticos del Ecuador del siglo XX*. Centro Cultural Benjamín Carrión.
- Samaniego, F. (1989, noviembre 17). *Memoria del paisaje, acrílicos de Oswaldo Moreno* [Invitación a muestra individual]. En el MMAM, (Cuenca, Ecuador). Museo del Banco Central Cuenca.
- Serrano, M. J. (c. 1920-1926). *Cuenca, entre la calle Bolívar y Boyacá, Banco del Azuay* [Fotografía]. Fondo Fotográfico del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural.
<http://fotografiapatrimonial.gob.ec/web/es/galeria/element/13750>
- Silva de Acosta, M. (s.f.). Oswaldo Moreno: «El artista debe estar en permanente movilidad». *El Comercio*.
- Van Gogh, V. (1990). *Últimas cartas desde la locura* (J. González, Trad.). Ediciones Siglo Veinte.
- Vásquez, S. (2011). Oswaldo Moreno, una vida de arte. *BG Magazine*, 60, 42-44.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN EMH

No hay reposo de Susana Moreno Ortiz
La noche de Mercucio de Fernando Moreno Ortiz
Mi gato entre tus piernas de Alberto Ordóñez Ortiz
Los hijos del bosque de Sonia Moreno Ortiz
Cautiverio de Aquiles Jimbo Córdova
Memorial de Eduardo Crespo Román
Y la vida sigue crepitando de Carlos Álvarez Pazos
Trama dorada para Rosalía de Susana Moreno Ortiz
En el circuito de la nostalgia de Fernando Moreno Ortiz
Mi sed de escribir de Francisco Eugenio Moreno Ortiz
Nuestra raíz de Fernando Álvarez Pazos

OTROS TÍTULOS DE SUBTE EDITORIAL

Cuentos contados desde la artesanía de Dianola Vázquez Moreno (cord.)
Memorias de pandemia de Claudia Vázquez Moreno (cord.)
El libro de la boca de Agustín Molina A.
Sobre cómo hacer y deshacer una maleta de Rosalía Vázquez Moreno

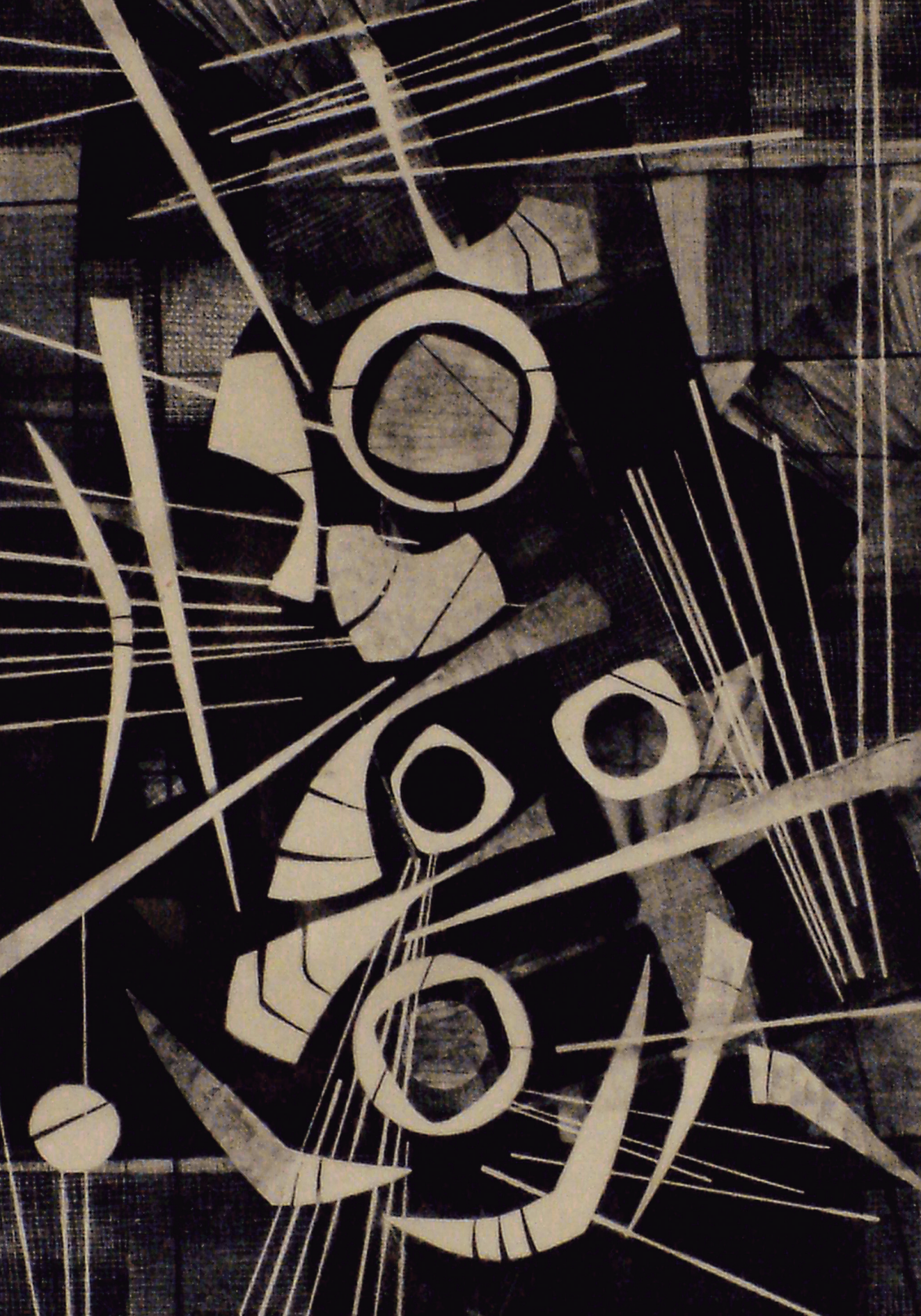


Esta edición de *OSWALDO MORENO HEREDIA*.
DISEÑADOR DE MUNDOS es una publicación de la
Colección Eugenio Moreno Heredia, Subte Editorial
y la Casa Editora de la Universidad del Azuay,
en Cuenca, Ecuador, en marzo de 2025,
a cuatro años del centenario del artista.

Subte
EDITORIAL



Casa
Editora



Este libro no es solo un relato histórico, sino que propone un enfoque novedoso para conocer la figura del artista ecuatoriano Oswaldo Moreno Heredia, uno que recoge textos críticos, pone el foco en la historia familiar y reivindica la memoria oral: esas historias que se cuentan en la intimidad de las sobremesas, las que si no se pasan de generación en generación, terminan por desvanecerse en el río del tiempo.

En estas páginas se presenta la primera biografía del artista, narrada desde las voces que aparecen en intercambios epistolares inéditos, fotos, catálogos y recortes de periódico. Además, se reproducen *collages*, acuarelas, tintas y acrílicos del artista. Todo esto sirve como testimonio histórico del trayecto de Moreno Heredia y del estado de la escena en la que se desarrolló la plástica, la literatura y otras artes del Ecuador durante la segunda mitad del siglo xx.

Rosalía Vázquez Moreno



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

ISBN: 978-9942-670-48-9



9 789942 670489

